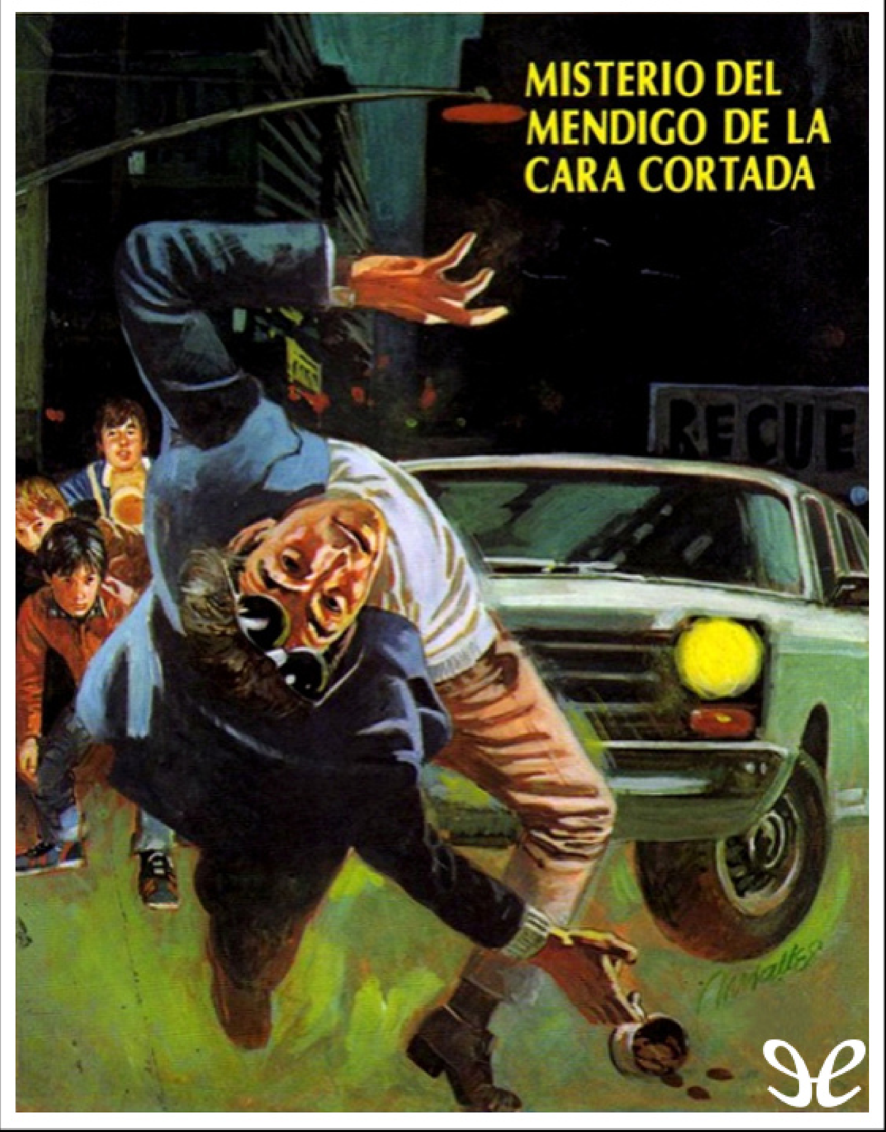
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio del mendigo de la cara cortada

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 31

ePub r1.3

Titivillus 28.12.16

Título original: *The mystery of the scarface beggar*
M. V. Carey, 1981
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Unas palabras de Héctor Sebastián

¡Bienvenidos, amantes de los misterios!

Estoy muy contento y me siento orgulloso de que los Tres Investigadores me hayan pedido que ponga un prólogo a su última aventura. Se trata de un desconcertante caso con graves implicaciones internacionales; la pérdida de una cartera, el atraco a un banco y una banda de terroristas… y todo relacionado con un ciego que tiene la cara cortada.

No quiero añadir nada más por temor a despejar el misterio antes de tiempo. Si se ha despertado vuestra curiosidad, pasad al capítulo primero y empezad a leer. Mas si, por casualidad, no habéis leído antes ninguno de los Misterios de los Tres Investigadores, debéis saber que esos jóvenes detectives viven en Rocky Beach, una pequeña población de la costa de California. Jupiter Jones es el Jefe del grupo. Posee una memoria realmente fotográfica, un cerebro de primera magnitud y una gran confianza en sí mismo, lo que resulta asombroso en una persona tan joven. Pete Crenshaw es el Segundo Investigador, y es atlético y resuelto, pero mucho más cauteloso que Jupe. Bob Andrews, el Tercer Investigador, tiene a su cargo los ficheros y la investigación intelectual, aunque también le encantan las aventuras y emprende averiguaciones detectivescas por cuenta propia.

Nunca había prologado una aventura de esos muchachos, y como os preguntaréis quién soy y qué pinto aquí, antes de que empiece el relato os aconsejo que lo leáis y así lo averiguaréis.

HÉCTOR SEBASTIÁN

CAPÍTULO 1

El mendigo huye

—¡Si no para pronto, me pondré a gritar! —exclamó la mujer de la gabardina.

Una ráfaga de viento barrió el bulevar Wilshire y volvió el paraguas de la mujer del revés. Luego, continuó soplando ferozmente, enviando grandes gotas de agua contra los escaparates de las tiendas.

Por un instante, Bob Andrews, que estaba en la parada del autobús, pensó que la mujer iba realmente a gritar. Estaba mirando enfadada su destrozado paraguas. Luego, miró acusadoramente a Bob, como si él tuviese la culpa. De pronto, se echó a reír.

—¡Qué horror! —gritó, y arrojó el paraguas a la papelera que había junto al bordillo—. Me está bien empleado por salir con esta tormenta, estando en California.

Acto seguido, se sentó en el banco que había debajo de la marquesina de la parada.

Bob se estremeció y encorvó la espalda contra el frío y la lluvia. Era el abril más lluvioso que recordaba. Y ahora, casi a las seis de la tarde del lunes de Pascua, hacía frío y ya estaba oscuro a causa de la tormenta. Bob había ido a Santa Mónica a primera hora de aquella tarde, con el encargo de obtener el patrón de un vestido para su madre en una tienda de tejidos. No le había importado perder una pequeña parte de sus vacaciones de Pascua para hacer un simple recado, pero la espera del autobús para Rocky Beach le resultaba interminable.

Impacientemente, limpió sus gafas por enésima vez.

—Oh, aquí viene el ciego —exclamó la mujer desde el banco.

Bob miró calle arriba. Por encima del ruido de la lluvia al chocar contra el pavimento oyó el

tap-tap

de un bastón y el tintineo de unas monedas dentro de una lata de metal.

—¡Pobre hombre! —se condolió la mujer—. Estos días da muchas vueltas por esta vecindad. Cuando tropiezo con él siempre le doy algo.

Buscó en su bolso mientras se acercaba el ciego. Bob observó que era muy delgado y que se encorvaba al andar. Llevaba el cuello levantado hasta las orejas y un gorro de paño hundido sobre la frente. Unos lentes oscuros le tapaban los ojos y en el peto del abrigo había clavado con alfileres un cartel, protegido con plástico, el cual decía:

«Dios os bendiga. Soy ciego».

—¡Una noche espantosa! —comentó la mujer.

Se levantó y echó una moneda en la lata del ciego.

—¡Argh! —gruñó éste.

Con su bastón blanco tanteó el bordillo de la acera y después golpeó el banco. Tocó con fuerza el borde del asiento y luego se sentó.

Bob y la mujer permanecieron contemplando unos momentos al ciego, pero después dirigieron la vista hacia las ventanas iluminadas del banco que había al otro lado de la calle.

Los hombres de la limpieza del banco habían ya terminado su tarea. Los mostradores relucían y las sillas estaban colocadas en el debido orden. Se veían dos empleados de la limpieza, uno de cabello gris bastante largo y suelto que vestía un mono, y una mujer baja y gorda. Estaban aguardando en la puerta que conducía del banco al vestíbulo del edificio que albergaba las oficinas bancarias.

Un guarda de seguridad, con un manojo de llaves en la mano, avanzó desde el fondo del banco. Cambió unas palabras con los de la limpieza, abrió la puerta del banco y los dejó salir.

Mientras la pareja cruzaba el vestíbulo y desaparecía en el ascensor, Bob volvió a contemplar al ciego. Reparó en los pelos grises que sobresalían por debajo del gorro de paño y en la pelusa de las mejillas del hombre por falta de un buen afeitado. Desde la mandíbula al pómulo tenía una cicatriz bastante ancha y de feo aspecto. Bob se dijo que el accidente causante de aquella cicatriz debía de haber sido terrible. Y era posible, incluso, que el accidente le hubiese costado la vista al pobre desgraciado.

El ciego se inclinó hacia delante como para levantarse del banco, pero tropezó con un pie en el bastón y el hombre trastabilló de lado, medio sentado, medio de pie.

—¡Oh! —gritó la mujer, e intentó sostenerle para que mantuviese el equilibrio.

La lata cayó al suelo y rebotó varias veces, arrojando las monedas en todas direcciones.

—¡Mi dinero! —exclamó el mendigo ciego.

—¡Nosotros lo recogeremos! —le aseguró la mujer—. No se mueva.

Se agachó para recoger las monedas de la húmeda acera, en tanto Bob empezaba a pescar otras de la alcantarilla. La mujer, después, levantó la lata que había rodado hasta un cubo de basura y metió dentro todo el dinero salvado.

—¿Está todo? —preguntó el ciego—. ¡Me ha costado todo el día conseguir esto!

Bob dejó caer un níquel y dos centavos en la lata.

—Creo que no falta nada —observó.

La mujer le entregó la lata y el ciego la volcó en su mano y contó el dinero.

—Sí, está bien —aprobó con un sonido gutural, casi incomprensible.

—¿Aguarda el autobús? —inquirió la mujer—. Me parece que ya viene.

—No —replicó el ciego—. Gracias, señora. Vivo cerca de aquí.

Bob tendió la mirada al otro lado de la calle. El hombre de la limpieza estaba de nuevo en el vestíbulo, y llamaba con breves golpes en la puerta del banco. El guarda de seguridad avanzaba ya con las llaves en la mano. Abrió la puerta y se produjo un breve intercambio de palabras entre los dos hombres. Luego, el de la limpieza entró en el banco. El ciego se puso en pie y se alejó, tanteando la acera con el bastón.

—¡Pobrecito! —se compadeció nuevamente la mujer—. ¡Ojalá no tenga que ir muy lejos!

Bob estaba mirando cómo el ciego avanzaba con lentitud por la calle Wilshire abajo.

—¡Oh, se le ha caído algo! —exclamó de pronto la mujer.

—¡Eh, señor! —gritó Bob—. ¡Espere un segundo!

El mendigo no les oía al parecer y siguió andando.

—¡Espere! —repitió Bob.

Echó a correr y recogió una cartera de la acera.

El ciego ya había llegado a una calleja lateral. Tanteó el bordillo con el bastón y bajó a la calzada.

De pronto, la demacrada figura del pordiosero quedó iluminada por el resplandor de unos faros que se acercaban raudamente. Un coche avanzaba por la calleja a excesiva velocidad y, cuando frenó ante el rojo, patinó en el mojado empedrado. La mujer chilló desde la parada del autobús y Bob la imitó con más fuerza. Chirriaron los frenos, el ciego intentó esquivar al coche que se abalanzaba hacia él, se oyó un golpe seco y el mendigo cayó rodando por la calzada.

El auto se detuvo. Saltó del mismo el conductor, al tiempo que Bob y la mujer corrían también hacia el hombre caído.

—¡No! —chilló el ciego.

Con el puño golpeó al otro, que se vio obligado a retroceder.

—¡Mis lentes! —gimió el mendigo, mientras los buscaba frenéticamente.

La mujer fue quien los encontró. No estaban rotos y se los tendió al ciego.

Éste se los caló y buscó el bastón.

El conductor del auto era joven y Bob distinguió, a la luz de los faros, que tenía el rostro blanco a causa del susto. Fue él quien recogió el bastón y se lo dio al ciego.

Lentamente, el mendigo se puso de pie. Volvió la cabeza como para orientarse, como si pudiese ver con un poco de esfuerzo, y echó a andar calle abajo. Iba cojeando y parecía tener todo el cuerpo dolorido.

—¡Oiga, aguarde un momento! —le gritó el joven.

—¡Deberíamos llamar a la policía! —añadió la mujer—. ¡Puede estar herido!

El ciego continuó su camino, dando golpecitos con el bastón sobre la acera, cojeando y quejándose, pero cada vez se alejaba más de prisa.

Bob corrió tras él para rogarle que aguardara.

Sin embargo, el ciego desapareció por un callejón situado detrás de una hilera de tiendas. Estaba tan oscuro que tropezó, y extendió las manos, ante él para tantear los obstáculos. Al final del callejón

entró en un patio. Se encendió una bombilla sobre la puerta trasera de un edificio, y a su luz Bob divisó un cubo de basura y una caja de cartón que lentamente se iba deshaciendo bajo la lluvia. Bob distinguió asimismo un segundo callejón que conducía hacia Wilshire, pero fue incapaz de ver la menor señal del pordiosero. ¡El ciego había desaparecido!

CAPÍTULO 2

La cartera perdida

—No debía ser un ciego auténtico —opinó Bob—. ¿Cómo hubiese podido marcharse un ciego tan de prisa?

—Tal vez los ciegos puedan moverse rápidamente cuando se hallan en un lugar conocido —razonó Jupiter Jones—. Además, la gente utiliza a los ciegos para orientarse en la oscuridad.

Jupe se expresaba con el estilo cauteloso y minucioso tan característico en él.

Era la mañana siguiente y Bob se hallaba con sus dos amigos, Jupiter Jones y Pete Crenshaw, en el taller del primero, en el «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones. Ya no llovía y la mañana era fresca y clara. Los tres amigos repasaban los sucesos de la tarde anterior. La cartera dejada caer por el ciego estaba sobre el banco de trabajo de Jupe.

—Aunque se tratara de un falso ciego, ¿por qué tenía que huir? —continuó Bob—. Actuó como si se asustara de nosotros.

Bob calló unos instantes para reflexionar y continuó:

—Supongo que todos obramos como si careciéramos de sentido común —agregó—. La señora que estaba conmigo en la parada del autobús desapareció mientras yo me hallaba en el callejón. Supongo que llegaría el autobús y que lo cogería automáticamente. Y el conductor del auto que arrolló al ciego se apresuró a largarse en su coche cuando le dije que el ciego había desaparecido. Yo me quedé allí como un pasmarote con la cartera en la mano. Debí darle al conductor el nombre del mendigo y el mío.

—Estabas aturdido —explicó Jupe—. En los sucesos inesperados, la gente suele comportarse de extraña manera.

Mientras escuchaba el relato de Bob, Jupe había estado ocupado reparando un viejo aparato de televisión que su tío Titus había llevado al «Patio Salvaje» una semana atrás. Jupe había

reemplazado las válvulas agotadas por otras nuevas y había realizado ciertos reajustes dentro del aparato. En aquel momento colocó el televisor sobre el banco de trabajo y lo enchufó a la toma de corriente.

Se oyó un zumbido prometedor.

—¡Ajá! —exclamó Jupe.

—¡Lo has conseguido otra vez! —se admiró con cierta sorna Pete.

—Quizá… —murmuró Jupe.

Giró uno de los mandos.

Los tres muchachos sonrieron. Jupiter Jones era un genio reparando aparatos y otros instrumentos mediante piezas sueltas de la chatarrería. De este modo había fabricado tres radio-teléfonos que los tres chicos utilizaban con gran satisfacción suya. También había reparado la imprentilla que se hallaba en un rincón del taller. Y era el responsable del periscopio que formaba parte del equipo de su puesto de mando… un viejo remolque que estaba escondido cerca del taller de Jupe detrás de montones de chatarra, remolque que el tío Titus y la tía Matilda habían olvidado.

La tía y el tío de Jupiter sabían que Jupe, Bob y Pete estaban interesados en la investigación y el esclarecimiento de crímenes. Y también sabían que los muchachos se hacían llamar los Tres Investigadores. Pero ignoraban en realidad hasta qué punto llegaban a solucionar cuantos casos caían en sus manos. El remolque estaba provisto de toda clase de equipos, que ayudaban a los Tres Investigadores a resolver los misterios. El remolque contenía un laboratorio en miniatura, junto con el equipo necesario para estudiar huellas dactilares y un microscopio. Asimismo, los muchachos poseían un cuarto oscuro donde revelaban las fotografías. Un archivador estaba repleto de notas de todos sus casos y tenían un teléfono que pagaban con el dinero que ganaban ayudando ocasionalmente en la chatarrería.

Al parecer, el aparato de televisión estaba destinado a formar parte también del equipo del puesto de mando. No tardó mucho en iluminarse y poco después se perfiló una imagen en la pantalla, y allí se fijó.

—… vamos a darles las noticias de la mañana —anunció un locutor.

En la pantalla apareció otro locutor que deseó a todos los telespectadores muy buenos días. Acto seguido aseguró que la tormenta del Pacífico había rebasado ya Los Ángeles, y que en el sur de California volvería a reinar un tiempo bonancible por algunos días.

—Debe de haberse producido algún deslizamiento de tierras más arriba de Malibú —prosiguió el locutor—. Y en el cañón de Big Tujunga la gente está intentando hacer desaparecer afanosamente las huellas de la inundación que se produjo ayer.

»En cuanto al suceso local, nuestras unidades de televisión se hallan en el lugar del atrevido robo que ha tenido lugar en el Banco de Ahorros y Economías de Santa Mónica hace menos de dos horas.

»Los ladrones entraron en el banco ayer por la tarde disfrazados como empleados de la limpieza. Mantuvieron preso al guarda de seguridad en la sala de conferencias del banco y esperaron hasta esta mañana la llegada de los empleados. Cuando la cerradura de seguridad quedó abierta esta mañana a las ocho y cuarenta y cinco minutos, obligaron a abrir la caja fuerte a Samuel Henderson, vicepresidente del banco. Los atracadores huyeron con aproximadamente un cuarto de millón de dólares en billetes, más una cantidad aún no comprobada de valores de las cajas de depósito. Este mediodía daremos nuevos detalles de este atraco.

—¡Diantre! —exclamó Jupe.

Apagó el televisor.

—¡Dios santo! —le hizo coro Bob—, ¡el Banco de Ahorros y Economías de Santa Mónica! Ayer tarde, al anochecer, yo estaba sentado enfrente de ese banco cuando el ciego… cuando…

Bob calló y se puso muy pálido.

—¡Seguro que vi a uno de los atracadores!

Pete y Jupe le miraron fijamente.

—Oh, sí, seguro que le vi —prosiguió Bob Andrews—. Desde la parada del autobús estuve mirando al banco, que está al otro lado de la calle. Vi cómo los de la limpieza salían del banco y cogían el ascensor. Luego, el hombre volvió… el de la limpieza, claro, llamó a la puerta del banco y el guarda jurado la abrió.

—¿Volvió? —se extrañó Jupe—. ¿El mismo hombre?

—Bueno, supongo que… supongo… —Bob estaba intrigado—. No lo sé —confesó—. El ciego dejó caer la lata y el dinero rodó por

la acera. Entonces, aquella señora y yo recogimos las monedas y le entregamos la lata al ciego. Fue entonces cuando vi al de la limpieza llamar a la puerta del banco.

—O sea, que pudo ser otro individuo —conjeturó Jupiter.

Bob asintió.

—¡Vaya plan! —se admiró Pete—. Los de la limpieza terminan su trabajo y suben en el ascensor. Y luego, alguien vestido igual que el hombre de la limpieza baja y llama a la puerta del banco. El guarda jurado le deja entrar… y ¡zas! El guarda es atado y encerrado en una habitación de la parte posterior y los atracadores están ya dentro del banco, como si estuvieran en su casa. Nada de alarmas. Sólo tienen que sentarse y esperar a que lleguen los empleados.

—¡Seguro! —se entusiasmó Bob—. Tuvo que ser así.

—¿Viste por dónde había llegado el tipo de la limpieza? —quiso saber Jupe—. Quiero decir si entró en el vestíbulo del edificio por el ascensor o por la calle.

—No, aquel individuo ya estaba en la puerta del banco cuando me fijé en él —repuso Bob, sacudiendo la cabeza con pesar—. Creí que había bajado por el ascensor, pero supongo que pudo llegar por la calle, si no era el verdadero hombre de la limpieza.

—Lo cual abre una posibilidad muy interesante —murmuró Jupiter. Cogió la cartera que Bob había dejado sobre el banco de trabajo—. Digamos que el hombre llegó por la calle. El ciego dejó caer la lata del dinero en el mismo momento en que el falso hombre de la limpieza se acercaba a la puerta del banco. Tú y la mujer de la parada del autobús os agachasteis a recoger las monedas. Cualquiera habría hecho lo mismo. Y estabais tan ocupados con eso, que no visteis cómo el atracador penetraba en el vestíbulo. ¿Te sugiere algo?

—¡El ciego era uno de ellos! —casi se atragantó Bob.

Jupe examinó la cartera con atención.

—Es buena —ponderó—. De piel de avestruz y comprada en Neiman-Marcus, una de las tiendas más caras de la ciudad.

—No me había fijado —respondió Bob—. Sólo la registré para ver si el ciego tenía anotado algún número de teléfono al que poder llamarle. Pero no hay ninguno.

Jupiter procedió entonces a registrar el contenido de la cartera.

—Una tarjeta de crédito, veinte dólares en billetes y un permiso temporal de conducir. ¿Para qué querría un ciego un permiso de conducir?

—Claro —asintió Bob—. Seguro que no era más que un falso ciego.

—Héctor Sebastián —leyó Jupiter en el permiso—. Según esto, vive en el 2287 de Cypress Canyon Drive, en Malibú.

—Malibú es un distrito magnífico —alabó Pete—. Es posible que hacer de mendigo reporte más ganancias de lo que cree la gente.

—Tal vez no sea la dirección del mendigo —objetó Jupiter—. Ese ciego puede ser un ratero que robó la cartera.

—O tal vez la encontró por la calle. ¿Has buscado en la guía telefónica el nombre de Héctor Sebastián, Bob?

—No figura allí —replicó el preguntado.

Jupiter se puso de pie.

—Aquí tenemos algo que quizás interese a la policía —declaró —. Por otra parte, el hecho de que un ciego deje caer una cartera tal vez no signifique nada. Bien, Cypress Canyon Drive no está lejos de aquí. Debemos investigar un poco antes de decidir qué acción adoptamos, ¿no os parece?

—¡Tú lo has dicho! —asintió Bob.

Todos los muchachos tenían sus bicicletas en la chatarrería. Unos minutos más tarde se hallaban en la autopista de la Costa del Pacífico, pedaleando hacia Malibú. Media hora después ya habían dejado atrás la zona comercial de aquella famosa población playera.

Cypress Canyon Drive era una carretera angosta que daba muchas vueltas durante unos centenares de metros, al tiempo que ascendía desde la autopista de la Costa, para correr luego paralelamente a dicha autopista, aunque algo más separada de la costa. Mientras iban pedaleando, los tres amigos oían los autos y los camiones de la autopista, y divisaban el océano por entre los árboles que bordeaban el camino por la izquierda.

A la derecha, a gran distancia, se elevaba la cordillera del litoral, bajo un cielo muy raso y azul en el que se silueteaban los altos picos montañosos.

—No creo que viva nadie aquí —dijo Bob, cuando ya habían recorrido cierta distancia por una carretera fangosa y llena de rodadas—. No se ve ni una sola casa. ¿Suponéis que también es

falsa la dirección que hay en el permiso de conducir?

—La cosa empeora —comentó Pete—. Primero, ¿para qué quiere un ciego un carnet de conducir? Segundo, si es suyo el carnet, ¿por qué lleva unas señas falsas?

La carretera se hundía en una hondonada por la que discurría un riachuelo. Luego, volvió a subir. En el lado más alejado de la elevación se detuvieron los tres amigos. Allí había un barranco que tal vez estuviese seco en verano, pero que en aquellos momentos era como un torrente de aguas sucias. Y, a la izquierda de la carretera, casi al borde del torrente, se veía un viejo edificio, algo semejante a un granero, con buhardillas en el segundo piso. Una tubería de neón corría a lo largo del alero. Un anuncio colocado en uno de sus extremos proclamaba que aquello era el restaurante de Charlie.

—¿Un restaurante? —se extrañó Bob.

Jupe sacó la cartera de su bolsillo y examinó otra vez el permiso de conducir.

—Número 2287 —murmuró—. Sí, es el número que figura en aquel buzón.

Los muchachos oyeron un auto a sus espaldas. Se apartaron, y un coche deportivo rojo atravesó chapoteando lentamente el riachuelo que ellos ya habían vadeado. Dentro del vehículo iba un hombre delgado de cabellos grises y un rostro de expresión triste y arrugado, el cual no se fijó en los muchachos. Internó el coche en el patio embarrado que era el aparcamiento del restaurante de Charlie. Después saltó del auto y subió con lentitud los gastados peldaños, apoyándose en un bastón que sacó del coche, y cerró a sus espaldas una puerta vidriera.

—¡Cojea! —exclamó Pete—. Bob, ¿no dijiste que el ciego iba cojeando cuando desapareció anoche?

—Bueno, cojeó después de arrollarle el auto. ¿Y quién no cojearía en tal situación?

—¿Puede ser ese hombre el mendigo? —preguntó Jupe—. ¿Se le parece?

—Sí, tiene la misma estatura —repuso Bob, tras encogerse de hombros—, y supongo que la misma edad, pero debe de haber millones de tipos como ése.

—Está bien —le atajó Jupe. De repente se mostró decidido y

animoso—. Voy a entrar.

—¿Y qué harás? —inquirió Pete—. ¿Pedirás una hamburguesa?

—Tal vez —asintió Jupe—. O quizá sólo pregunte una dirección. Pero, sea como sea, descubriré quién es ese hombre. Bob, será mejor que no te dejes ver. Si ese tipo es el que estaba delante del banco ayer podría reconocerte… y tal vez mostrarse violento.

—Yo esperaré con Bob —se ofreció Pete—. Soy alérgico a los tipos violentos.

—¡Gallina! —le apostrofó Bob.

—Sólo soy ambicioso —replicó Pete—. Mi ambición consiste en vivir hasta que sea viejo, muy viejo.

Jupe sonrió. Después dejó a sus amigos a un lado de la carretera y empujó su bicicleta hasta el aparcamiento del restaurante. La apoyó contra la pared del edificio y subió la escalerilla. Atravesó el porche y empujó la vidriera. La puerta se abrió.

Jupe pasó de pronto de la luz del sol a un lugar sombrío. Divisó un suelo de madera dura y pulimentada con maderamen oscuro en las paredes. Al frente, más allá de una puerta muy amplia, había una habitación vasta y vacía. La pared frontal estaba totalmente ocupada por grandes ventanales que, a través de los árboles, daban al resplandeciente océano. Jupe supuso que aquella estancia había sido el comedor general del restaurante. Pero se veía claramente que el edificio ya no funcionaba como tal.

Jupe se coló por un pasadizo que en realidad era una especie de vestíbulo fuera del comedor. A la izquierda de aquél había un revoltijo polvoriento de cafeteras, mostradores, taburetes y mesitas. Jupe imaginó que aquello había sido la cafetería. Miró a la derecha y distinguió una pared en la que se abrían varias puertas. En la cafetería también había montones de cajas y cajones, y muchos más aún apilados en el vestíbulo. En el suelo del comedor, todavía se veían más cajones. Uno estaba abierto y parte de su contenido había caído al suelo.

Jupe avanzó lentamente. Estaba a punto de marcharse cuando oyó el sonido de un teléfono al ser levantado de su soporte. Alguien a quien no veía marcó un número en el comedor.

Hubo una pausa, luego un hombre dijo:

—Aquí Sebastián.

Otra pausa.

—Sí —dijo la voz—. Sé que resultará caro, pero todo tiene su precio. Estoy dispuesto a pagar.

En aquel momento, algo pequeño y duro presionó la espalda de Jupe.

—Por favor, manos arriba —susurró una voz—. ¡Y si haces el menor movimiento te rajo en dos partes!

CAPÍTULO 3

Un hombre misterioso

Jupiter levantó las manos más arriba de su cabeza. Tenía de punta el vello de la espalda.

—Sólo pretendía… —tartamudeó.

—¡A callar! —ordenó el individuo que tenía detrás.

Se oyeron pasos sobre el suelo de madera y el individuo de cabellos grises que había entrado en la casa unos minutos antes apareció en la puerta del gran comedor. Estuvo allí un segundo apoyado en su bastón y miró a Jupe con la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera hondamente intrigado.

—¿Qué pasa, Don? —preguntó—. ¿Quién es éste?

Jupe frunció el ceño. Había algo familiar en aquel hombre. Jupe no acertó a decidir si era la voz o la inclinación de la cabeza. ¿Se habrían visto ya en alguna parte? Y en tal caso, ¿dónde?, ¿cuándo?

—Este muchacho entrar solo —explicó el que amenazaba a Jupe por la espalda—. Quedar quieto y escuchar cuando usted hablar por teléfono.

—Sólo he venido a preguntar una dirección —se defendió Jupe —. Ahí fuera pone que esto es el restaurante de Charlie. Pues si es un restaurante no he hecho nada malo al entrar. La puerta estaba abierta.

—Sí, claro —concedió el hombre de cabellos grises. Luego se acercó a Jupe, sonriente—. *Era* un restaurante y la puerta estaba abierta, cierto.

Jupe se fijó en que aquel hombre tenía las mejillas rubicundas y que su prominente nariz se había tostado recientemente al sol y empezaba a pelarse.

Los ojos que brillaban bajo las gruesas cejas eran muy azules.

—Calma, jovencito —continuó el hombre—. Don no podría disparar aunque quisiera.

Jupe bajó los brazos cautelosamente. Luego, se volvió para mirar al llamado Don.

—Pensar que tengo una pistola —sonrió Don con satisfacción. Era un oriental no más alto que Jupe, sumamente delgado, provisto de una cara ancha y agradable. Empuñaba una cuchara de madera con el mango apuntado hacia la espalda de Jupe—. No ser una pistola de verdad —añadió—. Ser un truco que vi por televisión.

—Hoang Van Don vino del Vietnam hace poco —lo presentó el hombre del pelo gris—. Está aprendiendo inglés gracias a los programas nocturnos de televisión, y ahora veo que además aprende otras cosas útiles.

El vietnamita se inclinó.

—Si te encierran en habitación de arriba, lo mejor es hacer cuerdas con sábanas. Si sábanas no hay, deslizarse por la cañería.

El vietnamita volvió a inclinarse y desapareció en las sombras de la cafetería. Jupe le siguió con la mirada, lleno de curiosidad.

—¿Querías unas señas? —Inquirió de pronto el hombre del cabello gris.

—¡Oh…! —se sobresaltó Jupe—. ¡Oh, sí! Hay una especie de lago encharcado que corta la carretera un poco más allá —señaló Jupe—. ¿Continúa la carretera pasado dicho charco? ¿Es posible atravesarlo por alguna parte o hay que volver a la autopista?

—La carretera no continúa. Termina justo después del charco. Y no trates de cruzarlo. Es muy profundo. No tocarías fondo.

—Sí, señor —repuso Jupe, aunque realmente no había prestado la menor atención.

Se hallaba interesado en una de las cajas de cartón que estaban amontonadas en un rincón del pasillo. En aquella caja se veían apilados media docena de libros y todos parecían ejemplares del mismo título. Jupe vio que las cubiertas estaban llenas de polvo, a pesar de lo cual se distinguían los caracteres del título en un brillante color escarlata. En la portada se veía una daga que rasgaba un documento y el título del libro era *Oscuro legado*.

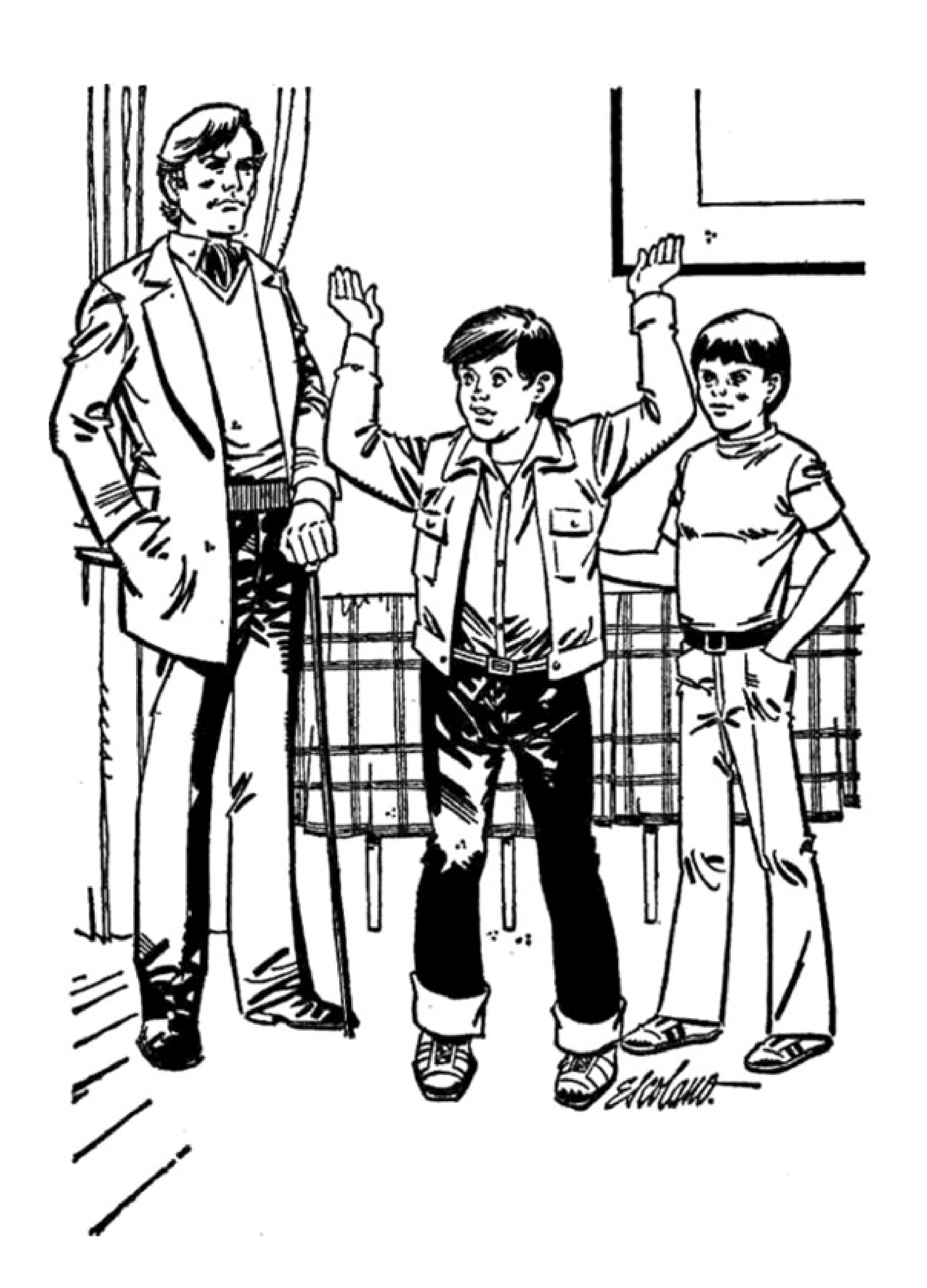
—¡Héctor Sebastián! —exclamó Jupe de repente.

Corrió hacia la caja y cogió un libro. En la contraportada había una fotografía… la fotografía del hombre de cabellos grises que le estaba contemplando desde el mal alumbrado pasillo.

—¡Oh, es usted! —observó Jupe. Por una vez, había abandonado

su orgullo y sus modales un poco presuntuosos—. ¡Usted es *ese* Héctor Sebastián! Bueno, el que he visto por televisión…

—En efecto. Algunas veces.


Escolano.

—Leí *Oscuro legado* —manifestó Jupe con una voz que sonaba rara incluso a sus propias orejas, muy alta y emocionada. Hablaba como un turista asombrado ante una estrella—. ¡Es un libro estupendo! ¡Lo mismo que *Datos escalofriantes*! ¡Oh, señor Sebastián, seguro que usted no necesita asaltar bancos!

—¿Creías que había asaltado uno? —rió Héctor Sebastián—. Bueno, supongo que no has venido hasta aquí para preguntar unas señas. ¿De qué se trata?

—Yo… —respondió Jupe muy colorado—. No me gusta admitir lo que había pensado. Señor Sebastián… ¿ha echado de menos su cartera?

Sebastián le miró fijamente y después se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta. Luego, la bajó hasta el bolsillo posterior del pantalón.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. ¡Ha desaparecido! ¿La tienes tú, acaso?

—La tiene mi amigo Bob —explicó Jupe.

Rápidamente le contó a Sebastián la aventura de Bob la noche anterior. Describió al ciego que había dejado caer la cartera, mencionó el robo del banco y también el atropello de que había sido objeto el mendigo.

—¡Es estupendo! —ponderó Sebastián—. ¡Es como el comienzo de una película de Hitchcock!

Inmediatamente, Jupe pareció esponjarse de satisfacción.

—¿Qué sucede? —quiso saber Sebastián—. ¿He dicho alguna tontería?

—En absoluto —le tranquilizó Jupe—. Resulta que el señor Hitchcock era amigo nuestro. Cuando Bob compilaba nuestros casos, el señor Hitchcock acostumbraba a prologarlos. Oh, lloramos mucho su muerte y ahora le echamos mucho de menos.

—Es natural —asintió Sebastián—. Pero no lo entiendo. ¿Qué clase de casos? ¿Y dónde está tu amigo Bob, el que encontró mi cartera?

—¡Voy a llamarle! —se ofreció Jupe—. Está ahí fuera.

Jupe abrió la puerta y corrió a través del aparcamiento.

—¡Eh! —gritó—. ¡El señor Sebastián quiere conoceros! ¿Sabéis quién es?

Bob y Pete se miraron uno al otro, y el segundo negó con la

cabeza.

—¿Debemos conocerle? —preguntó.

—Yo debí conocerle —sonrió Jupiter—. Debí reconocer el nombre al instante. ¡Oh, mi cerebro se está convirtiendo en sopa de avena! Es el que escribió *Oscuro legado, La noche acecha* y *Datos escalofriantes*. Últimamente ha salido bastantes veces en televisión. Los estudios Moorpark acaban de rodar una película basada en *Datos escalofriantes* y Leonard Orsini es quien ha compuesto la música de la cinta.

—¡Oh, sí! —sonrió Pete de repente—. Mi padre nos habló de *Datos escalofriantes*. ¿Y dices que ese Sebastián es el autor?

—¡El mismo! —contestó Jupe, con el rostro rojo de emoción—. Fue detective privado en Nueva York, pero se lesionó al estrellarse la avioneta que pilotaba. Le quedó la pierna aplastada. Y mientras esperaba a que se le curara, empezó a escribir una novela inspirada en uno de sus casos. La tituló *La noche acecha* y llegó a ser un *best-seller* como libro de bolsillo. Después apareció otro libro del señor Sebastián, *Oscuro legado*, que trata de un hombre que finge estar muerto para que su esposa pueda cobrar el seguro. De esto hicieron una película, ¿os acordáis? Finalmente, el señor Sebastián dejó de ser detective privado para dedicarse exclusivamente a la literatura. Fue entonces cuando escribió *Datos escalofriantes*, vendió los derechos a los Estudios Moorpark. ¡Vamos, vamos! ¿No deseáis conocerle? Bob, ¿tienes la cartera?

—Te la di a ti —le recordó Bob—. ¿No te acuerdas? ¡Chico, realmente eres muy despistado!

—Oh… —Jupe se palpó los bolsillos y sonrió—. Sí, está aquí. Vamos.

Pete y Bob le siguieron al interior del edificio y, una vez dentro, Jupe les presentó a Héctor Sebastián, el cual los condujo a la estancia de los ventanales y les indicó unas sillas plegables colocadas alrededor de una mesa con superficie de cristal. Era igual que las mesitas que suelen hallarse en una terraza o al lado de una piscina. La mesa, las sillas y un teléfono eran los únicos objetos de la habitación.

—Oh, algún día llegaremos a disfrutar de todos los lujos aquí —explicó Sebastián—. Don y yo nos trasladamos aquí sólo hace un par de meses y no hemos tenido tiempo de hacer muchas cosas.

—¿Piensa vivir aquí? —se interesó Pete.

—¡Ya vivo aquí! —le corrigió Sebastián.

Cojeó hasta el pasillo y llamó a Don. El vietnamita apareció con una bandeja en la que había una cafetera, una taza y un platito.

—¡Trae algo para los chicos! —le ordenó Sebastián—. ¿Hay refrescos en el refrigerador?

—Limonada —repuso Don al dejar la bandeja en la mesita—. De la marca *Nature-Own*, con sabor a limón maduro.

Jupe sonrió al reconocer el anuncio de una de las más populares marcas de limonada. No había duda de que Don aprendía con rapidez cuanto decían por televisión.

—¿Os gusta la limonada? —inquirió Sebastián.

Los tres amigos asintieron. Don se marchó a la cocina, que estaba situada en el rincón más alejado de la casa, pasada la cafetería.

—Ojalá Don viese algunos programas de cocina, en lugar de esas películas viejas con anuncios comerciales cada cinco minutos —se quejó Sebastián cuando hubo salido el vietnamita—. ¡Hace algunas comidas totalmente incomestibles!

Héctor Sebastián continuó contando cosas del antiguo restaurante al que se había mudado y los planes que tenía para transformarlo en un verdadero hogar.

—La cafetería será el comedor —explicó a los muchachos—. Hay una despensa grande junto al pasillo que será el dormitorio de Don y yo le instalaré un baño debajo de la escalera.

Los muchachos miraron hacia la escalera que ascendía junto a la pared interior, cerca del pasillo. En lo alto había una galería que corría por toda la longitud del edificio y dominaba el vasto comedor donde se hallaban Sebastián y los chicos. El comedor tenía un techo abovedado, de dos pisos de altura. La otra mitad del edificio, osea, la parte delantera ocupada por el vestíbulo, la despensa, la cafetería y la cocina, tenía habitaciones en el segundo piso, con puertas que daban a la galería.

—Ya sé que esto está hecho una ruina —confesó Sebastián—. Pero estructuralmente es magnífico. Hice que un arquitecto y un contratista examinasen la casa antes de adquirirla. ¿Y sabéis lo que me costaría comprar un edificio como éste tan cerca de la costa?

—Sí, una fortuna —repuso Jupe.

Sebastián asintió.

—¡Y estoy seguro de que será un lugar encantador cuando esté arreglado! ¡Esta habitación es magnífica… con una chimenea a cada extremo y esos ventanales que dan al mar! Y el tejado no tiene goteras. Sí, esto es lo que debería ser normal en todas partes, pero yo viví veintitrés años en un apartamento de Brooklyn donde había goteras siempre que llovía. Y tenía que colocar cubos debajo de cada una para recoger el agua.

El señor Sebastián se echó a reír.

—¿Quién dijo que había ricos y pobres y que era mejor ser rico? Fuese quien fuese, supo lo que decía.

Don llegó con la limonada y mientras servía a los chicos, Sebastián cogió la hermosa cartera que Jupe había dejado sobre la mesa.

—Conque la dejó caer un mendigo, ¿eh? —murmuró. Estudió la cartera y añadió—: No debió ser un mendigo muy necesitado. No gastó absolutamente nada de mi dinero.

—Pero pedía limosna —le recordó Bob—. Llevaba una lata con monedas dentro y la sacudía con regularidad.

El señor Sebastián estaba pensativo.

—¿Cómo encontraría la cartera? Si era ciego…

—Exacto —le atajó Jupe—. Los ciegos no ven las cosas que hay en las aceras. Naturalmente, pudo tropezar con ella y recogerla. ¿Cuándo la vio usted por última vez, señor Sebastián?

—Pareces muy profesional —sonrió Sebastián—. Casi espero que saques un bolígrafo y una libreta y tomes notas. Hace poco mencionaste a Alfred Hitchcock y dijiste que había prologado vuestros casos. ¿Acaso sois detectives aficionados?

—No, *somos* detectives profesionales —respondió Jupe con orgullo.

Acto seguido, sacó de su cartera una tarjeta y se la entregó a Sebastián, el cual leyó:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Ya entiendo —asintió el escritor—. Os llamáis los Tres Investigadores y lo investigáis todo. Sí, una declaración valiente. A veces, los investigadores privados tienen que solucionar casos muy extraños.

—Lo sabemos —confirmó Jupe—. Nos hemos hallado en algunas circunstancias realmente difíciles… incluso peligrosas. Ésta es nuestra especialidad. Y a menudo hemos tenido suerte en casos que la policía no ha sido capaz de solucionar.

—Os creo —asintió Sebastián—. Los jóvenes tienen la mente muy despierta y no se dejan influir por preocupaciones de lo que puede y lo que no puede ocurrir.

Bob se inclinó hacia delante.

—Ahora estamos interesados en el hombre ciego porque creemos que a lo mejor tuvo que ver algo con el asalto al banco. ¿Estuvo usted ayer en Santa Mónica? —preguntó a continuación—. ¿Dejó caer la cartera allí? ¿O se la pudo quitar el ciego del bolsillo?

—No —Sebastián se recostó en su silla—. Sé que ayer por la mañana tenía la cartera. Recuerdo habérmela metido en el bolsillo cuando salí de casa para ir a Denicola. Y no había vuelto a pensar en ella hasta ahora. Claro que se me debió caer en Denicola, puesto que es el único sitio donde estuve ayer, aunque debió ser por casualidad. Ciertamente, no me metí entre ningún gentío donde alguien podía habérmela robado… y, por otra parte, yo me habría fijado en un ciego.

—Denicola es ese lugar de la costa donde alquilan barcas para los pescadores deportivos, ¿verdad? —se interesó Pete.

—Allí amarro mi lancha —asintió Sebastián—. Está más cerca de aquí que cualquier otro embarcadero. Cuando deseo usar la

lancha, los chicos que trabajan para la señora Denicola me llevan en bote hasta la boya donde está amarrada. Ayer precisamente di un paseo en ella. Sí, la cartera se me debió caer cerca del embarcadero, o tal vez en el aparcamiento.

—¡Y el ciego la recogió! —concluyó Pete.

—Después, el ciego se fue a Santa Mónica sin hablar de la cartera con los Denicola —agregó Bob—. Y estaba frente al banco, al otro lado de la calle, en el momento en que uno de los atracadores entró disfrazado como hombre de la limpieza. Quizás incluso dejó caer la lata con las monedas para que la gente de la parada del autobús no se diera cuenta de lo que sucedía.

—La lata pudo estar escurridiza a causa de la lluvia —opinó Sebastián—. O el ciego estaba cansado y… bueno, la caída de la lata es posible que no signifique nada.

—Pero huyó tras dejar caer la cartera, cuando Bob se la quería devolver —le recordó Jupe—. Corrió después de haberle atropellado un auto.

—No es extraño —objetó Sebastián—. Pudo quedar un poco atontado. O tener la conciencia intranquila por llevar una cartera que no era suya. Seguramente tuvo miedo de la policía que no suele tener muchas simpatías con los mendigos. No me parece probable que tenga la menor relación con el asalto al banco; pero, a pesar de eso, ¿por qué no vais a la policía vosotros y contáis lo que me habéis dicho? Dadles mi nombre si es preciso. Me encantará colaborar en todo lo que esté en mi mano.

—Claro —convino Jupe, un poco desilusionado—. Esto sería lo correcto. Y probablemente usted tenga razón en eso de que el ciego no tuvo nada que ver con el robo. Sí, supongo que este caso ha terminado antes de empezar la investigación.

—Eso creo —asintió Sebastián—. Bueno, de todos modos os agradezco mucho que hayáis venido a devolverme la cartera.

Buscó en el interior de la misma algunos billetes.

—Oh, no ha sido ninguna molestia —dijo Pete.

—Nos ha gustado mucho poder servirle en algo —añadió Bob—. Por favor, no tiene que darnos nada.

—Entonces, ¿puedo recompensaros de alguna otra manera? —inquirió Sebastián—. ¿Qué os parece un paseo en mi lancha? Si queréis acompañarme la próxima vez que salga a navegar…

—¡Oh!, ¿de veras? —se entusiasmó Pete.

—Claro. Dadme vuestros números telefónicos y os llamaré.

—Podemos estar aquí en menos de media hora —le aseguró Pete muy contentó.

Le dio a Sebastián su número de teléfono, y lo mismo hicieron los otros. Cuando se marcharon los Tres Investigadores, el famoso detective convertido en célebre escritor los acompañó hasta la puerta y se quedó contemplándoles mientras montaban en las bicicletas y enfilaban la carretera.

—¡Un tipo estupendo! —alabó Pete, cuando estuvieron un poco lejos del antiguo restaurante.

—Oh, sí —se mostró de acuerdo Jupe—. Y parecía lamentar que nos fuéramos. Claro, aquí en California debe sentirse muy solo. Casi toda su vida la pasó en Nueva York…

—Bueno, al menos quiere compañía para ir en la lancha —se alegró Bob—. ¡Me gustará! ¡Oh, será algo…!

Bob calló de repente. En la carretera acababa de aparecer un sedán pequeño de color castaño. Pasó junto a los muchachos a poca velocidad, aflojó la marcha delante del restaurante de Charlie y torció hacia el patio. Del coche saltó al suelo un individuo ya de edad. Se aproximó a la escalerilla del restaurante y le dijo algo a Sebastián que aún estaba en la puerta.

Los tres amigos estaban demasiado lejos para oír la conversación, pero se quedaron donde se hallaban para vigilar. Al cabo de un momento, Sebastián entró en la casa y el recién llegado le siguió.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —exclamó Bob—. ¡La investigación todavía no ha terminado!

—¿Por qué? —quiso saber Pete.

—El guarda jurado —explicó Bob—. Ese individuo es el guarda que dejó entrar a los ladrones en el banco de Santa Mónica. Y me pregunto: ¿por qué habrá venido a visitar a Héctor Sebastián?

CAPÍTULO 4

Los Tres Investigadores hallan un cliente

—¡Esto no tiene sentido! —se enfurruñó Jupe—. ¡Héctor Sebastián tiene más dinero del que puede gastar! ¡Sus libros se venden como el agua!

—De acuerdo —concedió Bob—. Pero si no tuvo nada que ver con el asalto al banco, ¿por qué el guarda de seguridad le ha ido a visitar?

—No lo sé —reconoció Jupe.

Era a primera hora de la tarde, y los Tres Investigadores se hallaban en su secreto puesto de mando del «Patio Salvaje de los Jones». Los muchachos habían aguardado en la carretera de Cypress Canyon Drive hasta que el guarda de seguridad del banco de Santa Mónica salió de la casa de Héctor Sebastián y se hubo alejado en su coche. Luego, consideraron la idea de volver a hablar con el escritor y preguntarle qué significaba la visita del guarda, pero Jupiter se opuso a este plan. No le gustaba entrometerse por segunda vez en la vida del famoso autor sólo por curiosidad, de manera que los tres amigos regresaron al puesto de mando para discutir los sucesos de la mañana. Ahora estaban sentados en torno al viejo escritorio de roble del remolque. Bob iba anotando en un cuaderno todo lo que recordaba.

—El mendigo cojeaba anoche después del accidente, y el señor Sebastián cojea —observó.

—El señor Sebastián se rompió la pierna por una docena de sitios —le recordó Jupe—. Su cojera es permanente. ¿Cojeaba el ciego anoche antes del atropello?

—No estoy seguro —vaciló Bob.

—La cojera puede ser una coincidencia —indicó Pete—, pero ¿y la cartera? Otra coincidencia. Luego, el hombre que dejó entrar a los ladrones en el banco fue a visitar al señor Sebastián. Y una

tercera coincidencia… y tres son demasiadas coincidencias.

—¿Por qué no acudimos a la policía? —sugirió Bob—. El señor Sebastián dijo que era lo más acertado. ¿Y creéis que lo habría dicho de estar mezclado en el robo?

—Tenía que decirlo —observó Pete—. De lo contrario, se habría puesto en evidencia. En realidad, esto es lo que siempre dicen los mayores.

—Creo que la policía considerará que nuestras teorías son muy fantásticas —declaró Jupiter—. Y tal vez tendrían razón. Es imposible creer que el señor Sebastián ayudara a robar en un banco. Tendría demasiado que perder. Sin embargo, debe haber alguna relación entre él y este suceso. Tal vez el señor Bonestell nos ayudará a descubrir cuál es.

—¿Bonestell? —se extrañó Bob.

Jupiter desdobló un periódico que había encima del escritorio. Era la primera edición del *Santa Mónica Evening Outlook*. Lo había adquirido en un quiosco cuando los tres amigos se detuvieron a comer una *pizza* camino de casa.

—El guarda jurado del banco asaltado se llama Walter Bonestell —explicó—. Lo pone en la primera página —cogió un montón de listines telefónicos y pronto halló lo que buscaba—. Hummm… En el listín de Santa Mónica hay un tal Walter Bonestell que vive en el 1129 de Dolphin Court. Esto está a unas manzanas de la playa.

—¡Jupiter! —la llamada procedía de fuera del remolque—. ¿Dónde estás, Jupiter Jones? ¡Te necesito!

—Tía Matilda parece enfadada —suspiró Jupe—. No me ha visto desde el desayuno. Sí, debe tener una larga lista de cosas que hacer.

—También debe estar buscándome mi madre —dijo Pete.

—Iba a sugerir que visitásemos al señor Bonestell —anunció Jupe—. Bien, quizá podremos ir esta tarde. ¿Podréis estar libres entonces? En ese caso, nos encontramos delante del supermercado de Rocky Beach a las siete. Iremos en bicicleta a la costa y visitaremos al guarda jurado en su casa.

—Por mí está bien —asintió Pete.

—Mañana no hay escuela —sonrió Bob—. No habrá problema. Bien, hasta la tarde.

Los muchachos salieron del remolque, y Jupiter pasó las primeras horas de la tarde trabajando en la chatarrería. Al

anochecer, tras una cena temprana con tía Matilda y tío Titus, Jupe estuvo ya aguardando con su bicicleta delante del supermercado. Bob y Pete se presentaron a las siete menos cinco minutos y, ya bajo las sombras del crepúsculo, los tres amigos se dirigieron a Santa Mónica.

Dolphin Court resultó ser un corto callejón sin salida, en un barrio de casas pequeñas y bajas. El número 1129 era una construcción que se hallaba hacia la mitad de la calle.

El coche que los muchachos habían visto en Cypress Canyon Drive se hallaba estacionado en el senderito enarenado de la casa. La parte delantera de la misma estaba a oscuras, pero en una ventana trasera brillaba una luz. Los chicos recorrieron el senderito y atisbaron por la ventana que era la de la cocina.

El guarda del banco estaba solo allí, sentado a una mesa junto a la ventana con un montón de periódicos ante sí, y un teléfono al alcance de la mano. Por el momento, no llamaba a nadie. Estaba simplemente contemplando el mantel de plástico de la mesa, aunque no parecía verlo en absoluto. Parecía más viejo que por la mañana y también más frágil. Su cabello era ralo y áspero y se veían bolsas de color púrpura bajo sus ojos.

Los muchachos no hablaron. Al cabo de un instante, Jupe se dirigió a la fachada de la casa para tocar el timbre.

¡Impidiéndole el paso en el senderito había un hombre que empuñaba una pistola!

—¿Qué quieres exactamente? —exigió el hombre.

No apuntaba directamente al cuerpo de Jupe y su voz era baja y bien controlada, pero Jupiter tuvo la sensación de que él y sus amigos estaban en peligro mortal. El hombre que empuñaba el arma parecía frío y determinado. Su boca formaba una delgada línea recta, sin la menor nota de humor. Llevaba unas gafas de sol sobre la frente como un segundo par de ojos.

Pete dejó oír un grito de sobresalto y el hombre le ordenó:

—¡No te muevas!

La ventana de la cocina se abrió y por ella se asomó el señor Bonestell.

—¿Qué pasa, Shelby? ¿Qué estás haciendo?

El nombrado señaló con la pistola a los tres muchachos.

—Esos tres estaban espiando por la ventana.

—¡Oh…! —exclamó el señor Bonestell. Parecía intrigado y lleno de curiosidad—. ¡Oh! —repitió con tono más alarmado.

—¡Vamos, adentro! —ordenó el de la pistola—. ¡Por aquí! ¡Vamos!

Los chicos obedecieron. Dieron la vuelta al patio y entraron en la cocina por una puerta trasera.

—¿De qué se trata? —quiso saber el señor Bonestell—. Cuando esta mañana fui a visitar al señor Sebastián, me contó que acababan de verle tres muchachos. Erais vosotros, ¿verdad? Estabais en la carretera cuando llegué, claro. Montados en bicicleta.

—Sí, señor Bonestell —confesó Jupiter.

—¿No queréis sentaros? —invitó el señor Bonestell.

Apartó una silla de la mesa situada junto a la ventana.

—¿Qué es esto, Walter? —inquirió, el de la pistola—. ¿Qué sucede?

—No lo sé —declaró Bonestell—. Shelby, ¿quieres guardarte esa pistola? ¡Las armas me ponen nervioso!

Shelby vaciló. Luego se arremangó la pernera del pantalón hasta la espinilla y metió la pistola en una funda que llevaba sujeta a la pierna por debajo de la rodilla.

Pete parpadeó al observar aquello, pero no dijo nada. Los muchachos se sentaron alrededor de la mesa.

—El señor Sebastián me contó que visteis a un tipo sospechoso cerca del banco —observó Bonestell.

—¿Quieres decirme, por favor, qué pasa? —se irritó Shelby.

—¿No oíste las noticias de la radio? —suspiró Bonestell—. Esta mañana han asaltado el banco.

—¿Un asalto? No me había enterado. No puse la radio del coche. ¿Qué sucedió? ¿Y quiénes son esos chicos? No entiendo nada.

Bonestell se apresuró a narrar todos los detalles del robo.

—Y yo soy el que dejó entrar a los atracadores —concluyó—. Creo que la policía supone que yo estaba de acuerdo con ellos.

La expresión del señor Bonestell era de profundo abatimiento.

—Sí, fui poco cuidadoso —admitió—. De haberme fijado mejor en el que llamó a la puerta, me habría dado cuenta de que era un extraño. Pero, a pesar de mi descuido, esto no quiere decir que sea un ladrón… ¡Jamás hice nada deshonroso en mi vida! Claro que la

policía no me conoce y por esto he de buscar a alguien que demuestre mi inocencia.

—Un abogado —sugirió Shelby. Inclinó la cabeza y sonrió, como la persona que conoce todas las respuestas—. Muy prudente por tu parte, Walter, pero ¿qué pintan en esto estos chicos? ¿Por qué espiaban por la ventana?

El señor Bonestell expresó aún un mayor abatimiento.

—Supongo que también sospechan de mí —se inclinó hacia Jupe —. Al principio, creí que el señor Sebastián podría ayudarme. Estuvo la semana pasada en el programa de Harry Travers y habló de la película que acaban de rodar sobre su novela y aseguró que la gente se mete en líos porque suelen estar donde no deben a una hora desacertada. Bien, yo soy una de esas personas, ¿verdad? De modo que pensé que tal vez al señor Sebastián le interesaría mi… mi caso. Una de las secretarias del banco dijo que quizá podría ayudarme y consiguió las señas de Sebastián del Servicio de Información de Crédito del Centro. Se trata de un número que no figura en el listín, como la mayoría de las celebridades, y fui a verle y…

—¡Walter, deja de dar rodeos! —tronó Shelby—. ¿Quién es ese Sebastián?

—Es un novelista y guionista de cine —explicó Jupe, tras aclararse la garganta—. Y ha sido detective privado. Nosotros le vimos esta mañana. Bueno, alguien dejó caer una cartera que pertenece al señor Sebastián, delante del banco asaltado, y Bob… mi amigo Bob Andrews, la recogió.

—Yo estaba al otro lado de la calle cuando el falso hombre de la limpieza llamó a la puerta del banco —declaró Bob—. Vi cómo usted le dejaba entrar, señor Bonestell.

—Cuando esta mañana vimos que se dirigía a casa del señor Sebastián, después de devolverle nosotros la cartera —continuó Pete—, entramos en sospechas. Pensamos que podía existir alguna relación entre usted, el señor Sebastián y… y el robo.

Pete calló y enrojeció súbitamente.

—Bueno, suena muy tonto, dicho así, en voz alta —confesó.

—Sólo iba a pedirle ayuda —explicó Bonestell—, pero el señor Sebastián va a escribir un nuevo libro y no tiene tiempo para ayudarme. Me dio las señas de varios investigadores privados de

Los Ángeles, pero opina que lo mejor es que acuda a un abogado. Esta tarde llamé a algunos… ¡Oh!, ¿sabéis qué cuesta contratar a un buen abogado? ¿Y a un detective privado? ¡No puedo permitírmelo!

Jupe se enderezó en su silla.

—Señor Bonestell, tal vez sospechábamos de usted cuando llegamos, pero ahora ya no. Y creo que podemos ayudarle. Sí, señor Bonestell, nosotros somos detectives privados.

A continuación, Jupe sacó de su cartera la tarjeta de los Tres Investigadores y se la entregó con orgullo al guarda jurado.

—¡Qué maravilla! —exclamó Shelby, leyendo la cartulina por encima del hombro de Bonestell. Su tono era sarcástico.

—Nada de maravillas —replicó Jupe con tono sosegado—. Hemos logrado una serie de éxitos que muchas agencias nos envidiarían. No tenemos prejuicios como la mayoría de los adultos. Creemos que casi todo es posible y nos dejamos guiar por el instinto. Señor Bonestell, no creo que usted tomara parte en el asalto al banco. Y estoy seguro de que mis amigos opinan lo mismo.

Jupe miró a Bob y a Pete, los cuales se mostraron de acuerdo.

—Señor Bonestell —prosiguió Jupe—, si acepta nuestros servicios, Los Tres Investigadores quisieran tenerle como cliente.

—¡Pero sois tan jóvenes! —se asombró Walter Bonestell.

—¿Acaso eso es un obstáculo? —objetó Jupiter.

—Yo… bueno… yo debería contratar a una buena agencia… y… —Bonestell se retorcía las manos con indecisión.

—Walter, ¿qué te costaría esto? —preguntó Shelby.

Tras estas palabras, acercó una silla a la mesa. Luego, miró más allá de Bonestell y los muchachos, hacia la ventana y a la negra noche, y frunció el ceño ante su propio reflejo. A continuación, echó su cabello hacia atrás con una mano, se quitó las gafas y se las metió en un bolsillo de su traje de pana.

—No sé por qué estás tan preocupado —añadió finalmente—. Según vuestro sistema judicial, uno es inocente hasta que se demuestra que es culpable.

—No me siento tan inocente —gruñó Bonestell—. Ya sabes que dejé entrar a los ladrones.

—Bah, no pueden enviarte a la cárcel por esto —declaró Shelby —. Pero si vas a hacer una montaña de un grano de arena, ¿por qué no contratas a esos chavales? No sé qué podrán averiguar ni

demostrar, pero a lo mejor aciertan.

—Lo intentaremos —prometió Pete.

—Sí, estáis dispuestos a ayudarme —suspiró Bonestell—, y esto siempre es agradable. Hoy día, pocas personas son así. Creo que sí… en realidad sois capaces de ayudarme… Bueno, seré vuestro cliente. ¡Ya es hora de que alguien esté de mi parte!

CAPÍTULO 5

La historia del señor Bonestell

—¡Fue una pesadilla! —gimió Bonestell. Estaba resiguiendo el dibujo del mantel de plástico de Jupiter a Bob y de éste a Pete—. Me han rogado que no vuelva a trabajar hasta que el caso se haya aclarado. No me han acusado del robo, pero casi lo dieron a entender. ¿Cómo pueden pensar tal cosa de mí? ¿Tengo aspecto de ser un atracador? ¿Parece mi casa un nido de hampones?

Los muchachos miraron al señor Bonestell y después a la bien ordenada cocina. Jupe esbozó una sonrisa. No podía imaginarse al señor Bonestell planeando un delito, ni que unos ladrones conspirasen en aquella casa que, de tan aseada, carecía totalmente de carácter.

—¡Cáscaras! —exclamó de pronto Shelby—. ¡Los paquetes de la comida!

Se marchó por la puerta trasera y los muchachos oyeron el portazo que dio.

—¿Por qué no empieza por el principio, señor Bonestell? —indicó Jupiter—. Si nos cuenta todo lo que recuerda del robo, quizá se acordará de algún detalle que antes pudo pasarle por alto.

Bonestell no daba muestras de tener grandes esperanzas.

—Sebastián me dijo que es más difícil probar que un hombre es inocente, si no tiene coartada, claro, que demostrar que es culpable.

—¿Y usted está seguro de no tener ninguna coartada? —preguntó Jupe—. Reflexione bien, señor Bonestell. Si usted fuese uno de los ladrones, habría perdido parte de su tiempo, durante los últimos días, planeando el robo. Y habría tenido que relacionarse con el resto de la banda. ¿No puede dar cuenta de sus actividades durante… bueno, las dos últimas semanas?

Bonestell sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Y su amigo Shelby? Vive aquí, ¿verdad? ¿Sabe algo de lo que

estuvo usted haciendo en esas dos semanas?

Bonestell volvió a sacudir la cabeza.

—Shelby duerme aquí, pero para poco en casa. Es un representante de los Sistemas
TX-4
, una empresa que fabrica computadoras. Viaja mucho asesorando a los negociantes que instalan sistemas de informática. La semana pasada estuvo fuera, incluyendo el fin de semana. Una empresa de Fresno deseaba adquirir el sistema TX de contabilidad y él les ayudó en la instalación. Hace poco que llegó. Y cuando está aquí, no presta atención a nada. Cuando yo trabajaba en la
TX-4
se mostraba mucho más amistoso que ahora.

—¿Usted trabajó para los Sistemas
TX-4
? —se interesó Jupe.

—Sí, cuando adquirieron la empresa «Calculadoras Jones-Templeton» —por primera vez, el semblante de Walter Bonestell mostró cierto orgullo—. Estuve treinta años con la Jones-Templeton —añadió—. Empecé allí al terminar la Segunda Guerra Mundial. Primero atendía al correo y después pasé a la sección de compras y seguí ascendiendo. Llegué a tener diez personas en mi departamento y yo era el subjefe del mismo. Esto fue cuando mis hijos empezaron a hacerse mayores. Ah, era una buena empresa y los niños podían disfrutar de la vida. Estabilidad, eso era. Sin el alboroto y los líos en que se meten tantos hombres hoy día.

Bonestell se levantó y se dirigió a la salita. Volvió al cabo de un momento con una fotografía enmarcada. Era un retrato suyo, mucho más joven y con una cabellera negra y espesa. A su lado se veía a una joven de rubios cabellos y cara redondeada, y dos niños.

—Mi esposa Eleanor —indicó Walter Bonestell, señalando a la joven—. Nos casamos un año después de la guerra. Murió hace cuatro años de paro cardíaco. Era muy joven para morir de este modo.

Calló y se aclaró la garganta.

—Lo siento —murmuró Jupe.

—Sí, gracias. Son cosas que pasan. Pero estoy muy solo desde que se fueron mis hijos. El mayor es coordinador de producción de

la Elliott Electronics de Sunnydale y Debra, mi hija, se casó. Su esposo trabaja en seguros. Viven en Bakersfield y ya tienen dos hijos.

Hizo una pausa para mirar de nuevo la foto.

—Sí —continuó—, tengo que agradecerle muchas cosas a la vida. He criado dos hijos y todo salió bien. Pero me gustaría que viviesen más cerca. No tan lejos. Como no quisieron seguir a mi lado, cuando todavía estaba en la
TX-4
, empecé a buscar a alguien que me ayudara en los gastos, Shelby… Shelby Tuckerman buscaba alojamiento y nos pusimos de acuerdo…

Se abrió la puerta trasera y entró Shelby con una bolsa de papel marrón. Se dirigió al refrigerador y empezó a guardar allí unos productos congelados.

—Respecto a lo que sucedió anoche —exclamó Jupe al cabo de un momento—, ¿le molestaría repetirlo ahora?

—Si crees que servirá para algo… —accedió Bonestell—. Al principio no pasó nada raro. Llevo casi un año en ese empleo. Entro a mediodía, me ocupo de varias cosas sin importancia. Bueno, sólo acepté ese trabajo porque las cosas se pusieron bastante mal después de… hummm… de que me obligaran a pedir el retiro en la
TX-4
. Me reemplazó una computadora.

Sonrió con amargura.

—De manera que ahora soy un hombre para todo con uniforme en el banco de Santa Mónica. Cuando cierran las puertas, superviso a los de la limpieza. Oh, no tardan mucho. Usualmente terminan a las seis. Luego les abro la puerta, salen y vuelvo a cerrar. Recorro las dependencias por última vez para asegurarme de que todo está en orden y finalmente me largo. No hay guarda nocturno en el banco. Con una cerradura de seguridad no es necesario. Nadie podría abrir la cámara acorazada sin que sonase la alarma, lo cual atraería a toda la policía de la ciudad.

—Por esto los asaltantes le mantuvieron prisionero a usted toda la noche —observó Bob—. No podían moverse mientras funcionaba la cerradura de seguridad.

—Exacto —asintió Bonestell—. Había tres hombres, y está claro que conocían el sistema. Debieron estar vigilando desde algún sitio

hasta que salieron los de la limpieza y cogieron el ascensor. Entonces, uno de ellos llamó a la puerta del banco. Había poca luz en el vestíbulo y, cuando miré a través de la puerta, vi a un tipo con mono, cabello largo y gris y un gorro hundido casi hasta los ojos. Pensé que era Rolf, que volvía en busca de algo olvidado. Bien, abrí la puerta, él entró y entonces comprendí que no era Rolf. Empuñaba una pistola, o sea que ya era demasiado tarde para que yo pudiera hacer algo.

Walter Bonestell se estremeció al evocar aquel instante.

—Los otros dos —continuó— llegaron inmediatamente. Llevaban pelucas, barbas y bigotes postizos. Me condujeron a la sala de conferencias, desde donde no podía ver la calle. Me tuvieron vigilado toda la noche y ni siquiera intentaron aproximarse a la cámara acorazada. Cuando por la mañana empezaron a llegar los empleados, los fueron conduciendo uno a uno adonde yo estaba. Y cuando llegó el señor Henderson, que es el que conoce la combinación y abre la caja, ya sabían quién era. Le obligaron a abrir la cámara tan pronto cómo concluyó el tiempo de cierre de la cerradura de seguridad.

Shelby Tuckerman estaba sentado al otro lado de Pete.

—Opino que alguien del barrio debió espiarte —le dijo a Bonestell—. Eso, o tal vez uno de esos chiflados del Centro de Ciudadanos Responsables decidió que ese banco era una bicoca.

—Shelby —se enojó Bonestell—, yo conozco a los vecinos y a mis amigos. Y a los de anoche no los conocía. Eran unos completos desconocidos para mí.

Shelby se puso de pie y puso un recipiente sobre el fogón.

—Iban disfrazados, ¿verdad? Creó que no se perdería nada si esos chicos vigilaran un poco a nuestros vecinos. En realidad, no son nada del otro mundo.

—¿Deberían serlo? —preguntó Bonestell.

—Naturalmente, usted no desea sospechar de sus vecinos —intervino Jupiter—, pero creo que hay alguien que está muy familiarizado con la rutina del banco. ¿Está seguro de que nadie le ha vigilado en los últimos días? ¿Nadie le ha interrogado con respecto a su trabajo?

—No, nadie —dijo Bonestell con expresión desolada.

El recipiente empezó a hervir y Shelby vertió una cucharada de

café instantáneo en una taza y echó encima agua caliente. Volvió a la mesa y se sentó mientras sorbía el líquido negruzco, en tanto paseaba la mirada de Jupe a Bonestell y viceversa.

—Tal vez habrá que demostrar que alguien es culpable antes de poder probar su inocencia, señor Bonestell —meditó Jupe—. Tal vez tengamos una pista.

—¿Una pista? —se ilusionó Bonestell—. ¿Cuál, por favor?

—En este punto del caso no podemos saber aún qué es y qué no es una pista —contestó Jupe—. Y por eso será mejor que no hable de eso con usted. Investigaremos y le llamaremos dentro de un par de días. Mientras tanto, si observa algo fuera de lo corriente o una extrema curiosidad entre sus conocidos, háganoslo saber. Nuestro número de teléfono está al dorso de la tarjeta.

—Sí, claro.

Los Tres Investigadores se despidieron de Bonestell.

—¿Una pista? —quiso saber Bob, cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos—. ¿Te refieres a la cartera? ¿Puede ser una pista?

—Una pista muy tenue —asintió Jupe—, pero es la única que tenemos. Creo que ya hemos decidido que ni el señor Sebastián ni el señor Bonestell tienen la menor relación con el robo. Pero si el ciego está complicado en el asalto, el señor Sebastián se halla relacionado a su vez con un bandido. Su cartera es el lazo de unión, de modo que vale la pena seguir esa pista.

—Si tú lo dices… —dijo Pete, encogiéndose de hombros—. ¡Pero por favor trata de mantenernos apartados de los lugares donde la gente anda apuntando con pistolas!

CAPÍTULO 6

La soñadora asustada

Bob Andrews se marchó de Rocky Beach antes de las nueve de la mañana siguiente. Con su bicicleta bordeaba la costa por la autopista, rumbo a Santa Mónica. Tenía que preguntar en las tiendas más próximas al Banco de Ahorros y Economías si el ciego había vuelto por el distrito desde el día del robo. Después, tenía que volver a Rocky Beach para pasar unas horas en la biblioteca, en la que trabajaba como ayudante en el archivo de libros.

Jupiter y Pete le vieron marchar. Después, ambos se dirigieron al Norte y antes de las nueve y media habían pasado por Malibú. Pedalearon en una cuesta pasada la población, y aceleraron al bajar por el otro lado hacia el embarcadero propiedad de la Compañía de Pesca Deportiva Denicola.

Los dos amigos se detuvieron junto al área de descanso de la carretera, frente al embarcadero Denicola. Ambos habían visto aquel lugar millares de veces al ir y venir por la autopista, pero hasta entonces no le habían prestado mucha atención. Antes de aquella mañana, la propiedad Denicola no había sido otra cosa que un ensanchamiento de la carretera donde se reunían los pescadores. Ahora, se hallaban aparcados varios remolques y camionetas junto a la autopista y varios hombres y mujeres se hallaban pescando lejos de la playa, al sur del embarcadero. A pesar de la helada brisa primaveral, algunas personas valerosas disfrutaban en traje de baño con sus tablas de *surf*, en donde los rompientes empezaban a encresparse.

—¡Buen mar para el *surf*! —ponderó Pete, con una nota de envidia.

Pete era un excelente practicante del *surf* y le habría gustado hallarse sobre su tabla.

Pero a Jupe no le interesaba el estado del mar. Se hallaba

estudiando el embarcadero y la barca de pesca amarrada a un lado. Era la *María III*, una embarcación pesada, bien cuidada, de unos quince metros de eslora, una garita para el timonel y tablas adosadas a las bordas para los pescadores que la alquilasen. Había una escotilla abierta y un joven que llevaba un capote azul examinaba el motor de la barca.

Amarrada al lado norte del embarcadero, de manera opuesta a la barca, se veía una balsa y la pasarela que llevaba hasta ella. En las profundas aguas, más allá del embarcadero, Jupiter divisó una motora blanca, muy elegante de líneas, amarrada a una boya. La cabina del piloto estaba tapada con una lona.

—Debe de ser la lancha del señor Sebastián —conjeturó Jupe.

—¡Hum…! —gruñó Pete, con los ojos fijos en los *surfistas*.

—¿Quieres quedarte aquí y vigilar las bicicletas? —le preguntó Jupiter.

—¡Hum…! —fue también la respuesta.

Jupe sonrió, dejó su máquina apoyada y atravesó la carretera.

Un sendero enarenado conducía desde la autopista al embarcadero. A la izquierda del mismo había un pequeño aparcamiento, vacío en aquel momento. A la derecha, un ramal del sendero iba hasta una casa de tejas grises ya descoloridas y marcos de madera blanca. Había una camioneta en el patio próximo a la casa. Entre ésta y el embarcadero se hallaba una construcción, obviamente una oficina, con ventanales en tres de sus lados y una puerta en el más cercano al embarcadero. A través de los ventanales, Jupiter divisó a una mujer de cabellos grises, vestida de negro, que estaba sentada ante un escritorio examinando una carpeta, en tanto que otra mujer más joven de cabellera rojiza y muy rizada, hablaba por teléfono.

Jupe se dirigió a la oficina, sonrió a través del cristal a la pelirroja, abrió la puerta y entró.

La oficina olía a agua marina, a botas de goma, a algas y a moho. Había un banco de madera adosado a una pared y una mesa cubierta de folletos sobre el deporte de la pesca y viajes baratos por las islas del Canal.

La mujer pelirroja tapó el aparato con su mano.

—Estaré con usted dentro de un momento.

—No tengo prisa —repuso Jupe.

La mujer más madura levantó la vista y, de pronto, Jupe se sintió taladrado por su mirada. Experimentó un horrible escalofrío en todo su cuerpo. Los oscuros ojos de aquella mujer eran extrañamente penetrantes y parecía como si pudieran leer sus pensamientos. Su sonrisa, no obstante, fue distraída. No pareció enterada del efecto que acababa de producir en el muchacho. Tras concederle una ojeada volvió a enfrascarse en su carpeta.

Jupiter, sintiéndose incómodo, volvió la mirada hacia la costa. El joven del capote azul había terminado de comprobar el motor de la *María III*. Cerró la escotilla, saltó de la barca al embarcadero y se dirigió silbando hacia la oficina.

—Está bien —dijo la pelirroja por teléfono—. Serán ustedes cuarenta y tres el sábado. Si vienen más avísenmelo, por favor.

Colgó en el instante en que entraba el hombre del capote.

—¿En qué puedo servirte? —le preguntó a Jupe.

—Bueno… quería saber si habían visto una cartera —empezó el Primer Investigador—. ¿No han entregado ninguna aquí? El señor Sebastián perdió la suya hace uno o dos días.

—¿El señor Sebastián? ¿Ha estado aquí últimamente? Yo no lo vi. Ernie, ¿le llevaste tú a su lancha? Por favor, ¿quieres mirar en el bote? Tal vez la cartera esté allí.

—No está —repuso el llamado Ernie—. El señor Sebastián estuvo aquí hace dos días. Le llevé en el bote hasta la boya y luego lo traje de vuelta. Habría hallado su cartera si hubiese caído en el bote.

El joven miró a Jupe con cierta intriga.

—¿Por qué no ha venido el señor Sebastián en persona o no ha telefoneado?

—Está muy ocupado —replicó Jupe—. Ha estado en dos o tres lugares estos últimos días y no sabe dónde perdió la cartera. Me dijo que intentara encontrarla. Personalmente se obtienen mejores resultados. Por teléfono la gente no suele apresurarse a buscar los objetos extraviados.

Jupiter iba a proseguir diciendo que el señor Sebastián había visto a un hombre de pelo gris y gafas oscuras, con una cicatriz en la cara, mas antes de poder describir al pordiosero la mujer de más edad levantó la vista.

—Has preguntado por una cartera —murmuró—. Es extraño.

Anoche soñé con una.

La más joven sonrió.

—Mi madre política es terrible —se disculpó—. Sueña cosas que luego se convierten en realidad.

—No soy yo la terrible —objetó la mujer mayor. Tenía un acento especial, que ahora se notó más—. A veces, los sueños me atemorizan. La noche pasada soñé que venía un forastero. Cogía una cartera del suelo y se la metía en el bolsillo.

Jupe era todo oídos ante tan extraño sueño.

—Era un hombre muy raro. Tenía el cabello gris como el de mi Vincenzo antes de fallecer, pero no era bajo ni viejo como él. Era más joven y llevaba gafas negras. En la cara tenía una cicatriz, como hecha con una navaja. Tanteaba el suelo con un bastón, como un ciego, pero sabía que yo le estaba vigilando. También comprendí que era peligroso para mí. Fue una pesadilla, pero muy real.



Dirigió la vista hacia su nuera.

—Estas cosas me inquietan, Eileen.

Junto a Jupe se oyó un sonido que casi era un grito sofocado.

Jupe se volvió. Ernie estaba muy pálido, y tal vez algo tembloroso.

—¿Qué te ocurre, Ernie? —quiso saber la más joven de las dos mujeres—. ¿Encaja esa descripción con alguien que conoces?

—¡Oh, no! —negó Ernie con voz excesivamente alta—. Es que los sueños de la señora Denicola siempre me asustan.

—Te comprendo, Ernie —asintió la joven.

Nadie habló durante un momento. Luego, Jupe dio las gracias a ambas mujeres y salió de la oficina. Corrió al cruzar la autopista hasta llegar adonde Pete aún estaba contemplando las piruetas de los *surfistas*.

—¡Hemos dado en el clavo, Pete! —proclamó Jupe—. La anciana de la oficina es la señora Denicola y la joven es su nuera, y afirma que su suegra tiene sueños reales.

—¿Quieres decir sueños que tienen que suceder?

—Tal vez, pero también sueña cosas que ya han sucedido. Y soñó con un hombre que halló una cartera y se la metió en el bolsillo. Era un hombre que tanteaba el suelo con un bastón… un ciego. ¡Y era peligroso para ella!

Pete le miró fijamente un segundo.

—¡Bah, esto lo has inventado tú! —le acusó.

—Oh, no… Repito exactamente lo que ella dijo. Está asustada, lo mismo que aquel joven que estaba en la barca cuando llegamos aquí. Al oír contar el sueño, se puso pálido y tembloroso. Sí, sabe algo del ciego y no quiere que los demás sepan lo que él sabe. ¡Ah, esto está relacionado con nuestro caso! ¡Y voy a descubrir de qué manera!

CAPÍTULO 7

Pete asiste a un mitin

Fue Pete quien decidió que se quedaría cerca del embarcadero Denicola y vigilaría al joven Ernie.

—Si sabe algo, es mejor que averigüemos qué es —añadió—, y a ti ya te conoce. Si te ve dando vueltas por ahí, pensará que hay algo raro… A mí no me ha visto, de manera que puedo acercarme a él sin peligro… No se fijará en mí.

—Pero ten cuidado —le aconsejó Jupe.

—Sabes que lo tendré —repuso Pete—. Siempre tengo cuidado… cosa que no puede decirse de ti.

Jupiter se marchó autopista abajo, y Pete la cruzó hasta la playa. Llevó la bicicleta debajo del embarcadero, que cerca de la orilla del mar era lo bastante elevado para poder estar de pie debajo, y ató la máquina a uno de los pilares. Se mostraba cauteloso para no despertar el interés de nadie. De este modo, todo el que le viese pensaría que era sólo un chico que buscaba un sitio seguro donde dejar la bicicleta.

Pete anduvo un breve trecho por la playa, dejando atrás a varios pescadores, sentados en sendas rocas. Luego, se sentó en la arena y tendió la mirada hacia la *María III*. Ernie volvía a estar a bordo, pulimentando los metales dorados.

La mañana transcurrió agradablemente. Un grupo de niños estaba jugando en la playa, cerca del embarcadero, y Pete se enteró de que vivían cerca, por lo que empezó a interrogarlos. Así le contaron que Ernie vivía en la casita que estaba un poco más arriba de la autopista y que dos amigos vivían con él. Eran unos hombres que se expresaban en un lenguaje extranjero. Pete se sintió muy complacido con esta información. Pensó que Jupe no lo habría hecho mejor.

Se tomó un bocadillo que había comprado en una tiendecita de

la autopista, no lejos de la oficina de las Denicola, para almorzar y regresó a la playa para seguir vigilando a Ernie el resto de la tarde. Poco después de las cinco, Ernie abandonó el embarcadero y fue autopista arriba, casi pegado al muro de contención de la misma. Pete le siguió a prudente distancia.

Ernie se dirigió directamente a una casita en mal estado que se alzaba de cara a la autopista y cuya parte posterior llegaba casi hasta la arena, sostenida por pilastras. Cuando Ernie desapareció en el interior de la estropeada casa, Pete se preguntó qué debía hacer a continuación. ¿Cómo podría enterarse de algo más respecto a ese individuo que posiblemente conocía al mendigo ciego?

Por la autopista se acercó un camión bastante destartalado que paró delante de la casita de Ernie y del que saltó a tierra un joven. Agitó una mano y dio las gracias al chófer del camión, luego cruzó la calzada y penetró en la casa. El camión reanudó la marcha.

Unos minutos más tarde se presentó un tercer joven. Éste conducía un viejo «Buick». Lo dejó aparcado en un trecho de terreno bien nivelado, aunque plagado de hierbajos, cerca de la casa; entró en ésta y cerró de un fuerte portazo.

En la playa quedaban ya pocos pescadores. El sol derivaba hacia poniente. Pete decidió que vigilaría unos diez minutos más y después montaría en su bicicleta y regresaría a su casa.

Apenas acababa de tomar esta decisión cuando se abrió la puerta de la casita de Ernie. De la misma salieron los tres jóvenes y se encaminaron autopista abajo. Pete les siguió con disimulo. Pasaron por delante de la oficina de las Denicola, atravesaron la carretera y enfilaron un sendero sinuoso que conducía a un edificio que se alzaba en lo alto de los acantilados, mirando al mar. Un cartel colocado en la ladera del acantilado anunciaba que aquello era el Motel Ocean-View.

Ernie y sus amigos habían llegado a lo alto del acantilado cuando entró un coche en el sendero particular del motel y empezó a subir. Llegó un segundo auto y siguió al otro sendero arriba, en tanto que un tercer vehículo paraba junto a la carretera. De este coche salieron un hombre y una mujer que ascendieron a pie por el sendero, al mismo tiempo que dos jóvenes montados en motocicleta atronaban el espacio con su ascensión.

Pete lo veía todo sin saber qué pensar de ello. Pero cuando una

camioneta atestada de gente joven se detuvo a un lado de la carretera decidió actuar. Cruzó la autopista en el momento en que paraba un auto pequeño. De él saltó al suelo una pareja de mediana edad, acompañada por un par de adolescentes. El hombre y la mujer también emprendieron la ascensión del acantilado, seguidos por los muchachos. Pete les imitó unos metros detrás.

Siguió a la familia hasta arriba y a la parte trasera del motel, donde había un aparcamiento y una piscina. Las puertas de los pabellones posteriores del motel estaban completamente abiertas. En lo alto, brillaban ya las luces bajo los aleros. En torno a la piscina habían colocado sillas plegables, que llenaban incluso una parte del aparcamiento. Más allá de la piscina había una zona vacía donde Ernie y sus dos amigos estaban montando unos grandes caballetes, en los que colocaban unas fotografías muy ampliadas. Una en blanco y negro mostraba a un individuo de cabellos blancos que lucía un sofisticado uniforme con profusión de cintas y medallas. Otra foto en color ofrecía la vista de una ciudad, dorada a la luz del sol. La tercera fotografía dejó boquiabierto a Peter. Era el retrato de un hombre de cabello gris y áspero, con una cicatriz que iba desde el pómulo a la barbilla, y unos ojos ocultos por unas gafas negras. Era exactamente igual al hombre ciego descrito por Bob.

Pete empezó a ponerse nervioso. No tenía derecho a estar allí. Sintió el fuerte impulso de huir, pero sabía que Jupe jamás se lo hubiera perdonado. Bien, iban a celebrar una especie de mitin y tal vez se enteraría de quién era el ciego. La asamblea parecía ser gratis, pues nadie adquiría entradas. Ni nadie prestaba la menor atención a Pete, y éste pensó que podría permanecer allí si se mantenía callado y fingía ser uno de ellos.

Tomó asiento en una silla plegable y consiguió esbozar una amistosa sonrisa cuando un individuo gordinflón, que respiraba pesadamente tras la penosa ascensión del acantilado, se sentó a su lado.

Iba llegando más y más gente. Cuando todas las sillas estuvieron ocupadas, la gente se sentó en los peldaños de la oficina del motel y los bordes de la piscina. No había luces dentro del motel y Pete se dijo que seguramente sólo estaría abierto en verano.

Era casi de noche cuando Ernie se puso de pie detrás de un pequeño atril situado delante de las fotografías. Uno de sus amigos

apareció por detrás de la oficina del motel con una bandera de satén azul ribeteada de oro. En el centro de la misma había un manojo de hojas de roble doradas.

Una mujer del público empezó a cantar. Otra mujer se unió al canto y después un hombre. Un instante más tarde, todos estaban de pie entonando la misma canción. La melodía iba creciendo de manera majestuosa. Pete también se puso de pie y fingió cantar. Nunca había oído aquel canto, pero sonaba como un himno o una marcha marcial. Cuando terminó el canto, todo el mundo volvió a sentarse, tosiendo y haciendo mucho ruido con las sillas, y Ernie se apartó del atril.

Un hombre ocupó su lugar y empezó a perorar en español. Pete gruñó en silencio. ¡No entendía el español![1] ¡Si al menos hubiese estado presente Jupe…!

Al principio, la voz del orador sonó baja, pero no tardó en aumentar de volumen. El hombre levantó un puño como si estuviese enfadado con los presentes o con alguien que se hallase fuera del círculo luminoso, tal vez en el acantilado.

Cuando el orador finalizó su arenga sonaron fuertes aplausos y se retiró del atril. Luego, salió de entre el público una joven de cabello rubio muy largo que se plantó delante del auditorio y gritó algo que a Pete le sonó como una consigna. La gente aplaudió y silbó, y algunos golpearon el suelo con el pie.

La joven extendió las manos y todos callaron. Entonces, empezó a hablar. Se mostraba arrogante, casi danzaba al resplandor de los focos y señalaba las fotografías que tenía a su espalda. Cada vez que indicaba la del hombre de la cicatriz se producía un rugido entre el público.

Hubo más vítores y silbidos cuando terminó su perorata. Ernie volvió al atril y la gente fue callando gradualmente. Entonces, ante el horror de Pete, Ernie fue señalando a personas del público, urgiéndolas a levantarse y hablar. Lo hicieron todos, uno a uno, siempre en español. Primero, un hombre de la primera fila; después, una mujer casi perdida entre el gentío, y finalmente un chico que estaba sentado en la escalerilla del motel. Cuando se levantaba uno de ellos, Ernie gritaba, animándole, riendo y aplaudiendo.

Después, Ernie señaló a Pete y todos se volvieron a mirarle.

El muchacho negó con el gesto, pero el individuo que estaba

sentado a su lado le tocó con el codo y le señaló el atril.

Lentamente, como en medio de una pesadilla, Pete se puso de pie. Sabía que debía pensar de prisa, pero tenía el cerebro congelado.

Ernie dijo algo y hubo risas en la multitud. Después, un silencio mortal. Pete sólo veía muchas caras, todas vueltas hacia él, aguardando.

Pete deseó echar a correr, huir de allí, de aquella abigarrada muchedumbre y descender por el sendero antes de que descubrieran que era un espía.

El hombre sentado a su lado murmuró algo muy bajo. ¿Era sólo una pregunta o una amenaza?

De repente, Pete se llevó una mano a la garganta. Abrió la boca y dejó oír un sonido que era medio jadeo, medio gruñido. Después, sacudió la cabeza de lado a lado.

—¡Ah! —exclamó su vecino de silla—. ¡Laringitis!

Pete asintió, forzando una sonrisa. Hubo muchas risas y Pete se sentó, sintiéndose hondamente aliviado. Su vecino le palmeó la pierna como muestra de simpatía. La gente dejó de mirarle. Ernie efectuó una observación casual y señaló a otra persona, la cual se levantó y habló. Al fin, Ernie y sus amigos empezaron a pasar una cestita por entre las filas de sillas. La joven del cabello rubio volvió a dirigir la palabra a la gente, evidentemente urgiéndoles a contribuir generosamente.

La cesta estaba casi llena de billetes cuando llegó Pete. Éste metió un dólar y la cesta pasó de largo. En aquel momento, alguien gritó desde lo alto del sendero y la cesta pareció volatilizarse.

Se produjo un arrastre de pies y un pequeño alboroto, y de repente Ernie y sus dos amigos estuvieron sentados frente al público con guitarras y un acordeón. Ernie rasgueó una cuerda de su guitarra y el acordeonista empezó a tocar, mientras la muchacha rubia cantaba con voz lánguida.

Todo el público coreó la melodía, que era muy dulzona y sencilla, como una canción regional entonada por niños.

Pete oyó el rugido de una motocicleta. Volvió la cabeza en el instante en que un patrullero de uniforme desembocaba en la zona del motel.

Los cantantes fueron enmudeciendo poco a poco.

El patrullero de caminos saltó de la moto y se dirigió hacia donde estaba el atril.

—Siento interrumpirles, amigos —dijo—. ¿Quién es aquí el responsable?

—Yo —Ernie se puso de pie—. ¿Qué ocurre? Tenemos permiso del señor Sanderson para ensayar.

—¿Sanderson? —repitió el patrullero, al tiempo que dirigía la mirada a la oficina del motel—. ¿El propietario de esto?

—El mismo. Le alquilamos la sala general. ¿Desea ver el recibo?

—No, le creo, joven. Pero esto no es la sala general; y además, ¿no les dijo el señor Sanderson que el motel no ofrece garantías de seguridad? ¿Por qué creen que está cerrado? El suelo ha quedado inestable después de las lluvias pasadas y puede producirse un corrimiento de tierras en cualquier momento. Además, ¿qué hacen ustedes aquí? ¿Quiénes son todos ésos?

—Nosotros somos la Federación Musical de las Colinas Sunset —respondió Ernie con una sonrisa casi angelical—. Y estamos ensayando para el certamen regional que se celebrará en el Coliseo el día veintisiete.

—¿Todos ustedes —el patrullero contempló al auditorio—, todos ensayan para ese… certamen?

—El certamen musical de la región es para grandes grupos de aficionados —explicó Ernie con paciencia—. Y sí, claro, el señor Sanderson dijo que este suelo no era seguro. Pero ya era tarde para suspender el ensayo, teniendo en cuenta que alguno de los presentes han venido incluso desde Laguna, por lo que decidimos ensayar al aire libre. Es más seguro. Aunque el motel se deslizara hacia abajo, nadie sufriría el menor daño, ¿no es así?

—No confíe demasiado en ello —replicó el patrullero con severidad. Luego, levantó la voz—: Lo siento, amigos, pero he de rogarles que se larguen de aquí lo antes posible. Nada de pánico, pero hay algún peligro, de modo que no se demoren. Vamos, andando. Muévanse, por favor. Dejen las sillas donde están y en marcha.

El público empezó a desfilar, en silencio y buen orden. Cuando Pete bajaba por el sendero oyó como Ernie le decía al agente de patrullas:

—De acuerdo, pero deje que meta la guitarra en el estuche, ¿eh?

Pete sacudió la cabeza con estupefacción. ¡Qué diría Jupe cuando se enterase de todo esto!

CAPÍTULO 8

Nuevas pistas

—No sé cuál es el significado de todo esto —rezongó Pete—, pero me apuesto todo lo que me han de dar mis padres en abril a que no tiene nada que ver con una fiesta musical.

Era la mañana siguiente y Pete estaba sentado en el suelo del puesto de mando de los Tres Investigadores. Fruncía el ceño, sin mirar nada en particular.

—No acepto tu apuesta —repuso Jupe. Tenía abierto el *Los Ángeles Times* sobre el escritorio, abierto por la sección de espectáculos—. En el Coliseo, el día veintisiete hay una exposición de ganado.

Bob estaba sentado en un taburete cerca de la cortina que separaba la oficina del remolque del laboratorio de Jupiter. Al volver a Santa Mónica el día anterior se había mostrado muy desalentado, ya que no había averiguado nada sobre el ciego. Mas ahora, tras escuchar el relato de Pete, volvía a sentirse animado. Tenía un atlas geográfico sobre sus rodillas y giraba lentamente sus páginas.

—La bandera que viste en el mitin, la asamblea o lo que fuese… no era la mexicana —informó a los otros dos—. La bandera de México es roja, blanca y verde. Tampoco era la española, que es roja y gualda, ni pertenece a ninguno de los países de Centroamérica.

—Es posible que no sea la bandera de un país —opinó Jupe—. Quizás es la enseña de una organización.

—¡Ajá! —exclamó en aquel instante Bob.

Jupe se levantó velozmente.

Bob estudió una página del atlas un segundo y levantó la mirada.

—Mesa de Oro —dijo—. Un pequeño país sudamericano. Hay

dos banderas junto al mapa. Una es verde con una foca en el centro y la otra es azul con un manojo de hojas de roble doradas. La verde es la oficial de la nación; la azul es la bandera de lo que el atlas llama la Antigua República. En una nota pone que la bandera azul todavía la veneran en algunas provincias y algunos grupos conservadores en ciertas festividades especiales.

Bob volvió a concentrarse en el atlas.

—Mesa de Oro tiene puertos en el Pacífico —añadió poco después—. Exporta café y lana. En las llanuras al sur de la capital crece la cebada. La capital es un puerto llamado Cabo de Razón. Tiene tres millones y medio de habitantes en todo el país.

—¿Algo más? —inquirió Pete.

—Un atlas no da mucha información —se quejó Bob—. Sólo los mapas, la población y cosas por el estilo.

—¡Muy curioso! —exclamó Jupe—. Una asamblea o algo semejante donde recaudan dinero… posiblemente para una nación sudamericana. Los líderes de la reunión se muestran furtivos y, cuando se presenta un patrullero, le cuentan una sarta de mentiras. Exhiben una gran fotografía del ciego y el joven que preside la asamblea es el mismo que reaccionó muy alarmado, o al menos con una gran emoción, cuando la anciana señora Denicola contó el sueño del ciego y la cartera extraviada.

Hizo una pausa, reflexionando, y después volvió a la carga.

—¿Qué hacían realmente aquellas personas anoche? —preguntó —. ¿Tenían algo que ver con el robo o se trata de un misterio aparte? Ciertamente, no querían que la policía supiera cuál era el propósito de la reunión.

—No podían estar planeando ningún crimen —objetó Bob—. Sería ridículo. Con tanta gente y sin ningún control… Pete pudo entrar y sentarse, y nadie le dijo nada.

Jupe frunció el entrecejo y se tiró del labio, señal inequívoca de que intentaba hallar una respuesta a la pregunta.

—Tal vez el hombre cuya foto vi anoche no era el mismo que estaba delante del banco —razonó Pete—. Quizá se trate de otro ciego.

—Sería demasiada coincidencia —protestó Jupe rápidamente—. Tenemos la cicatriz y el hecho de que el señor Sebastián debió perder la cartera en el embarcadero Denicola, aparte de que Ernie

reconoció al ciego por la descripción de la anciana señora Denicola. Tiene que ser el mismo sujeto. ¿Pero qué tiene que ver con un país llamado Mesa de Oro? ¿Y tiene que ver algo todo esto con el atraco al banco de Santa Mónica?

—Es posible que Ernie sea un agente extranjero y el ciego sea su contacto —indicó Pete—. Si Ernie es un espía, es natural que oculte tal hecho a la policía, y finja ser otra cosa… como un cantautor, por ejemplo.

—Ves demasiada televisión —se burló Bob—. La gente no se comporta así en la vida real.

—Yo opino, en cambio, que en la vida real la gente se comporta de manera aún más fantástica —le contradijo Jupe—. Pero todavía no tenemos bastantes cosas contra Ernie, ni contra nadie, ni sabemos lo bastante como para imaginar qué pasa en este caso. Por suerte, la aventura de Pete de anoche nos ha dado nuevas pistas que investigar. Mesa de Oro, por un lado. Tenemos que seguir buscando hasta que encontremos algo que proclame la inocencia del señor Bonestell.

—He de estar en la biblioteca a las diez —intercaló Bob—. Estudiaré allí todo lo que encuentre sobre Mesa de Oro y veré qué descubro.

—¡Jupiter! —era la voz de tía Matilda que le llamaba desde el «Patio Salvaje»—. Jupiter Jones, ¿dónde estás?

—Tía Matilda parece enfadada —sonrió Pete—. Te necesita… y ahora mismo.

Bob abrió la trampilla del suelo del remolque y un instante después los tres amigos habían descendido por ella. Debajo del viejo remolque se hallaba el final de una tubería ondulada tapizada por dentro con trozos de alfombra. Era el túnel dos. Corría a lo largo de montones de tablas y chatarra hasta el cobertizo donde Jupiter tenía su taller. Se trataba de uno de los pasadizos ocultos que los muchachos habían instalado para poder salir del puesto de mando sin ser vistos por tía Matilda y tío Titus.

Los Tres Investigadores sólo tardaron unos segundos en arrastrarse por el túnel dos, empujar la rejilla de hierro que tapaba la salida de la tubería al taller y salir al aire libre.

—¡Jupiter Jones! —la voz de tía Matilda sonaba ya muy cerca.

Jupe se apresuró a colocar de nuevo la rejilla en su lugar.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó tía Matilda, desde la entrada del taller—. ¿Por qué no contestas cuando te llamo? Hans te necesita. Ha de entregar un cargamento. Pete, ya que estás aquí, también puedes ayudarle. Son unos muebles, ya sabes, las mesas y los bancos que tu tío Titus se empeñó en pintar de azul, rojo, verde y amarillo. A veces, hace cosas que no entiendo. Pero ayer vino una señora y lo compró todo. Va a inaugurar una guardería en Santa Mónica, en la avenida Dalton. Gracias a Dios que hay guarderías, de lo contrario esos muebles se habrían quedado aquí eternamente. Bob, ¿tienes trabajo?

—Oh, sí —asintió el aludido—. He de estar en la biblioteca dentro de diez minutos.

—Entonces, no te detengas —le ordenó tía Matilda.

La buena mujer se marchó y Jupe y Pete buscaron a Hans, uno de los hermanos bávaros que trabajaban en la chatarrería. Poco después, estaban ayudando a Hans a cargar los muebles en la camioneta de la chatarrería y se encaminaban hacia el sur, con Hans al volante.

La Guardería del Día Mundial de la Infancia se hallaba en una calle lateral, próxima a la orilla el mar, en Santa Mónica. Cuando Hans paró la camioneta junto al bordillo, frente al edificio, los muchachos vieron que el Centro de Ciudadanos del Frente Oceánico estaba un poco más allá. Era un inmueble de un solo piso de ladrillo, rodeado por jardines con bancos. Cuatro señores de cierta edad estaban jugando al tejo. Otro se apoyaba en un bastón, siguiendo las incidencias del juego. Parecía cansado y alterado, y Jupe suspiró al verle.

Era Walter Bonestell.

—Parece haber dormido muy poco, ¿verdad? —comentó Pete.

Jupe movió la cabeza.

—¿Es imaginación mía —continuó Pete— o esos otros individuos le dan de lado?

—Es posible —asintió Jupe—. Eso es lo malo de estar bajo sospechas. La gente no sabe cómo tratarte.

—¿Conocéis a ese hombre? —indagó Hans con curiosidad.

—Es un cliente —aclaró Jupe—. Iré a hablarle, aunque no tengo ninguna novedad que comunicarle. Sí, Hans, intentamos ayudarle.

—Entonces no le pasará nada —declaró el bávaro.

Hans saltó del camión y se dirigió a la puerta de la guardería. Mientras esperaba que contestaran a la llamada, Pete miró en torno suyo, hacia más allá del Centro de Ciudadanos y de pronto soltó una exclamación.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Jupe.

—¡Aquella chica! —indicó Pete, y rápidamente se agachó en la cabina de la camioneta para no ser visto.

Siguiendo sus indicaciones, Jupe divisó a una joven muy bonita que iba andando por la acera. Su larga cabellera rubia ondeaba al viento a cada paso. Llevaba pantalones negros y un suéter muy ancho y, atado a una correa, paseaba a un San Bernardo enorme que mostraba las fauces abiertas con la lengua fuera.

—¿Quién es? —se interesó Jupe—. ¿La conoces?

—Es la chica de la reunión —repuso Pete—. Bueno, la que se levantó a hacer un discurso. ¡Todos la aplaudieron mucho!

—Hum… —gruñó Jupe, enderezándose en su asiento a fin de fijarse en todos los detalles de la joven, en su vestimenta y en su manera de andar—. Parece muy… muy buena persona —admitió—. En realidad, le ha dado un fuerte abrazo al señor Bonestell.

—¿Qué? —se extrañó Pete.

También se irguió y asomó la cabeza con precaución.

La joven rubia soltó la correa del perro y, rodeando con un brazo los hombros del señor Bonestell, le sonrió calurosamente. Después le besó en una mejilla.

El guarda jurado se ruborizó y pareció muy contento.

—¡Ya está! —exclamó Pete—. ¡Esa chica es el lazo de unión entre el señor Bonestell, el robo del banco, esos jóvenes del embarcadero Denicola…, la cartera del señor Sebastián y el ciego!

—¿Esa muchacha es el nexo de tantas cosas? —dijo Jupe con tono incrédulo.

—Seguro —remachó Pete su declaración—. Es muy sencillo. Esa chica es miembro de la banda y conoce al señor Bonestell, de manera que le sonsacó cuanto quiso sobre el banco, la rutina, la gente de la limpieza y todo lo demás. El ciego es el jefe de la banda y se dedicó a crear una distracción antes de que ocurriese el atraco. Esa muchacha pudo ser incluso uno de los ladrones. Oh, sí, pudo disfrazarse para que el señor Bonestell no la reconociese. O tal vez sólo fue una chivata.

—Se dice confidente —le rectificó Jupe distraídamente—. Sí, es posible —agregó tras examinar la teoría de su amigo—. Pero ¿y las otras personas que asistieron al mitin?

—Pues son… son… —Pete calló, sin saber qué decir—. Quizá son inocentes —aventuró—. Los de la banda los usan para… para…

Pete volvió a quedar en silencio.

—Y los ladrones se dedicaron anoche a recoger unos cuantos billetes después de haber robado un cuarto de millón de dólares —se burló Jupe.

—Sí, reconozco que no suena bien —confesó Pete.

—No, no suena tan mal —le consoló Jupe—. Es sólo otra coincidencia muy notable que esa chica desempeñase un papel tan prominente en el mitin y que conozca tan bien al señor Bonestell. Cuando se quede solo, le preguntaré a nuestro cliente cuánta información puede haberle pasado a esa Joven respecto al banco.

La muchacha rubia se había echado a reír, porque el perro había enredado la correa en un hibisco. Entonces, fue a rescatarlo.

—Tú quédate aquí para ayudar a Hans —murmuró Jupe—. Yo seguiré a esa chica para saber dónde vive y quiénes son sus amistades. ¡Pst… agáchate que viene!

Pete volvió a agacharse en la cabina para que la joven no pudiera verle.

—¡Vamos, chiquito! —oyó que decía la joven, seguramente refiriéndose al perro. Luego, pasó junto a la camioneta, taconeando con fuerza sobre la acera.

Jupe aguardó un momento y se deslizó fuera del vehículo, dispuesto a seguir a la muchacha.

CAPÍTULO 9

Una artista del maquillaje

Jupe iba una manzana de casas detrás de la chica rubia, pero, cuando ésta llegó al final de la calle y dobló a la derecha, apretó más el paso. Llegó a la esquina a tiempo de ver cómo entraba en el patio de un viejo edificio de apartamentos, situado hacia la mitad del bloque.

Jupe continuó andando con lentitud. El edificio donde había penetrado la joven estaba construido en torno a tres lados de una piscina. Una verja de hierro pintada de blanco protegía el cuarto lado desde la calle. Jupe no divisó a la joven, pero la puerta de un apartamento del primer piso se hallaba abierta. Mientras Jupiter vacilaba fuera de la verja, el San Bernardo salió del apartamento ladrando.

—¡Brandy, vuelve aquí!

La muchacha se asomó y el perro retrocedió hasta el lado más alejado de la piscina, donde se sentó sobre un cuadro de flores.

—¡Monstruo! —le riñó ella—. ¿Quieres que me echen de aquí?

Jupe abrió en silencio la cancela de la verja y penetró en el patio. Se quedó de pie, mirando la serie de buzones situados al lado de la cancela.

—¿Buscas a alguien? —le interrogó la muchacha.

—No… no exactamente —respondió Jupe—. Pensaba que…

Calló como si temiera formular una pregunta.

—¿Qué? —le apremió la joven.

—Pensaba si… si le gustaría suscribirse al *Santa Mónica Outlook*…

—Lo siento —ella se encogió de hombros—. No tengo tiempo para un periódico cotidiano. Aunque… muchas gracias.

Jupe sacó un cuadernito y un bolígrafo de su bolsillo.

—¿Y la edición dominical? —insistió.

—Gracias, pero no —se negó ella.

—Oh… —Jupe se mostró muy alicaído—. Hoy día, nadie quiere suscribirse a un diario.

—Los tiempos son difíciles —sonrió la joven.

El perro, que no quería pasar inadvertido, saltó del arriate de flores y se acurrucó junto a los pies de su ama. Ésta le frotó las orejas.

—¿Trabajas para pagarte los estudios? —quiso saber la chica—. ¿O ganarás una bicicleta con cambio de marchas si logras cien suscripciones?

—Oh, no… —declaró Jupe—. Sólo intento ayudar al periódico y ganar algún dinero. Supongo que aquí no habrá nadie a quien pueda interesarle mi oferta…

—En este momento, no hay nadie más en la casa —le explicó ella—. Es jueves y todo el mundo trabaja.

—Oh… —repitió Jupe, con aspecto más alicaído todavía. De pronto, se sentó en una de las sillas que estaban colocadas al borde de la piscina.

»Repartir periódicos es fácil —añadió con tristeza—. Lo difícil es venderlos. ¿Quiere usted… bueno, podría…?

—¿Podría… qué? —le animó la joven—. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí, pero tengo un poco de sed. ¿Podría tomar un vaso de agua?

—No hay problema —rió ella—. No te muevas y sólo tardaré un segundo.

Desapareció en el apartamento y el perro la siguió. Volvió unos segundos más tarde con un vaso alto lleno de agua a rebosar.

Al salir, cerró la puerta del apartamento, dejando dentro al perro.

—Debería hacer esto siempre —dijo—. Sólo se comporta mal cuando intento que se porte bien.

Jupe le dio las gracias y se tragó el agua. La joven se sentó casi a su lado y se inclinó hacia atrás para aprovechar el sol en la cara.

—Deberías ponerte a vender por la noche, cuando la gente regresa a su casa —le aconsejó luego.

—Sí, es posible —asintió Jupe. De pronto miró a la muchacha fingiendo darse cuenta de que él no era muy listo—. Sin embargo,

cabía pensar que aquí habría alguien más. Como usted. Usted está en casa.

—Oh, no muy a menudo.

—Oh… ¿también trabaja?

—Claro, pero no en estos momentos.

—Oh… —Jupe pareció interesado—. ¿Perdió su empleo?

—No, nada de eso. Trabajo en la industria cinematográfica y eso es algo inseguro, hoy sí, mañana no, y sólo cuando hay una película en producción. Si no, no trabajo.

—Yo tengo un amigo —explicó Jupe—, y su papá trabaja para el cine. Se ocupa de los efectos especiales.

—¿Cómo se llama? —inquirió ella—. A lo mejor lo conozco.

—Crenshaw —repuso Jupiter.

—No me suena —observó la chica—. Seguramente nunca habremos coincidido en una misma película. Oh, son estupendos esos tipos de los efectos especiales. A veces pienso que debería abandonar el maquillaje y dedicarme a los efectos. Por otra parte, maquillo muy bien y así aún tengo tiempo para mis cursos.

—¿Asiste a alguna clase?

—No es eso exactamente. Tomo lecciones, lecciones de declamación… con Vladimir Dubronski. Bueno, por si acaso sale la oportunidad de hacer algún papel.

Jupe volvió a asentir. Intentaba hacerse el tonto, pero su cerebro estaba como desbocado.

—Supongo que todo el mundo desea ser estrella. Pero el maquillaje también es estupendo. La semana pasada vi una película de un tipo que roba un ídolo de un templo y le cae encima una maldición.

—Oh… —exclamó ella con desdén—, una de ésas… Supongo que el tipo se convertía en una remolacha cuando había luna llena o algo por el estilo.

—Se transformaba —rió Jupe— en una serpiente, pero seguía con el aspecto de un hombre.

—Oh, sí, claro —recordó la joven—. *La Invasión de los hombres cobra*. Realizaron el film por unos treinta y siete centavos, pero no quedó mal. Conozco al que maquilló al tipo que se transforma en serpiente. Se llama Arnold Heckaby. Sí, es muy bueno en el oficio. Cualquier día trabajará en una película de alto presupuesto y

probablemente obtendrá un Oscar.

—¿Ha tenido que realizar alguna vez un maquillaje especial? —se interesó Jupe—. Bueno, hacer que alguien parezca un murciélago o un hombre-lobo…

—He logrado que algunas personas parezcan mayores de lo que son en realidad —explicó la muchacha—. Esto toma más tiempo que el maquillaje normal, aunque no es demasiado difícil, pero nunca he hecho un monstruo ni un hombre-lobo.

—¿Es difícil crear monstruos? —quiso saber Jupe—. ¿Y las cicatrices? ¿Recuerda la película *Los crímenes del museo de cera,* en la que Vincent Price salía muy cicatrizado?

—Se tarda mucho —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Pero con tiempo suficiente, se puede hacer cualquier cosa. Excepto cuando hay que conseguir que un actor aparente menos edad de la que tiene. Es posible envejecer a una persona, pero cuando uno es viejo de veras… bueno, siempre es viejo. Sí, se puede ayudar un poco y, naturalmente, muchos actores y actrices se hacen estirar la piel, o se ponen mucho maquillaje en la papada y se tiñen el pelo, y los cámaras los fotografían con focos suaves, pero normalmente ya son demasiado viejos para interpretar protagonistas románticos.

El vaso de Jupe ya estaba casi vacío. Podía pedir más agua para tener una excusa de continuar charlando, pero al fin decidió que ya sabía bastante. Se bebió el resto de un sorbo y dejó el vaso sobre una mesita que había junto a su silla.

—Muchas gracias —agradeció—. Ha sido excelente.

—Muy bien. ¿Quieres más?

—No, gracias. Me refería a la conversación. Le contaré al señor Crenshaw que hemos estado hablando. Quizá coincidan en alguna futura película…

—¿El papá de tu amigo? —preguntó ella—. ¿El de los efectos especiales? Me gustaría mucho…

—Ah…, ¿cómo se llama usted? —preguntó Jupe.

—Graciela Montoya, pero todos me llaman Gracia.

—Estupendo… —aprobó Jupe—. Gracias por el agua, señorita Gracia.

Cruzó la cancela y se dirigió a la guardería, muy complacido con el resultado de su actuación como tonto. Pero al doblar la esquina de la avenida Dalton, se paró en seco y soltó un bufido. ¡Hans, Pete

y la camioneta ya no estaban allí! Tendría que regresar a Rocky Beach como pudiera.

—¡Maldita sea mi suerte! —gritó en voz alta.

Después, se encaminó hacia Wilshire, para coger el autobús. Pero en tanto andaba, una idea bullía en su cerebro.

CAPÍTULO 10

Los terroristas

Jupiter se hallaba instalado detrás del escritorio del puesto de mando, contemplando a sus amigos. Después de almorzar les relató la conversación mantenida con Graciela Montoya.

—Supongamos —prosiguió Jupe—, que el ciego fuese una mujer.

Bob reflexionó un instante y después sacudió la cabeza.

—No, no lo creo.

—¿No es una posibilidad? —opinó Jupe—. Es una artista del maquillaje y es muy amiga del señor Bonestell. Pete, tal vez tenías razón. Tal vez Gracia Montoya es el lazo de unión entre el mendigo, los ladrones y la gente de Denicola.

—¡Ella no era el mendigo! —insistió Bob—. El ciego llevaba patillas. Estuve muy cerca de él en la parada del autobús y le vi la cara. Llevaba varios días sin afeitarse. ¿Se va a molestar una maquilladora en crear unas patillas?

—Hum… —gruñó Jupe. Sin embargo, continuó sin dejarse abatir—. Esa chica pudo sonsacar al señor Bonestell, y después hacer de chivata… bueno, de confidente con los ladrones… uno de lo cuales puede ser el mendigo ciego. La cicatriz…

—¡La cicatriz era postiza! —saltó Bob.

—¿Sí? —sonrió Jupe—. ¿Has encontrado algo en la biblioteca?

—Seguro.

Sobre las rodillas tenía un gran sobre de papel manila, del que extrajo los ejemplares de varias revistas modernas.

—Mesa de Oro es un país pequeño, pero muy interesante —explicó el Tercer Investigador—. Sólo mide veinticuatro mil kilómetros cuadrados, poblados por menos de cuatro millones de habitantes, pero han ocurrido allí bastantes sucesos.

Bob abrió una revista por una página señalada con un pedazo de

papel.

—Ésta es una recapitulación de su historia, publicada en un *World Affairs*, de hace tres años. Como es de suponer, el país había sido antiguamente una colonia española. Luego, hacia 1815, los terratenientes arrojaron del país al gobernador español y declararon la independencia. Eligieron un presidente y votaron una constitución.

—Muy hermoso —aprobó Pete—. ¿Pero qué tiene que ver esto con el asalto al banco y con el ciego?

—Quizá nada —reconoció Bob—. Sólo forma parte del cuadro general. Bien, en 1872 hizo una revolución. Murió mucha gente… ¡y hoy día todavía siguen muriendo!

Pete y Jupe se incorporaron en sus asientos.

—¿Empezó una revolución en 1872 y aún está en marcha? —se indignó Pete—. ¡Nos estás tomando el pelo!

—Sí y no —le calmó Bob—. La revolución de 1872 fue algo así como la revolución francesa o la revolución rusa de 1917. Los terratenientes de Mesa de Oro, los que habían echado al gobernador español del país, eran ambiciosos y se dejaron arrastrar por la corrupción. Se enriquecieron gracias a las tierras y el trabajo de los pobres, sin darles nada a cambio. La mayoría de dichos pobres descendían de los indios que habían poseído las tierras antes que nadie, pero esto no les importaba un ardite a los grandes hacendados, descendientes de los conquistadores.

Bob hizo una pausa antes de reanudar su clase de historia.

—Finalmente, un indio llamado Juan Corso empezó a organizar a esos pobres, y fue por todas las aldeas y poblados pronunciando discursos sobre los derechos de todas las clases sociales. Esto no gustó a los hacendados, de modo que metieron a Juan Corso en la cárcel.

—Has dicho algo de una revolución —le recordó Jupe.

—Empezó con el encarcelamiento de Corso —prosiguió Bob—. Era un personaje muy popular entre el pueblo, y la gente se enfureció y asaltó la capital. Sacaron a Corso de la prisión y colgaron de un árbol al presidente, llamado Arturo Rodríguez. El hijo de éste, Antonio Rodríguez, peleó contra los revolucionarios y se produjo gran derramamiento de sangre. El gobierno cambió de manos varias veces, pero por fin nombraron presidente a Corso y

Rodríguez huyó a México.

—Lo natural —comentó Pete.

—Esto hubiese debido ser el fin de todo —continuó Bob—, mas no fue así. Rodríguez se instaló en la capital mexicana y formó un gobierno en el exilio. Mientras tanto, los ricos potentados que no huyeron de Mesa de Oro las pasaron moradas porque los trabajadores tenían ahora voto y los ricos debían pagar fuertes impuestos.



—Sí, debió resultarles muy ingrato —gruñó Pete.

—Apuesto a que sí —asintió el Tercer Investigador—. Bien, los hacendados empezaron a lamentar los buenos tiempos pasados y todos deseaban que regresara pronto el hijo del presidente ahorcado… Y así formaron un grupo al que bautizaron con el pomposo nombre de Soldados de la República. Y como insignia utilizaron la bandera azul con las hojas de roble doradas. Ésta era la bandera de la antigua República, cuando el gobierno lo presidía Arturo Rodríguez. El nuevo gobierno, a las órdenes de Juan Corso, adoptó una bandera verde con un león marino en medio.

Jupe frunció el ceño.

—Todo esto ocurrió hace más de cien años —señaló—. ¿Qué tiene que ver con nuestro cliente? No me digas que los hacendados todavía promueven alborotos para que vuelva el hijo del antiguo presidente. ¡Debe llevar ya muchos años enterrado!

—Sí, es verdad —admitió Bob—, pero ahora vive su biznieto, Felipe Rodríguez, y está en la capital de México. Este Felipe sólo espera la oportunidad de volver a Mesa de Oro y convertirse en jefe de Estado. Tiene muchos espías que le informan de las condiciones existentes en su país… ¡país que nunca ha visto!

—¡Oh, vamos! —se sublevó Pete.

—Sé que parece fantástico —reconoció Bob—, pero todo es cierto. El *World Affairs* dice que el conflicto de Mesa de Oro se denomina «causa tradicional». El lado al que se incline un ciudadano depende de su familia. Los descendientes de los viejos terratenientes se convirtieron en Soldados de la República, y no es ningún grupo fuera de la ley, sino que está reconocido como partido de la oposición y sus miembros se autodenominan republicanos… aunque no lo sean de corazón como los nuestros. Los domingos dan mítines y hacen discursos recordando el pasado. Y de vez en cuando, consiguen algún escaño en el Parlamento.

Bob dejó la revista sobre el escritorio.

—Bueno, si todo se redujese a esto, nadie haría el menor caso. Pero algunos individuos de Mesa de Oro no están satisfechos con ser solamente Soldados de la República. Existe un grupo extremista de republicanos que quiere derribar al gobierno actual por la fuerza. Se llaman a sí mismos la Brigada de la Libertad y están fuera de la ley. Promueven algaradas, secuestran personas y ponen bombas. Y

cuando la policía está a punto de atraparlos, ¡huyen del país… y algunos están aquí ahora!

—¿Quieres decir —inquirió Pete, tragando saliva con esfuerzo— que los que estaban en la reunión anoche eran un puñado de terroristas?

—Tal vez sí —repuso Bob—, tal vez no. Hay muchos expatriados de Mesa de Oro en Estados Unidos. Algunos apoyan a los Soldados de la República, es decir, al partido de la oposición que está dentro de la legalidad vigente, y contribuyen con dinero a la continuidad de Rodríguez en México, y al mismo tiempo intentan conseguir más escaños parlamentarios. Pero algunos de esos exiliados apoyan a la Brigada de la Libertad.

—¡Canastos! —gimió Pete.

—Sí, así es. Y basta de historia antigua —decidió Bob—. Lo verdaderamente interesante es que yo vi al ciego delante del banco y que huyó cuando mencionamos a la policía. Después, ese tal Ernie se asustó cuando la señora Denicola habló de su sueño referente al ciego y la cartera. Y por fin, anoche, Pete vio un retrato de un hombre que tenía una cicatriz y llevaba gafas oscuras. Y además, está claro que se trataba de un héroe popular, al menos para la gente que asistió al mitin.

Bob fue girando las páginas de otra revista. Luego, la sostuvo en alto y Jupe y Pete pudieron contemplar un retrato de un hombre con la cara cortada por una cicatriz y unas gafas oscuras. El hombre se hallaba detrás de un micrófono con el brazo levantado. Al parecer, hablaba a gritos.

—Pete, ¿es éste el retrato que viste? —quiso saber Bob.

—Bueno… no es el mismo —replicó Pete—, pero sí es el mismo hombre. Sí, estoy seguro.

—Y es el mismo que yo vi frente al banco —añadió Bob—. Y sin embargo, no pude ver a ese mismo hombre, porque éste es un retrato de Luis Pascal Domínguez de Altranto. Antaño fue ayudante de Felipe Rodríguez, el que está en México. Ese Domínguez era un terrorista. Planeó la colocación de una bomba en Mesa de Oro que mató a catorce escolares. Proclamó que la justicia y la sangre de los niños inocentes debía caer sobre las cabezas del gobierno, que se apropiaban de las tierras de sus compatriotas.

—Ya, un fanático —concluyó Jupe—. Un verdadero fanático.

Pero ¿por qué ese Altranto no puede ser la misma persona que viste ante el banco, Bob?

—¡Porque Altranto murió hace muchos años!

Durante unos instantes todos callaron. Después, Pete exhaló un suspiró.

—Pues si Altranto ha muerto… —no acabó la frase.

—¿El mendigo se parecía exactamente al muerto… incluso con la cicatriz? ¿Y la ceguera? ¿Era ciego Altranto? —quiso saber Jupe.

—Sí, perdió la vista en un incendio que él mismo provocó en un almacén de Mesa de Oro. Pero esto no fue obstáculo para que prosiguiese con su campaña terrorista. En realidad, la ceguera más bien lo convirtió en un héroe.

—O sea que el pordiosero iba disfrazado de Altranto —razonó Jupe—. Sólo tuvo que maquillarse y ponerse unas gafas negras. ¿Pudo ser Gracia Montoya la artista que lo maquilló? Pero… ¿pero por qué un disfraz? ¿Qué ganaba con ello? No había nadie que…

Jupe calló en mitad de la frase. Estaba sonando el teléfono del escritorio. Lo miró, enfadado por la interrupción y finalmente lo cogió.

—Hola… Oh, sí, sí, señor Bonestell…

Escuchó unos segundos y añadió:

—Bueno, a lo mejor no quiere decir nada, pero podría ser inquietante. Si lo desea, iré a verle. Además, me gustaría hablar con usted de… bien, de un nuevo elemento que se ha introducido en el caso.

Jupe volvió a escuchar unos instantes y terminó:

—Sí, señor. Tardaré una media hora.

Dejó el teléfono en su soporte.

—Han vuelto a interrogar al señor Bonestell por lo del robo. Está muy trastornado —explicó el Primer Investigador—. No creo que la policía sospeche mucho de él, pero iré a verle y trataré de animarle. También le preguntaré qué sabe de Gracia Montoya. Quiero saber hasta qué punto la conoce.

A continuación, Jupiter miró fijamente a Bob y Pete.

—También necesitamos mantenerla bajo vigilancia. A lo mejor está en estrecho contacto con el grupo de Denicola, o sea Ernie y sus amigos.

—No me mires a mí —se opuso Pete—. Mi madre se desesperará

si esta tarde no corto el césped del jardín. Con esas lluvias ha crecido más de un palmo. Por otra, la chica podría reconocerme.

—¿Y tú, Bob? —preguntó Jupe.

—Sí, yo puedo vigilar la casa de esa chica —asintió el aludido—. Esta tarde no me necesitan en la biblioteca.

—Pero será mejor que tengas cuidado —le aconsejó Pete—. Si esa gente ve con buenos ojos que se arrojen bombas y se mate a los niños… En fin, es mejor no tener nada que ver con ellos.

CAPÍTULO 11

El ataque

Cuando Jupiter llamó a la puerta del señor Bonestell media hora más tarde, fue Shelby Tuckerman quien le franqueó la entrada. El hombre llevaba un suéter de cuello alto y color negro, y las inevitables gafas oscuras.

—¡Ah, nuestro superdetective! —exclamó Shelby—. Tal vez tu presencia sirva para animar un poco a Walter.

Jupe experimentó un impulso de rabia, pero no dijo nada. Siguió a Shelby por entre el impoluto y bien ordenado saloncito hasta la cocina. Walter Bonestell estaba sentado a la mesa, cerca de la ventana, agitando una cucharita en la taza de café. Jupe se sentó frente a él. Shelby le ofreció al muchacho un poco de café, pero Jupe lo rechazó cortesmente.

—No tomo café —adujo.

—Oh, claro, lo había olvidado —se burló Shelby—. En este país los niños no toman café.

—Tenemos zumo de uvas —indicó Bonestell.

—No quiero nada, gracias, señor Bonestell —agradeció Jupe—. Almorcé hace poco.

—Creía que los jóvenes siempre estaban hambrientos —masculló Shelby—. No me digas que tú eres la excepción… ¡porque no lo pareces!

Jupe apretó los dientes. Era bastante gordo y era muy sensible a las bromas respecto a su aspecto. Pero no quiso darle a entender a Shelby que estaba enfadado.

—Supongo que estás a dieta… de cuando en cuando —concluyó Shelby, riendo.

Jupe se mordió la lengua y Shelby fue hacia el fogón, donde ya cantaba una marmita. Se sirvió una taza de café instantáneo y tomó asiento entre el señor Bonestell y Jupe. En el centro de la mesa

había un azucarero con tapa. Shelby lo cogió y puso un poco de azúcar en su taza.

—Espero que tengas algún progreso que comunicar al señor Bonestell —dijo con cierto sarcasmo.

—Pues no es así —replicó Jupe—. Tenemos una pista, pero a lo mejor no da resultado.

—¿Y si lo da? —se interesó Shelby.

—¡Quién sabe…! Quizá se la pasaremos a la policía.

—Naturalmente, sería lo más sensato —opinó Shelby.

Se bebió el café y se levantó para lavar la taza en el fregadero. Después salió de la casa y Jupe oyó el arranque de un auto en el senderito. Pocos segundos más tarde, Shelby pasó frente a la ventana de la cocina conduciendo un auto deportivo último modelo.

El señor Bonestell estaba ensimismado.

—Cuando estuvo aquí la policía, no fue para acusarle, ¿verdad, señor Bonestell?

—En realidad, no —convino Bonestell—. Pero me hicieron repetir todo lo ocurrido en el banco tres veces. ¡Tres veces, desde el principio!

Levantó la mirada hacia Jupe.

—¿Creían que cometería una equivocación? Yo… yo pienso que no cometí ninguna.

—Si contó todo lo ocurrido tal como pasó, ¿cómo pudo equivocarse? —le tranquilizó Jupiter, razonablemente—. Señor Bonestell, ¿está seguro de no hallarse preocupado por nada más? Fue una desgracia que estuviese solo en el banco cuando llegaron los ladrones, pero esto fue un accidente desgraciado. Estoy seguro de que la policía lo comprende así. Saben que el asalto se hubiese producido aunque allí hubiese habido otra persona y no usted. Y cuando menos, aquellos ladrones no actuaron con violencia.

—Oh, no, en absoluto —corroboró Bonestell—. En realidad, estuvieron siempre callados y se mostraron corteses. Al menos, el que llevó la voz cantante fue muy amable.

Jupe aguzó el oído.

—¿Fue uno solo el que habló?

—Sí, el que se parecía bastante a Rolf, el encargado de la limpieza.

—¿No querrá decir que fue casi el único que habló? —Insistió

Jupe—. Daba las órdenes y los otros respondían sí o no, ¿es eso, verdad?

—Sí —confirmó Bonestell con la cabeza—. Él fue el único que habló. Los demás no dijeron nada en absoluto.

—¿Pasó usted toda una noche con tres individuos y dos de ellos no pronunciaron ni una sola palabra?

—Exacto.

—¿Ni una palabra?

—Ni una palabra —confirmó Bonestell—. Y ahora que pienso en ello, resulta muy extraño, aunque entonces no paré mientes en ese detalle. Además, ¿de qué íbamos a hablar? Sólo era cuestión de esperar hasta la mañana, cuando llegasen los empleados del banco.

—Hum… —gruñó Jupe—. ¿No sería una mujer uno de los ladrones? ¿No es posible?

—¿Una mujer? —Bonestell se había sobresaltado—. Sí, supongo que es posible. Todos tenían la misma estatura… un metro setenta, aproximadamente. Todos llevaban monos holgados y suéteres anchos. Y guantes. Sí, llevaban guantes. Y mucho maquillaje en la cara, de manera que era imposible saber quiénes eran en realidad. Uno de los que no hablaron llevaba unos lentes que lo reflejaban todo, esa clase de lentes que impiden ver los ojos que hay detrás. Y también llevaba una barba que me figuro sería postiza. El otro llevaba una peluca rojiza y un enorme bigote, con cejas postizas muy gruesas, que le caían sobre los ojos.

—¿Y el que llevó la voz cantante? —inquirió Jupe—. ¿Era joven o viejo? ¿Qué puede decirnos de él?

—Por la voz no me pareció viejo. No, creo que era joven. De veinte a treinta años. Sin acento especial.

—¡Hum…! —volvió a gruñir Jupe.

Estuvo algún tiempo sentado, sumido en honda meditación.

—Señor Bonestell —continuó luego—, ¿conoce la Compañía de Pesca Deportiva Denicola? Tienen una embarcación de alquiler amarrada en un embarcadero que hay pasado Malibú.

—Sí, y conozco a las Denicola —asintió Bonestell—. Yo acostumbraba a ir de pesca con mi hijo antes de que se casara. Recuerdo a la vieja… la señora Denicola. Era una dama muy guapetona. Y a su nuera, Eileen. Muy bonita. Irlandesa. El esposo de Eileen murió muy joven y ella consiguió la licencia para navegar.

¿No lo sabías? Cuando la embarcación sale a alta mar, ella es el patrón.

—Hay un joven llamado Ernie que trabaja para las Denicola —recordó Jupe.

—¿De veras? Cuando mi hijo y yo íbamos a pescar, había un muchacho llamado Tom o Hal… o un nombre parecido. Probablemente los cambian a menudo. Es la clase de empleo que un chico busca cuando todavía está estudiando.

—¿Hace mucho que no ha estado en aquel embarcadero? —quiso saber Jupiter.

—Sí, mucho.

—Y claro, no conoce a Ernie. ¿Y al ciego?

—¿Al ciego? —preguntó Bonestell, estupefacto—. ¿Qué ciego?

—¿No ha visto a nadie cerca del banco… o en algún otro sitio, que sea ciego? Uno que tiene una cicatriz en la cara. Tantea el suelo con el bastón y lleva gafas oscuras.

El señor Bonestell negó con la cabeza.

—Bueno, dígame algo sobre una muchacha que ha hablado con usted esta mañana, cuando estaba mirando a los jugadores de tejo —prosiguió Jupe el interrogatorio—. ¿Qué sabe de ella?

—¿Gracia? ¿Gracia Montoya? ¿Qué le pasa? ¿Y cómo sabes que ha hablado conmigo esta mañana?

—Porque le vimos a usted y a la señorita Montoya.

El señor Bonestell miró a Jupe con mirada retadora.

—¿Y qué? —exclamó iracundo—. Es una chica bonita y me gusta hablar con ella. ¡Yo ya soy algo viejo, pero todavía no me he muerto!

—Nadie ha dicho tal cosa, señor Bonestell, pero nosotros tenemos que comprobarlo todo. ¿La conoce bien?

—He hablado muchas veces con ella —confesó Bonestell. Su tono aún era de desafío—. Pasea a menudo el perro por la calle. Y… sí, creo que trabaja para el cine. Es una muchacha estupenda… siempre dispuesta a pararse y charlar unos minutos conmigo.

—¿Sabe que trabaja usted en el banco? —Inquirió Jupe.

—No estoy seguro. Quizá se lo haya dicho. Pero nunca ha intentado descubrir nada sobre mí, si a esto te refieres. Es sólo una joven amable.

—Entiendo —asintió Jupe—. ¿Y qué me dice de sus otras

amistades, señor Bonestell? ¿Ha hablado con alguien respecto a su empleo?

—Supongo que sí, pero no recuerdo que nadie se mostrara excesivamente interesado por mi trabajo.

—¿Y el señor Tuckerman?

—¿Shelby? Shelby sólo está interesado en Shelby —sonrió Bonestell—. Casi siempre está fuera de la ciudad, y cuando está aquí sólo se ocupa de sí mismo. Usualmente come fuera, y si está en casa se encierra en su habitación. Y al decir se encierra no bromeo. Puedo enseñarte las cerraduras.

—No, no es necesario —rehusó Jupe, poniéndose de pie—. No se desanime, señor Bonestell. La policía se ve obligada a interrogarle. Es posible que no tengan más pistas y quizá esperan que usted acabe por recordar algún detalle que entonces casi le pasara inadvertido.

Walter Bonestell no respondió. No parecía muy animado. Jupe le dejó sentado a la mesa, con la mirada fija al frente.

Eran las cuatro y media cuando Jupe regresó al «Patio Salvaje». En vez de entrar por la puerta principal, detuvo su bicicleta en una esquina de la valla de madera. Esta valla la habían decorado varios artistas de Rocky Beach. Aquella esquina mostraba a un buque en alta mar, en medio de unas altísimas olas. En primer plano se veía un pez con la cabeza fuera del agua, contemplando el buque. Cuando Jupe apretó con la mano el ojo pintado del pez, se separaron dos tablas de la valla, dejando al descubierto la abertura que los Tres Investigadores llamaban la puerta verde. Era una de las entradas secretas que les permitían entrar y salir del «Patio Salvaje» sin llamar la atención de tía Matilda y tío Titus.

Jupe abrió la puerta y pasó por ella la bicicleta, en dirección al cobertizo que le servía de taller. Allí estaba ya la bicicleta de Pete, apoyada contra la imprentilla. Jupe sonrió y juntó las tablas de la valla.

Fue entonces cuando oyó un ruidito en aquella esquina del taller. No fue más que el crujir de una tela y una respiración suspendida.

Jupe volvió la cabeza.

¡El ciego estaba allí! Tenía vuelto el cortado rostro hacia Jupe, con la cabeza ligeramente levantada. Ya no iba mal afeitado ni

usaba bastón. Jupe observó con un escalofrío que la cicatriz tiraba de una comisura de su boca, formando una mueca siniestra.

Jupe no se movió durante un segundo. El mendigo estaba también muy quieto. De pronto, Jupe inspiró hondo y el otro se movió con la cabeza todavía levantada en actitud de sorpresa y la boca aún torcida desdeñosamente. Llevaba algo en la mano, algo que sus dedos apretaban con fuerza. Esbozó un regate para esquivar a Jupe, mas de repente el muchacho quiso saber (tenía que saberlo) qué era lo que llevaba en la mano. Tras dejar la bicicleta a un lado, Jupe se arrojó contra el hombre y le cogió el puño con ambas manos.



El ciego resistió y trató de liberar su mano, pero Jupe la sujetó fuertemente y trató de separarle los dedos. Finalmente, éstos se abrieron un poco y cayó un objeto al suelo.

El mendigo se apartó… ¡y después atacó! Lanzó el puño adelante y el golpe fue a dar en el pómulo de Jupe. ¡El Primer Investigador vio a su alrededor multitud de estrellas y, bajo el ojo, sintió como una puñalada! Oleadas de azul, rojo y amarillo inundaron su visión y Jupe se quedó sin energías.

Durante una fracción de segundo perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, el mendigo saltaba por encima de él. Se abrieron las tablas de la valla, volvieron a cerrarse y Jupe se quedó solo.

CAPÍTULO 12

El micrófono oculto

Jupe se sentó en el suelo, un poco mareado. Cuando se le aclaró la vista, su mirada se centró en el objeto que había soltado el mendigo, yendo a parar debajo del banco de trabajo. Jupe vio que era una cajita de plástico con varias perforaciones a un lado.

—Muy interesante —comentó.

Lo dijo en voz alta y, como en respuesta a esta observación, se abrió la rejilla que había al lado de la imprentilla. Pete asomó la cabeza por el túnel dos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Has gritado?

—Hemos tenido un visitante —repuso Jupe.

Se puso de rodillas y se arrastró hasta el banco de trabajo para coger la cajita. Luego, la sostuvo en alto para inspeccionarla.

—Hum… a menos que esté equivocado, esto sirve para escuchar —observó—. Sí, es un micrófono en miniatura. Los he visto en fotografía. Pete, el ciego ha estado aquí y te aseguro que no se ha comportado como un ciego. Seguramente intentaba colocar este micrófono en el taller, enchufándolo a la corriente.

—¿El mendigo? —Pete cogió el diminuto aparato de manos de Jupiter y lo examinó—. ¿Y por… por qué quiere saber lo que hablamos? ¿Y cómo nos ha encontrado? —miró a su alrededor como si temiese que el mendigo de la cara cortada estuviera a su espalda—. ¡Córcholis! —exclamó.

Jupe se sentó en la silla del banco de trabajo. Volvió a coger el micrófono y lo abrió con una navajita.

—Sí, es un emisor de radio, en realidad —explicó—. Capta los sonidos y los emite a corta distancia… cosa de medio kilómetro. Generalmente, los sonidos van a parar a un magnetófono cuya cinta los graba, magnetófono que está escondido en algún sitio desconocido. Con un micrófono y un magnetófono, el mendigo

podría enterarse de todas las conversaciones que tenemos en el taller.

—¿Y estás seguro de que este micrófono no funciona ahora? —preguntó medrosamente Pete—. ¡A lo mejor, reproduce cada palabra que decimos!

Con la punta de la navaja, Jupe quitó varios elementos de la unidad. Después, cerró la cajita de plástico.

—¡Ya está! —proclamó.

Se sentó y reflexionó unos instantes. Luego, miró a Pete.

—¿Hace mucho que llegaste al «Patio Salvaje»? —le preguntó.

—Oh, unos veinte minutos.

—¿Lo hiciste por la puerta verde?

—Sí.

—Creo que el mendigo te siguió hasta aquí —declaró Jupe con gravedad.

—¡Imposible! —protestó Pete—. ¡Y menos por esa puerta!

Sin hacer caso alguno de las protestas de Pete, Jupe continuó:

—Tal vez te vio en el mitin y te siguió hasta Rocky Beach. O quizá nos vio a los dos ayer en el embarcadero Denicola, o es posible que nos viese a los tres la noche anterior en casa del señor Bonestell. Pero es seguro que en algún momento, en alguno de los tres días pasados, el ciego se cruzó con nosotros y nos siguió basta aquí. Y ahora te ha seguido hasta el interior de nuestro puesto de mando. Incluso es posible que haya tenido tiempo de plantar otro micrófono antes de mi llegada.

Pete volvió a mirar a su alrededor como si tuviese el ciego al lado. Entonces y apresuradamente, él y Jupe iniciaron una búsqueda por todo el taller. No hallaron señales de ningún otro micrófono ni de nada desplazado o fuera de sitio. Las montañas de chatarra que rodeaban el taller estaban como de costumbre.

Pete estaba muy trastornado.

—Vine aquí desde casa —declaró—. Y si me siguió hasta aquí… Jupe, ¿no creerás que vigilaba mi casa, verdad?

—No necesariamente —le tranquilizó Jupe—. Pudo estar esperando escondido cerca del «Patio».

Jupe cogió unos clavos y un martillo y se disponía a clavar la puerta de la valla cuando apareció Bob. Cuando éste le hubo ayudado a cerrar definitivamente la entrada secreta, los tres amigos

gatearon por el túnel dos hasta el puesto de mando. Jupe se instaló en su sitio acostumbrado tras el escritorio y se dispuso a oír el informe de Bob referente a Gracia Montoya.

—Fue muy interesante —comenzó Bob—, porque un tipo llamado Ernie fue a ver a Gracia. Se parecía mucho al individuo que los dos me describisteis. Tocó el timbre, pero Gracia no le invitó a entrar, sino que salió de su apartamento y los dos bajaron a la piscina y allí estuvieron gritando en español.

—¡No bromees! —exclamó Pete, con expresión divertida.

—Bueno —prosiguió Bob—, en realidad fue ella la que gritó. Ernie parecía querer explicarle algo a Gracia, pero ella no quería escucharle y, por fin, Ernie también se desgañitó. Una señora que vive en el edificio contiguo salió y se quedó en la acera escuchando y, harta ya de aquellos gritos, amenazó a los dos jóvenes con llamar a la policía.

—¡Hubiese sido divertido! —sonrió Pete.

—Entonces, Ernie se largó y Gracia Montoya entró en su apartamento para coger el bolso. Un minuto después subió a su coche y se marchó. Me esperé cosa de media hora por si regresaba, pero no lo hizo y también me marché.

—Hum… —refunfuñó Jupe—. Me gustaría saber por qué discutían. Bien, veamos qué tenemos en conjunto.

Jupe se inclinó hacia delante, como para concentrarse mejor en sus palabras.

—Podemos situar al mendigo en la escena del crimen. Y por medio de la cartera también podemos relacionarlo con Ernie y sus amigos cerca del embarcadero. Gracia Montoya está mezclada con ese grupo y también con el señor Bonestell, y lo más interesante de todo es que es una artista del maquillaje. ¿Fue ella la que maquilló a alguien como al terrorista muerto de Mesa de Oro… ese Altranto? ¿Pudo Gracia disfrazarse como un hombre y tomar parte en el robo? Es lo suficientemente alta como para ser uno de los ladrones, según la descripción del señor Bonestell. Y nuestro cliente me confió esta tarde que solamente el ladrón que suplantó al encargado de la limpieza habló durante aquella noche. Los otros dos no dijeron esta boca es mía.

—Si uno de ellos era Gracia Montoya es natural que no hablase —razonó Pete—. Su voz la habría traicionado.

—De manera que uno de los ladrones pudo ser una mujer —prosiguió Jupe—, o quizá los otros no hablaban inglés y no querían dar a conocer este dato. Tal vez eran naturales de Mesa de Oro.

—Puede tratarse de los dos tipos que viven con Ernie —apuntó Pete—. Bueno, lo cierto es que no sabemos de dónde proceden esos individuos, pero hablan español como los verdaderos nativos. Y es posible que no sepan inglés.

—En cambio, Ernie habla bien ambos idiomas —recordó Jupe—. Pienso que ha llegado la hora de que sepamos más cosas de Ernie y sus amigos —añadió animosamente—. Bob, tú eres el único a quien no conocen los de Denicola. Podrías dar vueltas por el embarcadero. Por allí siempre hay alguien mirando a los que se ocupan de las barcas. Ernie ya nos ha visto a Pete y a mí, por lo que no podemos ocuparnos de esa vigilancia.

—De acuerdo —convino Bob.

—Yo vigilaré a Gracia Montoya y veré qué consigo con eso —continuó Jupe—. Y tú, Pete, puedes quedarte aquí. El ciego ha aparecido hoy. Y tengo la impresión de que volveremos a verle y, en ese caso, tal vez necesitemos estar en contacto los tres. Tú, Pete, serás nuestro enlace.

—O sea que debo estar al cuidado del teléfono —observó Pete—. Está bien, como quieras. Pero si el ciego asoma su cicatriz por aquí, lo más seguro es que use el teléfono para llamar a la policía.

—¡Y harás bien! —sonrió Jupe—. Naturalmente —añadió—, opino que todos debemos tener mucho cuidado. El ciego sabe dónde estamos, y tal vez sabe también, o al menos sospecha lo que hacemos. Antes escapó, pero es posible que no huya siempre. ¡Por tanto, ese ciego puede ser una amenaza en cualquier momento!

CAPÍTULO 13

El aviso

—Esto es muy divertido —exclamó Bob Andrews.

Estaba al borde del embarcadero Denicola. Era el viernes por la mañana. La marea estaba baja y Bob había concentrado su vista en la cubierta de la *María III*. Ernie estaba a bordo, pintando la parte exterior de la garita del timonel.

Bob aguardó unos momentos. Ernie no hizo caso de la observación formulada por Bob. Ni siquiera levantó la mirada.

—El año pasado, nosotros pintamos la casa —continuó Bob—. Y los pintores dejaron que les ayudase. Bueno, pinté los marcos de las ventanas.

Ernie dejó de pintar y miró a Bob. Después, bajó la vista hasta la brocha que tenía en la mano. Por fin dio un paso atrás y le tendió la brocha a Bob.

El Tercer Investigador saltó del embarcadero a la embarcación, sonrió, cogió la brocha y empezó a pintar con cuidado y conocimiento de causa. Ernie le estuvo contemplando unos minutos, con expresión risueña.

Después de pintar unos minutos en silencio, Bob inició la charla.

—¡Caramba, debe ser estupendo esto de trabajar en una barca!

Ernie se limitó a soltar un gruñido.

—Yo fui una vez en barca —explicó Bob—. Nos llevó el tío de un amigo mío. Fue fantástico… hasta que el mar empezó a estar demasiado agitado.

Acto seguido, Bob contó una historia muy larga y horripilante de cómo se había mareado. Finalmente, Ernie se echó a reír.

—Sí, a muchas personas les ocurre lo mismo —asintió el joven. Su inglés no tenía el menor acento extranjero—. Yo nunca me he mareado.

Después de varias preguntas astutamente formuladas por Bob,

Ernie le contó a Bob cuál era la peor tormenta que había padecido. Bob le interrogaba como un muchacho lleno de admiración por las hazañas de los mayores y con esto Ernie se fue confiando cada vez más. Pero antes de que pudiese decir algo interesante para los intereses de los Tres Investigadores, se presentaron en el embarcadero dos individuos de una edad aproximada a la de Ernie, al cual se dirigieron en español, y cuando Ernie les respondía, al mismo tiempo miraba de reojo a Bob. Un instante después, Ernie subió al embarcadero y él y sus dos amigos se alejaron de la *María III*.

Cuando estuvieron lejos de todo oído, los tres se enzarzaron en una discusión. Bob estuvo vigilándoles con disimulo. Los jóvenes señalaron la costa, y uno hizo un gesto como para indicar que algo se acercaba al litoral por el norte. Ernie se encogió de hombros y uno de sus amigos apretó los puños y agitó ambas manos en el aire. El otro señaló su reloj de pulsera y le dijo algo a Ernie con mucho énfasis.

Ernie se apartó de sus amigos, los cuales se marcharon lentamente playa arriba hacia la casita que miraba a la autopista, dando la espalda al mar. Bob decidió que eran los que vivían con Ernie.

El joven volvió a la barca y examinó apreciativamente el trabajo de Bob.

—¡Está muy bien! —aprobó.

—¡Oh, habla usted muy bien el español! —alabó Bob—. ¡Y sus amigos también!

—Es mi segundo idioma —se ufanó Ernie—. Mis amigos son sudamericanos. Hablan muy mal el inglés y por eso hablo español con ellos.

Bob vio salir de la casita que había cerca del aparcamiento a la vieja señora Denicola. Llevaba una bandeja con un termo y varias copas. A mitad de camino entre la casa y la oficina donde se hallaba Eileen Denicola, la vieja dama volvió la cabeza hacia la *María III*. Vio a Ernie y a Bob en la barca y se detuvo un instante, seguramente pensando qué hacía Bob con la brocha en la mano. Aunque se hallaba a más de cien metros de la anciana mujer, Bob intuyó que todo su cuerpo estaba en tensión.

Al cabo de unos segundos, la señora Denicola prosiguió su

marcha hacia la oficina. Un instante más tarde, Eileen salió de la oficina y bajó hacia el embarcadero.

Eileen Denicola llevaba una camisa azul abierta por el cuello, y un pañuelo blanco y azul anudado a la garganta. Sus pantalones tejanos estaban muy descoloridos y sus zapatillas azules muy desgastadas. Parecía confiada pero también algo enfadada.

—Se supone que eres tú el que tiene que pintar la timonera —apostrofó a Ernie.

No había levantado la voz, pero su tono era severo.

—Ese chico ha querido ayudarme —repuso Ernie, encogiéndose de hombros—. Le gusta pintar.

—Oh, sí, señora —corroboró Bob—. Me gusta, de veras.

—Está bien, pero deja que Ernie haga el resto —ordenó Eileen —. Mi suegra desea verte.

—¿A mí? —se asombró Bob.

—Está allí —Eileen señaló la oficina—. No sé de qué se trata, pero me ha enviado a buscarte. Dale la brocha a Ernie y acompáñame.

Bob entregó la brocha a Ernie y siguió a Eileen Denicola a la oficina. Eileen volvióse para gritarle a Ernie que la barca debía estar lista para zarpar después del almuerzo.

—No te retrases —le advirtió—. Tenemos que ir a lo de Kelleher para comprar gasolina. Mañana por la mañana saldremos con cuarenta y tres personas a bordo y no tendríamos tiempo.

—De acuerdo, señora Denicola —asintió Ernie, el cual empezó a pintar a toda prisa.

Bob sonrió. Era obvio que Eileen Denicola estaba acostumbrada a verse obedecida. La mujer abrió la marcha con su rojiza cabellera yendo de un lado a otro a cada paso. La anciana señora Denicola salió a su encuentro.

—Iremos a casa —indicó la anciana. Señaló a Bob—. Tú, jovencito, ven conmigo.

Bob la siguió hasta la casa, cada vez más asombrado. La vieja lo condujo a una salita de ambiente severo, tal vez español, con grandes sillones de respaldo alto y un sofá muy largo y muy feo.

—Siéntate —le invitó la señora Denicola, indicando una butaca que estaba en ángulo recto con el sofá.

Bob obedeció y la señora Denicola le imitó. La anciana cruzó las

manos sobre la falda de su vestido negro. Después, miró a Bob con unos ojos tan agudos que Bob apartó su mirada.

—Yo te he visto antes —le aseguró ella.

—No… no lo creo —tartamudeó Bob.

—Tú no lo sabes, pero te he visto —repitió la señora Denicola—. Te vi en un sueño, y ahora he vuelto a verte allí —con la mano señaló más allá de la ventana—. Creo que no deberías estar aquí.

Pareció esperar una respuesta. Bob abrió la boca para hablar, pero no pudo articular palabra. Y cuando recobró la voz sólo logró proferir una especie de tos y jadeo. Cerró la boca, respiró profundamente y se aclaró la garganta.

—Yo sólo estaba… ayudando a pintar —afirmó—. Nunca había estado aquí ni…

Calló de pronto, sintiéndose muy torpe y angustiado. No quería ofender a aquella anciana ni disgustarla, pero estaba asustado por el poder que emanaba de ella. Le recordaba los oráculos de los mitos antiguos, aquellas mujeres hechiceras de épocas remotas que vivían en cavernas y que predecían el futuro y advertían a los guerreros cuando el destino iba a asestarles un golpe mortal.

En la casa hacía calor, pero Bob estaba como helado.

La señora Denicola se inclinó hacia él, con las manos siempre cruzadas sobre el vestido negro. Su rostro era una mescolanza de riscos y hondonadas sombrías. Tenía un aspecto demacrado y fatigado.

—No deberías estar aquí —repitió ella—. Tú has venido con algún propósito, según pienso. ¿Por qué has venido?

—¿Por… por qué? —susurró Bob. Le sorprendía hablar tan bajo, pero le era imposible hacerlo en tono alto—. Sin… sin ninguna razón. Yo sólo… sólo trataba de matar el tiempo.

Desvió la mirada, seguro de que la anciana mujer podía leer en su mente y comprender que mentía.

—Estás en peligro —le advirtió la señora Denicola—. Tienes que irte. Vete y no vuelvas. Si te quedas, ocurrirá algo espantoso. Sí, algo terrible. En mi sueño tú estabas en un lugar que se retorcía y se estremecía de arriba abajo. Se oía un horrible estruendo y tú caías, y la casa se desmoronaba, y la tierra entera se desintegraba por completo.

Bob la miró, asustado. Se dio cuenta de que había apretado los

puños y los obligó a relajarse.

Eileen Denicola le había contado a Jupiter que su suegra solía tener sueños que se convertían en realidad. Y la misma anciana le había contado su sueño de un ciego que recogía una cartera del suelo. Y ahora había soñado que la tierra se desintegraba y que Bob caía. ¿Qué significaba eso?

¡Un terremoto! ¡Había soñado en un terremoto! ¿Pero por qué tenía que contárselo a Bob? Jamás podría escapar de un temblor de tierra huyendo del embarcadero.

—Piensas que soy una vieja loca —suspiró ella—. Tal vez no debí contarte mi sueño. Tú te irás de aquí, traerás a otros chicos y todos os burlaréis de mí y me llamaréis bruja… ¡una vieja bruja italiana! Pero es verdad que te vi en este lugar que se desmoronaba a pedazos y yo… ¡yo también estaba allí!

Se abrió la puerta de la casa y penetró una ráfaga de aire fresco. Eileen Denicola apareció en el salón. Su expresión era de diversión, aunque parecía estar un poco inquieta.

—¿Qué pasa? —preguntó. En su voz había una nota de alegría forzada—. Supongo que no se tratará de otro sueño.

—¿Y si así fuese? —se sulfuró la anciana. Se inclinó hacia delante y puso una mano sobre la rodilla de Bob—. Sé que este muchacho es bueno y muy trabajador. Y le estaba diciendo que hará bien marchándose de aquí… y seguir el consejo de las personas que bien le quieren.

La anciana se puso de pie.

—Ahora tengo que apresurarme —le dijo a Eileen—. Nuestro invitado llegará a media tarde y aún me queda mucho que hacer.

Se marchó sin volver a dirigirle la palabra a Bob.

—¿Todo va bien? —se interesó Eileen.

—Sí —respondió Bob—. Muchas gracias.

Se puso de pie y salió del saloncito lo más de prisa que pudo. ¡Aquella casa le ponía los pelos de punta! ¡Tenía que poner la mayor distancia posible entre él y aquella casa siniestra!

CAPÍTULO 14

Ernie hace un trato

Los dos jóvenes que vivían con Ernie iban andando por la playa en dirección al embarcadero. Ernie continuaba dando brochazos a la garita del timón. Todo seguía como veinte minutos antes y, sin embargo, todo había cambiado.

¡Peligro! ¡La señora Denicola había hablado de peligro!

A unos centenares de metros autopista abajo había una plazuela con varios comercios. Bob divisó un supermercado, una lavandería automática y la oficina de una administración de fincas. También vio un teléfono delante del supermercado. Entró en la cabina y marcó el número del puesto de mando de los Tres Investigadores.

Pete contestó inmediatamente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó cuando oyó la voz de Bob.

—Sí, me encuentro bien. Bueno, supongo que estoy bien. Pero la vieja… la señora Denicola, me contó que había tenido un sueño respecto a mí. ¿Te acuerdas que su nuera dijo que esa anciana siempre tenía sueños que luego eran realidad? Bien, en ese sueño yo estaba en peligro. Me hallaba en un lugar donde todo se retorcía y caía. Como un terremoto. Y añadió que no debía quedarme allí. Algo espantoso, ¿verdad?

Se produjo un instante de silencio.

—¡Cáspita, Bob! —volvió a oírse la voz de Pete—. Si esa anciana tiene sueños reales, será mejor que te largues de ahí. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Sólo fue un sueño —replicó Bob.

Lo había dicho más para convencerse a sí mismo que a Pete.

—Pues ten mucho cuidado, ¿entiendes? —le recomendó Pete.

—Lo tendré —prometiole Bob—. Por el momento, no quiero dejar esto. Hay algo raro… siniestro. ¿Conoces a esos dos sujetos que viven con Ernie? Hoy se han pasado todo el día dando vueltas

por el embarcadero y hablando en español con Ernie. Se mostraron muy inquietos por alguna cosa…

Por la autopista avanzaba lentamente un camión-grúa. Luego, enfiló el senderito de Denicola y paró en el aparcamiento. Del vehículo saltó al suelo un individuo alto, con ropas de trabajo color caqui, el cual se encaminó al embarcadero.

—Continúa al teléfono —murmuró Bob—. Me mantendré en contacto contigo.

Colgó y salió de la cabina. A lo largo de la autopista había autos, camionetas y remolques aparcados, y Bob se disimuló entre los vehículos y el embarcadero mientras iba hacia la oficina de las Denicola.

El conductor del camión-grúa se acababa de reunir con Ernie y sus dos amigos en el embarcadero, cerca de la *María III*. Bob hizo un alto en su camino y vio cómo Ernie hablaba con el camionero. La expresión del joven era de cólera y gesticulaba con mucha animación.

Bob dio un rodeo en torno a una camioneta y pasó desde el muro de contención de la autopista hacia la playa. Cuando atravesó la zona arenosa, nadie se fijó en él y, unos instantes más tarde, el Tercer Investigador se hallaba bajo el embarcadero. Sin hacer caso de su bicicleta que estaba atada a una pilastra, descendió hasta la línea del agua.

Cuando llegó al borde del mar, se detuvo a escuchar. Oía las voces de los cuatro hombres, pero no lograba entender nada de lo que decían. Estaban demasiado lejos y el ruido de la resaca excesivamente cerca.

Bob arrugó el entrecejo. Probablemente, tampoco entendería la conversación aunque pudiese escucharla mejor. Seguramente se expresaban en español.

De repente oyó unos pasos en el embarcadero. Aquellos individuos se aproximaban hacia donde él estaba. Caminaron, se pararon a hablar unos momentos para discutir sobre algo y reanudaron la marcha. Cada vez estaban más cerca, más cerca, hasta situarse directamente sobre la cabeza de Bob, el cual empezó a seguir sus movimientos, moviéndose por la mojada arena sin hacer ruido.

—De acuerdo, Strauss —era Ernie el que hablaba—. Comprendo

que no quieras hacer nada hasta que veas la pasta —dejó de andar y lo mismo hicieron los otros—, pero necesitamos ver la mercancía. ¡Y será mejor que sea de calidad!

—Lo es —aseguró una segunda voz. Tenía que ser Strauss, ya que hablaba sin acento extranjero. Su tono era vivo y expeditivo—. Pero no sois vosotros quienes debéis juzgar su calidad. En realidad, ¿por qué hablar con vosotros? Yo al que quiero ver es a Alejandro. Es él quien firmó el trato.

—Yo hablo en nombre de Alejandro —replicó Ernie—. Y si insistes, podremos concederte un anticipo.

—Pues insisto —repuso Strauss.

—Una cuarta parte del total —ofreció Ernie—. El resto estará preparado cuando entregues la mercancía… si todo lo cumples como prometiste.

—La mitad por adelantado —pidió Strauss. Su voz era átona, casi indiferente—. La otra mitad a la entrega. Pero nada se moverá sin esa mitad, nada en absoluto. Yo no os necesito, ya lo sabéis. Puedo colocar el material en muchos lugares.

Durante unos instantes reinó un profundo silencio y al final fue Ernie quien habló.

—De acuerdo, la mitad por adelantado. Pero queremos la mercancía antes de que veas la otra mitad. Vuelve al Pacific States y aguarda allí. Te llamaré cuando tenga el dinero.

—¿Por qué no puedo esperar aquí? —quiso saber Strauss—. No me gusta dar vueltas.

—Porque tardaré algún tiempo en tener la pasta y la vieja para la que trabajo está ahora sentada en su oficina, muy irritada, porque piensa que descuido el trabajo. De modo que regresa a la costa y aguarda mi llamada.

Hubo otro silencio y Bob presumió que el camionero había vuelto la cabeza hacia la oficina encristalada. Sin duda, Eileen estaba allí y, también sin duda, observaba lo que pasaba en el embarcadero.

—Bien —consintió al fin Strauss—. De acuerdo. Tal vez ni siquiera debí venir. Está bien. Aguardaré tu llamada en el Pacific States. Pero no trates de ganar tiempo. Recuerda que vosotros me necesitáis más que yo a vosotros.

Strauss se marchó y Ernie dijo algo en español. No sonó como un

cumplido, ciertamente, y los dos jóvenes que estaban con Ernie murmuraron unas palabras coléricas.

Se oyeron unos pasos ligeros en el embarcadero y Bob escuchó una voz sumamente enojada.

—¿Quién era ése? —exigió Eileen Denicola.

—Uno que pertenece a los Oddfellows, o a los Elks, o algo así —contestó Ernie—. Dijo que había visto la *María III* desde la autopista y quería saber si podía alquilarla.

—La próxima vez que alguien desee saber si puede alquilarla, me lo envías a mí.

—Sí, señora Denicola —asintió Ernie.

—Ahora, vete a almorzar —le ordenó Eileen—. Quiero que estés aquí otra vez a la una para ir a buscar gasolina. Y deja a tus compañeros en casa… ¿me has oído?

—Sí, señora Denicola —volvió a asentir Ernie, fingiéndose muy contrito.

Los jóvenes se alejaron y Eileen regresó a la oficina. Bob aguardó entre las sombras, debajo de las tablas del embarcadero. Cuando vio que Ernie y sus amigos cruzaban la arena en dirección a su casa, Bob se marchó en dirección opuesta. Tenía que averiguar dónde estaba el Pacific States. Le sonaba a población, pero Bob nunca lo había oído nombrar. Regresó a la plazuela y entró en la cabina telefónica.

En el listín de la cabina no había ninguna población llamada Pacific States, pero en la letra «P» halló una Compañía de Almacenaje y Mudanzas Pacific States, en la calle West Albert de Oxnard. Marcó el número y pidió hablar con el señor Strauss.

—No está ahora —respondió una voz masculina—. ¿Puedo decirle quién le ha llamado?

—No hace falta. Ya volveré a llamar.

Bob colgó. Iba a marcar el número del puesto de mando de los Tres Investigadores cuando observó a un individuo de aspecto familiar que salía del supermercado. Mientras el hombre se encaminaba a su coche aparcado cerca, Bob salió de la cabina telefónica y anduvo casualmente hacia el hombre.

—¡Hola, Bob! —exclamó aquél—. ¿Qué haces por aquí?

—Hola, señor Soames —era un vecino que vivía en la misma calle de Rocky Beach que Bob—. Estaba… bueno, he venido a ver

cómo pescaban en la playa —mintió Bob—. Papá y yo iremos de pesca este fin de semana.

El señor Soames miró en torno suyo.

—¿Has venido en bicicleta?

—No, un amigo mío me trajo hasta aquí —explicó Bob, mintiendo casi tan bien como Jupe, comprendía que era necesario soltar un embuste—. Oiga, ¿va usted hacia el Norte, por casualidad?

—Pues sí —asintió el señor Soames—. Voy a carpintería, a ver a mi hermana.

—Me lo había figurado. ¿No podría llevarme hasta Oxnard?

—Sí, claro, pero… no regresaré hoy. ¿Cómo volverás a tu casa desde Oxnard?

—Cogeré el autobús —repuso rápidamente Bob—. Oh, muchas gracias, señor Soames. Se lo agradezco mucho.

Bob se deslizó hacia el asiento contiguo al del conductor del pequeño auto del señor Soames y sonrió para sí. Jupiter no lo habría hecho mejor. Se habría ahorrado un largo viaje en bicicleta y tal vez antes de terminar el día sabría qué clase de mercancía habían comprado Ernie y sus dos amigos… ¡y cuánto pensaban pagar por tal compra!

CAPÍTULO 15

Bob se ve en apuros

Jupiter se sentó en el bordillo de la acera frente al edificio donde Gracia Montoya tenía su apartamento. Experimentaba una gran frustración y un terrible aburrimiento. Por la mañana, a las nueve, había llamado a la puerta de Gracia para intentar una vez más interesarla en la suscripción de *Santa Mónica Evening Outlook*. La joven se había negado a ello y ni siquiera se había mostrado dispuesta a conversar.

Jupe se retiró al otro lado de la calle y toda la mañana estuvo vigilando la casa de Gracia. Así vio cómo la muchacha llevaba la ropa sucia a una habitación del fondo del inmueble, y cómo más tarde volvía con montones de ropa limpia y bien doblada. Ahora estaba sentada al lado de la piscina, arreglándose las uñas. Jupe deseaba volver a hablar con ella. Y decidió que fingiría buscar un talonario de albaranes extraviado.

Se levantó del bordillo y cruzó la calle. Mas al llegar al portal del inmueble de Gracia, se paró en seco. La joven sostenía en la mano un teléfono portátil, unido a un largo cable, y hablaba con alguien que se llamaba Marilyn.

—La interpretación no es muy buena —decía—, pero me han asegurado que los efectos especiales son sensacionales. Cuando vuelan la nave espacial, hasta las butacas tiemblan. Llamé y me dijeron que el primer pase de la película es a las dos. ¿Quieres que tomemos un bocadillo antes de ir?

Jupe se marchó de allí. Gracia Montoya se iba al cine. Aunque la siguiera, decidió que se enteraría de muy poco sentado en un cine toda la tarde.

Se preguntó si Bob habría conseguido algo mejor en el embarcadero de las Denicola. Y también se preguntó, no sin cierta amargura, si él y sus amigos hacían algo en realidad para ayudar al

señor Bonestell. ¿Eran Ernie y sus amigos los ladrones del banco? Y en ese caso, ¿cómo podrían demostrarlo los Tres Investigadores?

De repente, Jupiter recordó una cosa que había visto en las películas y en los programas de televisión. Cogió la bicicleta y regresó a toda velocidad al «Patio Salvaje».

Pete estaba en el puesto de mando hojeando una revista deportiva, con aspecto aburrido.

—Encantado de verte —le recibió Pete—. Esto es muy monótono. Ah, Bob llamó una vez.

—¿Ah, sí? —se interesó Jupe—. ¿Y qué dijo?

—Opina que algo pasa en el embarcadero. Los dos compañeros de Ernie rondan siempre por allí y hablan mucho con Ernie. Bob dice que parecen discutir de algo. Y la vieja señora Denicola tuvo un sueño en el que salía Bob. Le dijo que estaba en peligro y que no debía dar vueltas por el embarcadero.

Jupe sintióse repentinamente lleno de dinamismo. No sabía si creer en los sueños de la señora Denicola, pero lo de Ernie era otro asunto.

—¿Cuánto hace que llamó Bob? —quiso saber.

—Una media hora, tal vez un poco más. Me ofrecí para ir en su busca a Denicola pero respondió que prefería quedarse un poco más allí.

—De acuerdo —asintió Jupe—. Ahora, escucha. Yo me marcho allí. Intentaré fotografiar a esos tres tipos. Si saco copias de las fotos y las retoco, añadiendo bigotes y pelucas, se las enseñaré al señor Bonestell, y él tal vez reconocerá a los fotografiados.

Jupe penetró en el cuarto oscuro y salió con una cámara de fotografiar equipada con un teleobjetivo.

—Tú quédate para atender el teléfono —le ordenó a Pete—. Tan pronto haya visto a Bob te llamaré.

Media hora más tarde, Jupe cruzaba la autopista, frente al embarcadero Denicola. La *María III* no estaba a la vista y la encristalada oficina estaba vacía. No se veía a Ernie ni a Eileen por ninguna parte.

Tras encogerse de hombros, Jupe empezó a sortear las rocas hasta la playa y halló la bicicleta de Bob debajo del embarcadero. Dejó la suya al lado debidamente atada y después miró arriba y abajo de la playa. Vio a varios pescadores y a unos niños que

jugaban con un perro, pero ni rastro de Bob. Con la cámara al hombro, trepó hasta el aparcamiento de las Denicola. No había nadie por allí. De pronto, divisó la furgoneta estacionada en el pequeño aparcamiento de la casa de piedras grises, propiedad de las Denicola, cerca del embarcadero. Había alguien en aquella casa.

Jupe fue hacia allí. No tuvo que tocar el timbre. Se abrió la puerta y la anciana señora Denicola apareció en el umbral. Miró a Jupe con mirada penetrante.

—Señora Denicola, ¿ha visto a mi amigo? —preguntó el Primer Investigador.

—¿Tu amigo?

—Estuvo aquí esta mañana y usted habló con él —explicó Jupe —. Le contó un sueño en el que le había visto.

—¡Ah! —comprendió la anciana—. De manera que aquel chico, el que lleva gafas, es amigo tuyo. No sé por qué, pero ya lo suponía.

Frunció el ceño de manera severa, aunque Jupe comprendió que no estaba enfadada.

—¿No ha visto a mi amigo desde esta mañana? —insistió—. Su bicicleta está debajo del embarcadero, pero él no está aquí. ¿Puede haberse ido en la barca? ¿No le habrá llevado su nuera a dar un paseo por mar?

La vieja señora Denicola negó con la cabeza.

—Ernie se fue con Eileen en la *María III* —fue la respuesta—. Yo les vi zarpar. Y no iba nadie más con ellos.

—No sé dónde puede estar Bob —se inquietó Jupiter.

—Tampoco lo sé yo —dijo la señora Denicola. Dio un paso atrás y abrió la puerta por completo—. Pero creo que va a ocurrir una desgracia. Lo soñé y estoy asustada. Tienes que hablarme de ti y de tu amigo. Entra, por favor.

La anciana era como la voz de la fatalidad. Por primera vez, Jupe comprendió que Bob podía hallarse realmente en peligro.

* * *

A varios kilómetros lejos de Oxnard, Bob se iba aproximando a la Compañía de Almacenaje y Mudanzas Pacific States. Estaba situada en un descampado de la calle Albert. Bob vio una alta valla hecha

con cadenas, un edificio de hormigón, sin ventanas, y algunas camionetas de mudanzas, blancas, bastante sucias. El sendero que arrancaba desde el portón mostraba unas rodadas y estaba lleno de baches. El portón se hallaba cerrado con un candado.

No había nadie a la vista. Bob empezó a dar una vuelta en torno al edificio. Vio hierbajos, cajones rotos y papeles arrugados en torno a los muros encalados. En la parte de atrás, unos camiones le impidieron ver la parte posterior del edificio, pero oyó unas voces procedentes del patio interior.

Bob se quedó quieto y prestó atento oído. La conversación continuaba, pero Bob no logró captar las palabras. Observó, eso sí, que uno de los camiones se hallaba estacionado junto a la valla. Miró a la derecha e izquierda y luego aspiró hondo. Colocó el pie en un eslabón de la valla, trepó a lo alto y saltó al techo del camión de mudanzas.

Permaneció sin moverse unos segundos y trató de recobrar el aliento. ¡No era tan atlético como Pete, pero lo había conseguido! Se hallaba a salvo dentro del patio. Se puso a gatas y empezó a avanzar.

—No se secará a tiempo —masculló una voz ya muy próxima.

—¿Qué importa? —replicó una segunda voz—. Nos lo llevamos seco o no.

Había otro camión próximo al de Bob. Éste se incorporó. Cuando saltó al camión contiguo, sus pies no hicieron el menor ruido. Volvió a agacharse y se arrastró otra vez hacia delante. De pronto, vio una zona despejada donde dos individuos de espaldas a él contemplaban un camión blanco muy reluciente. Inmediatamente Bob se aplastó contra el techo de su camión y sólo levantó la cabeza para espiar.

—Está bien, Harry —expresó uno de los hombres. Era Strauss. Tenía las manos apoyadas en las caderas, y la cabeza inclinada a un lado—. Has hecho un buen trabajo.

El llamado Harry dejó oír una especie de gruñido. Sostenía un bote de pintura con una mano y en la otra tenía una pequeña brocha. El aire olía a pintura. El camión que ambos hombres admiraban tenía unas letras recién pintadas en un lado, en sustitución del nombre de la compañía de almacenajes y mudanzas. Los nuevos caracteres decían: *Suministros Marítimos de McCutcheon*.

Bob sonrió para sí. Aquellos hombres acababan de camuflar un camión de mudanzas.

—Me ha costado mucho… —se quejó Harry, gesticulando con la brocha.

—Hay mucho en juego —contestó Strauss—. No podemos correr riesgos. Si alguien viese un camión de mudanzas delante del embarcadero Denicola podría hacer preguntas.

Strauss se marchó y desapareció por la inmensa portalada del enorme edificio, desprovisto de ventanas. Al cabo de unos momentos, su compañero le siguió. Y durante algún tiempo Bob no oyó nada más que el ruido de madera arañando sobre cemento. Al fin volvió a aparecer Strauss. Llevaba una carretilla que contenía tres cajones de madera. Strauss los trasladó al camión recién pintado.

Salió Harry del edificio con una segunda, carga de cajones. Mas antes de recorrer cinco metros su carretilla clavó la rueda delantera en una rodada y uno de los cajones cayó al suelo, y al abrirse desparramó varias docenas de cajitas por tierra.

—¡Eh, cuidado! —le gritó Strauss.

—Está bien, está bien —se encogió Harry de hombros—. No te sulfures, ¿eh?

Se agachó y recogió las cajitas, que volvió a meter en el cajón, el cual volvió a colocar en la carretilla.

Desde su atalaya en lo alto del camión, Bob observó que se había abierto una cajita y que varios objetos se habían diseminado por el suelo. Bob contuvo la respiración y aguardó. Ni Harry ni Strauss se habían fijado en aquellos diminutos objetos. Al contrario, continuaron cargando cajones en la parte trasera del reluciente camión y después efectuaron varios viajes al interior del edificio en busca de más.

Los dos hombres trabajaron casi media hora. Y los cajones que cargaban eran de todas clases y tamaños. Unos eran de madera y otros de cartón ondulado. Algunos pesaban tanto que se necesitaba el esfuerzo combinado de ambos hombres para levantarlos. Al fin, los hombres cerraron las puertas de la trasera del vehículo y las aseguraron con un pesado candado.

—Tendría que ayudarnos alguien más —insinuó Harry, secándose la frente con un pañuelo.

—No necesitamos más testigos —rezongó Strauss.

Los dos hombres entraron de nuevo en el edificio y Bob se quedó quieto otra vez al acecho. Transcurrieron cinco minutos… y diez más. Strauss no se dejaba ver, lo mismo que Harry. Bob pensó que los dos ya no volverían al camión cargado.

Entonces, empezó a escurrirse por delante del camión que le había servido de escondite y atalaya. Pasó a lo alto de la cabina, después al capó y por fin saltó al suelo. Rápidamente, corrió hacia donde se hallaban los pequeños objetos que habían caído de la cajita rota y se agachó a recogerlos.

El primero pesaba bastante. Y cuando vio de qué se trataba sintió frío hasta la médula de los huesos: ¡era una bala!

Levantó la mirada y el suelo se convirtió en terror. Intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Estaba como helado… incluso demasiado paralizado para temblar.

¡Un perro le estaba vigilando! ¡Un Doberman! Se hallaba mirándole con gran atención a menos de tres metros de distancia. Sus ojos negros estaban clavados en Bob, y tenía muy erguidas las orejas. No ladraba, ni siquiera gruñía. Sólo vigilaba, manteniendo inmóvil a Bob con su mirada.

—¡Eh! —susurró Bob. Sí, era un susurro, un susurro ronco, falto de aliento.

Bob se incorporó lentamente y se apartó un paso del perro.

Los negros labios del morro dejaron ver unos dientes muy blancos y de pronto soltó un gruñido sordo, amenazador.

—¡Eh! —repitió Bob.

El gruñido subió de tono. El perro avanzó y luego se paró.

Bob no se movió. El perro era un perro guardián y Bob lo sabía. Si era preciso mantendría todo el día a Bob sin dejarle huir.

¡Bob estaba atrapado!

CAPÍTULO 16

Agua caliente para Jupe

La casa de las señoras Denicola tenía un ambiente cálido con el aroma a queso, hierbas y rica salsa de tomate. Pero por una vez, a Jupe no le importaban en absoluto los gratos olores de la buena comida. Estaba sentado en la salita de la anciana señora Denicola y escuchaba su relato del sueño.

—En el sueño vi a tu amigo en una habitación —decía la vieja dama—. Hubo un ruido espantoso y las paredes se desplomaron. No sé cuál era el lugar donde estaba tu amigo, ni le conocía a él. Luego, esta mañana le vi pintando en lugar de Ernie y me di cuenta de que era el muchacho del sueño y que debía marcharse de aquí. Sí, el peligro está aquí, en esta casa. O muy cerca. Lo presiento poderosamente. Y no sólo hay peligro para él sino también para mí. Por eso le dije que se fuese y seguramente me hizo caso. No, no está aquí.

—Señora Denicola —preguntó Jupe, frunciendo el ceño—. ¿Siempre se convierten sus sueños en realidad?

—No. Casi todos mis sueños son como los de todo el mundo. No tienen sentido… son necedades. Se componen de pedazos de viejos recuerdos. Pero algunos sueños son diferentes. A veces, cuando sueño, veo a personas desconocidas. Y cuando estoy despierta, conozco a tales personas y sé que era un sueño real. No lo sé todo, claro. En mis sueños sólo obtengo una visión de algo. Es como un destello, un relámpago… un faro. Si se trata de un mal sueño, hay que tomar precauciones, puesto que el faro indica el lugar donde se halla el peligro.

—¿Sus sueños siempre indican algún peligro? —se interesó Jupe.

—¡Oh, no! —sonrió ella de pronto—. Una vez soñé con una joven pelirroja a la que pronto conocería mi hijo Alfredo… y era

Eileen. Aquél fue un buen sueño.

Jupe se dio cuenta de que la anciana estaba a punto de embarcarse en la historia de la familia y rápidamente cambió de tema.

—El joven que se llama Ernie… ¿es de la familia?

—¡Oh, no, nada de eso! —exclamó la anciana con desprecio—. Es lo que podríamos llamar un vago, un buscavidas, ¿eh? No vale mucho. Aunque quizá tenga buen corazón. Los dos que viven con él en la casita de la playa proceden de América del Sur. Ernie siempre tiene uno o dos sudamericanos en su casa. Viven con él hasta que encuentran trabajo. Y así aprenden un poco de inglés. Después, se marchan a otra parte. Creo que el padre de Ernie era sudamericano y que en cierta ocasión también necesitó una ayuda de esta clase, y ahora Ernie lo hace en memoria del difunto. Lo cual no deja de tener cierto valor.

La señora Denicola calló y arrugó la frente.

—¿Y tú? —le preguntó a Jupe—. En realidad, no viniste a buscar una cartera, ¿verdad? Y tu amigo, que fingía ser un estudiante al que le gustaba pintar… estaba espiando, ¿no es así? ¿A quién espiaba? ¿A Ernie? Sí, está ocurriendo algo que desconocemos. Algo que no sabemos ni Eileen ni yo.

—Yo también creo que ocurre algo —confirmó Jupiter—. Pero no sé exactamente de qué se trata. Señora Denicola, usted soñó con un ciego que encontraba una cartera. ¿Ha visto a ese hombre después del sueño? ¿Estando despierta?

—No, no le he visto.

—Pues mi amigo Bob sí le vio, lo mismo que yo —manifestó Jupe.

Acto seguido, extrajo una tarjeta de los Tres Investigadores de su cartera, garabateó un número en ella y se la entregó a la anciana.

—Si ve al ciego, ¿hará el favor de llamar a este número? —le rogó—. Si no estoy yo, alguien recibirá el mensaje. Y si sucede algo fuera de lo corriente… tal vez algo que haga o diga Ernie, ¿nos lo hará saber? Estoy muy inquieto por mi amigo.

—Sí —concedió ella—, haces bien de inquietarte.

—Bueno —pidió Jupe—, quisiera usar su teléfono, si es posible. Tal vez Bob ya haya aparecido.

La señora Denicola indicó el vestíbulo y Jupe se dirigió al

teléfono. Marcó el número del puesto de mando. Pete contestó antes de terminar el primer timbrazo.

—Eh, ha llamado Bob —le informó Pete—. Poco después de irte tú. Estaba en algún lugar de Oxnard. Dijo que hay un nuevo personaje en el misterio, un tipo llamado Strauss. Añadió que procuraría enterarse de lo que trama y que esta tarde volvería a llamar.

—¡Bravo! —se alegró Jupe—. Dejó aquí la bicicleta y temía que le hubiese sucedido algo.

—No, está bien. ¿Y tú dónde estás?

—Con la señora Denicola. Volveré más tarde.

Jupe colgó. La señora Denicola estaba a su lado.

—De manera que tu amigo se encuentra bien —comentó.

—Sí —sonrió Jupe—. Llamó desde Oxnard. Tenía… tenía que hacer un recado allí.

—Estupendo —aprobó la anciana—. Al menos ya no estás preocupado y yo tengo que preparar la cena para mi invitada, que no tardará en llegar. Y tú tendrás que ocuparte de tus asuntos, ¿verdad? Pero ten mucho cuidado, ¿eh?

Jupe prometió que lo tendría. No tardó en hallarse de nuevo en la autopista, en dirección a la casa donde vivía Ernie con los dos jóvenes sudamericanos.

Encontró un buen lugar donde sentarse en un banco de una fábrica de helados al otro lado de la calzada. Preparó la cámara y se dispuso a esperar. Aproximadamente una hora más tarde pasó un polvoriento camión y dejó a uno de los dos compañeros de Ernie a un lado de la autopista.

Jupe apuntó con su cámara. El disparador sonó una y otra vez. Antes de que el amigo de Ernie desapareciese en el interior de la casita, Jupe lo había fotografiado seis veces con el teleobjetivo.

Entonces, se relajó y se dispuso a esperar un poco más. Cuando la *María III* estuvo a la vista, sonrió con agrado. La barca de pesca navegó por delante de él y quedó amarrada en el embarcadero. A bordo sólo había dos personas: Ernie y Eileen. Más pronto o más tarde, pensó Jupiter, Ernie regresaría a su vivienda del otro lado de la autopista. Mientras tanto, aguardaría la llegada del segundo inquilino.

Transcurrieron algunos minutos, en tanto Jupe contemplaba a

las gaviotas que se zambullían velozmente en el agua o planeaban sobre la playa. Si miraba a la izquierda divisaba el sendero particular de las Denicola. De cuando en cuando se internaba un coche por dicho sendero, y también de cuando en cuando volvía a salir. La casa de las señoras Denicola impedía que Jupe viera la oficina, pero el Primer Investigador supuso que Eileen estaba dentro. Posiblemente, Ernie la estaba ayudando.

Jupe desvió la mirada y se concentró en la parte derecha de la playa. Allí quedaban algunos pescadores muy atareados, con sus sedales y equipos de pesca, y un individuo se abría paso por la arena con un detector de metales en la mano. Los *surfistas* aguardaban las olas que se cernían en alta mar. En el horizonte se acumulaban las nubes y la brisa era más fresca. El día había empezado siendo claro y hermoso, pero seguramente acabaría en lluvia.

El compañero de Ernie salió de la casita y echó a andar hacia el embarcadero.

Jupe consultó su reloj. Ya eran casi las tres. Bob le había comunicado a Pete que los dos amigos de Ernie habían estado rondando toda la mañana por la playa. Bien, ¿dónde estaba el que faltaba?

Volvió a mirar hacia la casa de las Denicola. Antes había visto una furgoneta aparcada en el pequeño estacionamiento de aquella casa. Mas de pronto observó que había desaparecido. ¿Hacia dónde? Jupiter no había visto pasar ningún vehículo por allí… ni por el senderito ni en ninguna otra parte. ¿Habría quedado hipnotizado por el viento, las gaviotas y el rumor de la resaca?

Se puso de pie y echó a andar por la autopista. Cuando llegó a la altura del sendero de las Denicola, se dio cuenta de que Eileen no estaba en la oficina cerca del embarcadero. Ernie sí estaba allí, sentado en el sillón de la señora Denicola, con los pies sobre el escritorio. Fumaba un cigarrillo, retrepado en el respaldo del sillón, y reía a grandes carcajadas. Su amigo se hallaba sentado con las piernas cruzadas sobre la mesa y parecía contarle algo a Ernie. Algo muy gracioso, seguramente, ya que su cara estaba muy animada y hablaba sin parar, moviendo mucho las manos en el aire.

¿Dónde estaba Eileen Denicola? ¿En casa con su suegra? ¿Qué diría si salía y veía a Ernie y a su amigo holgazaneando y sentados

en su oficina con aquellos modales? Jupe estuvo seguro de que se pondría furiosa.

Mas de pronto, Jupe observó que la casa tenía un aspecto vacío. Las ventanas estaban cerradas y habían corrido las cortinas. Mientras Jupe valoraba esta sensación, llegó un coche por el sendero y se detuvo frente a la casa. Del auto salió una mujer de cabellos blancos que llevaba un paquete envuelto en papel rosa. Jupe supuso que era la invitada que esperaba la señora Denicola a cenar. Vio cómo tocaba el timbre de la casa. La puerta no se abrió y al cabo de unos segundos la mujer volvió a llamar. Tampoco hubo respuesta. Entonces la mujer se dirigió a la oficina.

Ernie, que la había estado contemplando, se puso lentamente en pie. Su amigo continuó con las piernas cruzadas sobre la mesa.

Ernie y la mujer intercambiaron unas frases y ella escribió algo en un papel, lo dobló y se lo entregó a Ernie. Cuando regresó a su coche, su expresión era de verdadero enfado.

Ernie volvió a sentarse mientras el auto arrancaba. Puso de nuevo los pies sobre el escritorio y leyó la nota que la mujer le había dejado tras lo cual la arrojó a la papelera con desprecio.

El amigo de Ernie rió a carcajadas.

Jupe estaba sumamente alarmado. Se alejó de su observatorio y remontó la autopista hasta que tuvo la casa de las Denicola entre su persona y la oficina. Entonces, cruzó la calzada en dirección a la casa.

En la parte posterior había una ventana entornada, junto a la puerta de la cocina. Cuando Jupe empujó la ventana, metió la mano y consiguió girar la aldaba que cerraba la cocina. Entró y cerró la puerta a sus espaldas, pero sin cerrarla con la aldaba. Tal vez tendría que huir a toda prisa.

La cocina estaba caldeada y en el aire flotaba el olor a comida. Pero la salsa para la pasta se estaba congelando dentro de una marmita colocada sobre el fogón y un asado se enfriaba en el horno, en tanto que en un colador se veían unas lechugas. La anciana señora Denicola debía de haberse marchado apresuradamente.

Jupe pasó silenciosamente al comedor, donde ya estaba dispuesta la mesa para la cena. La estancia se hallaba sumida en la penumbra a causa de los cortinajes tirados, lo mismo que el saloncito donde él había estado charlando con la señora Denicola

una o dos horas antes. En aquel saloncito se olía a algo que se imponía al aroma de la cocina. Jupe observó que alguien había dejado caer una colilla de cigarrillo en la chimenea, y que la había pisoteado con fuerza.

Jupe se dirigió al pie de la escalera y llamó en voz baja, aunque en realidad no esperaba ninguna respuesta.

—¡Señora Denicola! ¿Está usted ahí? ¡Soy yo, Jupiter Jones!

Silencio absoluto en la casa. Al cabo da un momento, Jupe emprendió la ascensión de la escalera.

En los dormitorios no habían echado las persianas, por lo que la luz todavía entraba a raudales. Uno de los dormitorios estaba amueblado con muebles macizos de madera oscura, entre las cuales destacaba un escritorio de persiana atestado de fotografías. Al otro lado del pasillo había una habitación con un mobiliario blanco y litografías de colores en las paredes. Apenas se había asomado Jupe a esta habitación cuando sonó un teléfono.

Jupe pegó un salto. Y entonces vio que había un aparato telefónico en la mesita de noche. Echó una ojeada por la ventana hacia la oficina.

Ernie estaba contemplando el teléfono del escritorio de Eileen y tenía una expresión dubitativa en el semblante.

El teléfono de la mesita volvió a sonar.

Ernie, finalmente, descolgó el del escritorio de la oficina. Al instante dejó de llamar el de la mesita de noche. Jupe sonrió. Aquel teléfono era una extensión del de la oficina. Rápidamente, Jupe lo descolgó y se lo aplicó al oído.

—Sí… —dijo la voz de Ernie.

El que llamaba desde el otro extremo de la línea se sumió en un torrente de palabras españolas. Jupe contuvo la respiración para escuchar atentamente, tratando con penoso esfuerzo de comprender algo de aquella conversación.

El que telefoneaba se identificó como Alejandro. Añadió que iba a ver a Strauss. También dijo algo de un dinero. ¡Jupe oyó cómo mencionaba el apellido Denicola y después su propio nombre! Alejandro le recordó a Ernie que Jupiter Jones había hablado a Bonestell de las Denicola y también del ciego. Luego, Alejandro conminó a Ernie a ser cauteloso. Ernie asintió a este consejo, y agregó que él y Rafi lo tenían todo bajo control. Jupe supuso que

Rafi era el amigo que estaba en la oficina con Ernie. Tras unas cuantas frases más, Ernie colgó.

Jupe hizo lo mismo y miró hacia fuera. Ernie había salido de la oficina y examinaba la playa. Tenía el entrecejo arrugado y, cuando su amigo se reunió con él, señaló la playa y después su propia vivienda.

Rafi se encogió de hombros y echó a andar hacia allí.

Los ojos de Ernie se detuvieron después en la casa de las señoras Denicola. De repente pareció curioso y echó a andar.

Jupe se apartó de la ventana. ¡Atiza! Ernie debió de captar el clic del teléfono cuando Jupiter colgó la extensión.

Jupe oyó unos pasos en el porche y cómo insertaban una llave en la cerradura. Ernie estaba abajo. Y no tardaría en entrar. El Primer Investigador no tenía tiempo para bajar… Ernie lo atraparía y…

¿Y qué?

Había un cuarto de baño contiguo al dormitorio. Jupe oyó un grifo que goteaba lentamente.

La puerta de la casa se abrió con un chirrido.

De tres saltos Jupe cruzó el dormitorio, entró en el cuarto de baño y puso en marcha la ducha. Luego, regresó al dormitorio, escondió la cámara debajo de la cama y se ocultó detrás de la puerta.

Ernie iba subiendo por la escalera. Llegó ante la puerta del dormitorio y se asomó, con la vista fija en el cuarto de baño. De la ducha surgía una nube de vapor que se arremolinaba al penetrar en el dormitorio.

Ernie se dirigió con paso apresurado al cuarto de baño y apartó a un lado la cortina de la ducha. En aquel preciso instante, Jupiter salió de detrás de la puerta, corrió por el pasillo y bajó de tres en tres la escalera. Oyó los gritos de Ernie cuando abrió la puerta trasera, pero no perdió ni un segundo. Huyó a toda velocidad de la casa.

¿Adónde podía dirigirse? ¡Se hallaba al descubierto y Ernie le vería en cualquier momento!



CAPÍTULO 17

La pista final

Jupiter cruzó velozmente el patio de la casa hacia la autopista. Pesaba demasiado para poder resistir mucho tiempo. Necesitaba un sitio donde esconderse, pero ¿dónde?

De pronto divisó un remolque aparcado cerca del muro de contención de la carretera. Tenía abierta la puerta trasera y el dueño del vehículo se había ido por unos momentos. Se hallaba contemplando los arrecifes de la playa, mientras se limpiaba las manos con una servilleta de papel.

Jupiter no vaciló. Trepó rápida y silenciosamente al remolque, se enroscó en el suelo cerca de unos cubos llenos de almejas y se tapó la cabeza con una lona. Un instante después oyó cerrar la puerta del remolque. El propietario subió a la cabina y puso en marcha el motor.

El remolque empezó a alejarse del muro de contención de la autopista y enfiló hacia el sur durante unos cien metros, para efectuar entonces un giro completo y acelerar al Norte. Jupe se quitó la lona de la cabeza, se incorporó y se asomó por la ventanilla. Cuando el remolque pasó por delante de la casa de las Denicola distinguió fugazmente a Ernie. El joven miraba arriba y abajo de la carretera. Tenía los puños apretados y su expresión mostraba un desconcierto absoluto.

Jupiter soltó una carcajada.

Hacia el centro de Oxnard, el remolque esperó a que cambiara la señal de tráfico por primera vez desde que había arrancado. Jupe ya lo esperaba. Tan pronto como el remolque se detuvo, saltó por la puerta de atrás y se dirigió al bordillo de la acera.

Jupe recorrió a buen paso la calle, dobló una esquina y apretó aún su marcha. Diez minutos más tarde se hallaba en la terminal del autobús Greyhound. Cuando el autobús emprendió el rumbo

hacia Santa Mónica, Jupiter estaba dentro.

Al observar que el autobús aceleraba hacia el sur, el Primer Investigador experimentó cierto júbilo. Ya no tenía la menor duda de que los jóvenes de la casita espiaban al señor Bonestell. Estaban enterados de la conversación que él había mantenido con el guarda jurado el día anterior, conversación en la que había mencionado al ciego.

Mas ¿cómo podían enterarse?

Jupe reflexionó intensamente. El señor Bonestell decía haber hablado con alguien. ¿Con Gracia Montoya? ¿Era ella el enlace? Jupe experimentó un sentimiento de irritación. ¡Qué tonto había sido el señor Bonestell si había hablado!

El autobús pasó por delante del embarcadero. No había ningún coche en el aparcamiento y la oficina estaba desierta. ¿Dónde estaría Ernie? ¿Dónde estarían sus amigos? ¿Y dónde estarían las Denicola? Ernie era capaz de cualquier maldad, de eso Jupe estaba seguro. En el embarcadero se desarrollaba una conspiración, claro. ¿Eran Eilleen Denicola y su anciana suegra las víctimas de dicha conspiración? ¿O tomaban parte en el complot?

De repente, Jupe se sintió atemorizado. ¿Estaría a salvo el señor Bonestell? Eileen y la anciana habían desaparecido. ¿Desaparecería también el señor Bonestell?

Jupe fue el primero en saltar del autobús cuando llegó a Santa Mónica. Llevaba dinero en el bolsillo y había taxis junto a la acera. Cogió uno hacia Dolphin Court.

Eran las cuatro y media cuando el taxi dejó a Jupiter delante de la casa del señor Bonestell. Llamó al timbre. Y quedó verdaderamente aliviado cuando el señor Bonestell en persona contestó a la llamada.

—¡No te he enviado a buscar! —exclamó el señor Bonestell. Tenía una expresión de esperanza, pero también de aprensión—. Claro que pensaba llamarte. ¿Hay alguna novedad?

—Eso creo —repuso Jupe.

Siguió al dueño de la casa a la cocina y tomó asiento a la mesa.

—Señor Bonestell, ¿con quién ha hablado usted desde que me marché ayer de aquí?

El señor Bonestell se mostró sobresaltado.

—¿Hablar? Pues con nadie. No he salido de casa para nada.

—Pues alguien llamó —le manifestó Jupe—, o alguien vino a verle.

—No —negó el señor Bonestell—. Nadie llamó. Yo… apenas tengo amigos íntimos. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque es muy importante. Reflexione, señor Bonestell. Ayer por la tarde hablamos de la señora Denicola y de un mendigo ciego. Bien, usted debió mencionar esta conversación a alguien, de lo contrario, ¿cómo se ha enterado un tal Alejandro?

El señor Bonestell estaba estupefacto.

—No he hablado con nadie —insistió—. No ha venido nadie… excepto Shelby, y no le conté nada. ¡Nada! ¡Nada en absoluto! Shelby no… bueno, no es hombre de muchas palabras. Se comporta como si cuanto le explico careciera de interés… y supongo que así es. Además, cuando llegó anoche subió rápidamente a su habitación y se encerró en ella.

—¿Y no le dijo usted nada? ¿Ni entonces ni esta mañana?

—No. Sólo le saludé, estoy completamente seguro.

Jupe exhaló un suspiro. Se tironeó del labio inferior y contempló con mirada vacía el azucarero. De pronto, le vino a la mente la imagen de Shelby Tuckerman… de Shelby con sus gafas de sol y su suéter de cuello alto.

«Según vuestro sistema judicial, había dicho Shelby, uno es inocente hasta que se demuestra que es culpable».

—Es raro que no me fijase en esto —musitó Jupiter.

—¿En qué? —quiso saber el señor Bonestell.

—A Shelby no le importan nada sus vecinos, ¿verdad?

—Supongo que no. Opina que son individuos muy vulgares.

—¿Tan extraordinario es él? —replicó Jupe.

El señor Bonestell se encogió de hombros y Jupe continuó con la vista fija en el azucarero.

—¿Cuándo empezó Shelby a poner azúcar en su café? —inquirió Jupe de repente—. La primera noche que estuve aquí se tomó una taza y no lo hizo.

—Bueno… pues sí, supongo que se lo tomó sin azúcar —asintió el señor Bonestell—. Sólo empezó a tomarlo con azúcar hace un par de días. Explicó que una cucharadita de azúcar le entonaba el ánimo.

Con ojos centelleantes, Jupiter cogió el azucarero. Metió un

dedo dentro y al momento lo sacó junto con una cajita plana, de plástico, con varias perforaciones a un lado.

El señor Bonestell estaba estupefacto.

—¿Qué es esto?

—Un artilugio que sirve para escuchar, señor Bonestell —le explicó el Primer Investigador—. Un micrófono. Claro, usted no tuvo que hablar con Shelby. Una vez el azucarero se colocaba en la mesa, se enteraba de todo cuanto se hablaba en la cocina.

Jupe se dirigió al teléfono del rincón.

—Shelby trabaja en los Sistemas
TX-4
—continuó—, ¿sabe cuál es su número de teléfono?

El señor Bonestell se lo dijo y Jupe lo marcó. Eran las 4,59 cuando lo pusieron con el departamento. Pidió hablar con Shelby Tuckerman y le respondieron que en los Sistemas
TX-4
no trabajaba nadie de ese nombre.

—Pues el señor Tuckerman trabajaba para ustedes —insistió Jupe—. ¿Cuándo se despidió?

—No puedo facilitarle esa información —repuso la telefonista—. Si llama el lunes por la mañana, tal vez alguien de personal le dé algún dato.

Jupe dio las gracias y colgó.

—¿No trabaja allí? —se extrañó el señor Bonestell—. No lo entiendo. Tiene que trabajar en esa empresa. El otro día se marchó a Fresno para la instalación de un
TX-4
.

—No lo creo —declaró Jupe con decisión.

A continuación se dirigió al refrigerador y abrió el compartimiento de congelación. La comida congelada que Shelby había puesto allí para varios días había desaparecido. Si había sido un gran almacén de comida y *pizzas* congeladas, ya no quedaba más que una caja de helados en un rinconcito.

Jupe cerró el congelador.

—Debió estar todo ese tiempo —murmuró.

—¿Estar… qué? —quiso saber el señor Bonestell que no entendía nada.

—No, no… bueno, no estoy seguro. Y es posible que ya sea tarde. Señor Bonestell, ¿dijo usted que el señor Tuckerman mantenía la puerta de su dormitorio siempre cerrada?

—Exacto. Shelby es una persona muy reservada.

—Tiene usted muchísima razón, señor Bonestell —asintió Jupe—. Señor Bonestell, tengo que registrar esa habitación… ¡y es preciso que lo haga inmediatamente!

CAPÍTULO 18

Los prisioneros

Jupe y el señor Bonestell cogieron una escalerilla extensible que había en el garaje y la aplicaron contra la ventana del cuarto de Shelby Tuckerman. La ventana no estaba cerrada y Jupe entró en el dormitorio por aquel camino.

En el tocador halló un sistema de grabación automático. Jupe puso en marcha la cinta de la máquina y la escuchó. De esta manera oyó la conversación que acababa de sostener con el señor Bonestell. Se oyó a sí mismo marcar un número telefónico y hablar con la telefonista de Sistemas TX-4. Oyó cómo se abría la puerta del refrigerador y la observación que él mismo hizo después.

Jupe sonrió astutamente y borró la cinta. Después, volvió a dejarlo todo en orden de funcionamiento y dio comienzo a una investigación rápida de la habitación de Shelby.

Estaba extrañamente desprovista de muchas cosas. No había cartas ni postales en el pequeño escritorio; ningún libro descansaba sobre la mesilla de noche. No había grabados ni plantas. Ni siquiera un cenicero que diese a entender que allí vivía un ser humano.

Jupe registró el armario y vio chaquetas, pantalones y camisas. Los bolsillos estaban vacíos. Abrió los cajones del tocador y halló camisetas, calcetines y un suéter de cuello alto.

Pero en el último cajón, cubierto por unos suéteres doblados, encontró el cuchillo.

Era un cuchillo sumamente afilado, con una funda de piel costosa. No era la clase de cuchillo que se usa para afilar lápices ni para desbastar una caña de pescar. Era la clase de cuchillo que se emplea para arrojarlo contra alguien.

Jupe lo dejó donde estaba. Salió por la ventana y le contó al

señor Bonestell lo que había descubierto, mientras ambos guardaban la escalera.

—Seguramente lleva a veces el cuchillo atado al tobillo, tal como lleva la pistola —comentó.

El señor Bonestell sacudió la cabeza con asombro.

—Dijo que necesitaba la pistola porque viaja mucho y nunca se sabe qué puede suceder. ¿Pero un cuchillo? ¿Para qué necesita un cuchillo? No va de excursión ni nada parecido. En realidad, no hace nada interesante. Sólo mira la *tele* y duerme mucho.

—Sí, no parece demasiado activo —asintió Jupe—, pero es un hombre de muchos secretos. Puso el micrófono en la cocina. Y guardaba algo muy valioso en el congelador.

—¿Pero qué? Lo único que había allí era su comida congelada.

—No creo que aquellos paquetes fuesen de comida. Quizá contendrían dinero. Puede tratarse del botín conseguido en el banco.

—No —negó el señor Bonestell—, eso no. Shelby ha estado guardando mucha comida desde hace tiempo. No comía casi nunca en casa, pero le daba cierta seguridad tener alimentos a mano. Sabía que yo apenas usaba el congelador, de manera que él lo tenía lleno de comida.

—¡Hum…! —gruñó Jupe. Se tiró del labio inferior y arrugó el ceño—. Si no comía en casa, ¿qué ha sido de todo lo que había en el congelador? ¿No se llevaba nunca nada?

—Pues… pensándolo bien… yo… Bueno, no sé qué ha sido de toda la comida. De vez en cuando guisaba algo. Y traía muchos paquetes, pero… pero es imposible que fuese el dinero robado en el banco, a menos que Shelby haya sido atracador desde hace tiempo. Sea como sea, no creo que ésa sea la respuesta.

—Ah… —exclamó Jupe—. Bien, puede tratarse de drogas. Esto explicaría su relación con la gente del embarcadero. La *María III* podría utilizarse como lugar de cita con otro barco en alta mar. O tal vez para ir a la Baja California en busca de las drogas.

—Quizá Shelby y Ernie están pasando inmigrantes ilegales de contrabando y el ciego…

—No —replicó Jupe—. Esto no tendría nada que ver con el congelador, a menos que… bueno, no podemos saberlo. No tenemos bastantes pistas para continuar. Todavía no.

—¿Vamos a llamar a la policía? —sugirió el señor Bonestell.

—No podemos hacerlo aún. ¿Cómo podríamos probar que Shelby no se ha llevado la comida congelada para dársela a los pobres? ¿O que el micrófono del azucarero no es más que una broma? ¿Está Shelby complicado con el robo del banco o en otra cosa completamente distinta? ¿Y las señoras Denicola? ¿Dónde están? Tengo la impresión de que Shelby lo sabe.

Por primera vez, el señor Bonestell se mostró decidido y encolerizado.

—Necesito ayuda… ¿Qué puedo hacer?

—Muchas cosas —repuso Jupe.

Acto seguido le contó su plan a Bonestell. Éste accedió al mismo ávidamente, y él y Jupe se dirigieron a una casa contigua y pidieron que les dejaran usar el teléfono. El señor Bonestell explicó a la mujer que les abrió la puerta que su propio teléfono estaba averiado.

Jupiter llamó al puesto de mando, y Pete accedió a encontrarse con Jupe y el señor Bonestell en la esquina de Dolphin Court y la calle Segunda.

—Estaré allí dentro de veinte minutos —prometió.

—Si no estuviésemos nosotros —le advirtió Jupe—, vuelve al «Patio Salvaje» y ya te llamaré cuando pueda.

Cuando Jupe acabó de hablar con Pete, se trasladó con el señor Bonestell al patio trasero de su casa, y allí procedieron a efectuar un ensayo. Después fueron a la cocina y representaron la comedia en beneficio del micrófono oculto, una vez que Jupe lo hubo puesto de nuevo en el azucarero.

—Señor Bonestell —declamó Jupe con énfasis y voz clara—, sé que está usted impaciente, pero es posible que pronto tengamos buenas noticias. Eileen Denicola puede darnos la pista que necesitamos. Pete estuvo a ver al jefe de policía Reynolds de Rocky Beach no hace mucho y Eileen Denicola llamó mientras él estaba allí. Pete sólo oyó una parte de la conversación, claro, pero intuyó que la señora Denicola hablaba con tono histérico. El jefe Reynolds no hacía más que rogarle que se calmara. Por fin, le comunicó que iría allí y, después de colgar, se levantó y salió rápidamente de su despacho.

—Pero yo no conozco a la señora Denicola —gimió el señor

Bonestell, aunque procurando que su voz sonase clara—. ¿Qué tiene que ver con el robo del banco?

—Hay cierta relación —aseguró Jupe, siempre declamando—. Estamos seguros de esto. Pete quiere que vayamos a la estación de policía de Rocky Beach. Cree que el jefe Reynolds llevará allí a la señora Denicola.

—Iré a buscar mi chaqueta —asintió Bonestell.

Jupe apagó la luz de la cocina y él y el señor Bonestell salieron de la casa para subir al coche del guarda jurado. Éste apartó el coche del senderito y lo llevó a una esquina, donde lo estacionó a la sombra de un enorme sauce que casi se doblaba bajo su propio peso. Allí aguardaron ambos.

Pete no tardó en llegar montado en bicicleta. El señor Bonestell encendió dos veces los faros para hacerle saber que estaban allí y Pete escondió su bicicleta bajo unos arbustos que crecían cerca. Después, subió al asiento posterior del auto.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Shelby instaló un micrófono oculto en la cocina del señor Bonestell, dentro del azucarero —le explicó Jupe—. Y tiene un magnetofón en el dormitorio. ¿Te recuerda esto a alguien?

—¡Al ciego! —exclamó Pete—. Intentó plantar un micro en el «Patio Salvaje». ¿Significa esto que Shelby…?

—Es posible —le atajó Jupe—. Ya veremos.

Jupe le contó a Pete el mensaje que él y el señor Bonestell acababan de grabar.

—Las señoras Denicola han desaparecido y estoy realmente preocupado por ellas —añadió—. Espero que cuando Shelby escuche esta grabación, nos conducirá hasta ellas.

Estaba ya muy oscuro. La lluvia que había amenazado toda la tarde empezaba a caer. Había poco tráfico en la calle Segunda y ninguno en Dolphin Court… al menos hasta las seis. Fue entonces cuando el coche de Shelby dobló la esquina. El señor Bonestell y los muchachos vieron cómo el auto se internaba por el senderito de la casa y estacionaba delante del edificio. Un momento más tarde, se encendieron las luces de la cocina y después las de las habitaciones de delante.

—Me está buscando —susurró el señor Bonestell—. A menos que trabaje, siempre estoy en casa a esta hora.

Pronto brillaron luces en el piso de arriba, en el dormitorio que pertenecía a Shelby.

—No tardará mucho —volvió a susurrar el señor Bonestell.

Casi reía entusiasmado. Jupe comprendió que a Bonestell le disgustaba enormemente Shelby Tuckerman.

Las luces continuaron brillando en toda la casa y, sin que se apagaran, se abrió la puerta y Shelby salió a la calle. Un motor crepitó y un instante después, el auto pasó por delante del coche de Bonestell y aceleró al llegar a la esquina de la calle Segunda.

Bonestell ya había puesto el auto en marcha. Siguió a Shelby por la Segunda y cruzó la avenida del Océano, para llegar a la autopista de la Costa.

—Va hacia el embarcadero —adivinó Jupe.

El señor Bonestell se dejó adelantar por otro auto, pero sin perder de vista el de Shelby. Continuaron rumbo al Norte, bajo una pesada lluvia, y cruzaron Malibú, donde Shelby aflojó la marcha para volver a acelerar más tarde.

—Tiene que ir a casa de las Denicola —repitió Jupe—. Y me pregunto si… si… Señor Bonestell, ¿conoce a un tal Alejandro?

—No. La inicial del segundo nombre[2] de Shelby es la A, pero dudo que se llame Alejandro. Alejandro es un nombre español, ¿verdad? Y Shelby no es español.

El señor Bonestell aflojó la marcha del coche. Se aproximaban al embarcadero. Había muy poco tráfico y veían el auto de Shelby al frente, mientras sus luces traseras se reflejaban en la superficie mojada de la carretera. También divisaron un camión blanco estacionado en el embarcadero de las Denicola. Pero antes de que Jupe pudiera formular una teoría sobre ello, Shelby frenó bruscamente y torció a la derecha, alejándose del océano. Al momento estuvo ascendiendo por el sendero particular del Motel Ocean View.

—¡El motel! —exclamó Pete cuando el señor Bonestell paró el coche—. Aquí podría estar la señora Denicola… ella y su nuera.

—Debí pensar en ello —se desconsoló Jupe—. Bueno, ahora ya lo sabemos. Señor Bonestell, aguárdenos aquí. Si no hemos regresado dentro de quince minutos, busque un teléfono y avise a la policía.

—¡Naturalmente! —asintió Bonestell—. Tened mucho cuidado.

Jupe y Pete saltaron fuera del coche y miraron hacia lo alto. El motel no era más que una masa oscura sobre la carretera. No había ninguna luz encendida, los dos amigos treparon por el sendero sin hablar, encorvadas las espaldas contra la fuerte lluvia. Cuando llegaron arriba y el pavimento se ensanchó en el aparcamiento, Pete tiró de la manga de Jupe.

—Allí está el coche de Shelby —susurró—. Pero a él no se le ve.

—Seguramente estará dentro del motel —repuso Jupe.

Avanzaron hacia la piscina situada detrás del motel. Tan pronto como tuvieron el edificio principal entre ellos y el océano, quedaron a resguardo del viento. La noche no era completamente negra, ya que las gotas de lluvia que caían inclinadas reflejaban un poco de luz.

Jupe señaló una ventana del motel donde se distinguía un leve resplandor por el resquicio del marco. Detrás de un pesado cortinaje brillaba una lámpara.

Los muchachos se arrastraron hacia dicha ventana y se esforzaron por oír algo.

De repente, Jupe oyó algo a sus espaldas que no formaba parte ni del viento ni de la lluvia. Alguien estaba detrás suyo.

El Primer Investigador volvió la cabeza.

—¡No te muevas! —rugió Shelby Tuckerman. Empuñaba una pistola—. ¡No te muevas! —repitió.

Y entonces, Shelby gritó llamando a alguien.

Se abrió la puerta del motel y surgió una oleada de luz. En el umbral se hallaba uno de los amigos de Ernie… el que no se había presentado en toda la tarde. También tenía una pistola.

—¡Los dos adentro! —ordenó Shelby.

Jupe y Pete penetraron en una estancia que olía a rancio y a humo de tabaco. Eileen Denicola estaba sentada en una butaca con las muñecas atadas a los brazos de la misma. Estaba furiosa. Su madre política también estaba atada a un sillón, cerca de una cama.

Shelby entró goteando y el amigo de Ernie cerró la puerta.

—¡Hola! —gritó una voz muy conocida.

¡En un rincón, detrás de la puerta, también atado a una silla, se hallaba Bob Andrews!



CAPÍTULO 19

¡La pesadilla se convierte en realidad!

—La conversación que tuviste con Walter hablando de la policía —masculló Shelby Tuckerman— era un truco, ¿verdad? Tú la fingiste.

—¡Y usted nos ha conducido hasta aquí! —replicó Jupe.

Él y Pete estaban sentados. El amigo de Ernie, llamado Luis, se había guardado la pistola y había traído otras dos sillas de otra habitación. Ahora estaba atando a Jupe y Pete con las tiras de una sábana, mientras Shelby les apuntaba con su pistola.

—No os servirá de nada —gruñó el último—. ¿Dónde está Walter? ¿Os espera en la autopista?

Jupiter no respondió y Shelby sonrió con ira.

—Ya procuraré que no aguarde mucho tiempo. No quiero que se ponga nervioso.

Luis terminó de atar a los dos muchachos. Entonces, Shelby se guardó su pistola y habló rápidamente unas palabras en español con Luis. Mientras hablaba se oyeron dos golpecitos a la puerta y otros dos más. Ernie abrió y entró. Se detuvo muy sorprendido cuando vio allí, bien atados, a Jupe y a Pete.

—¿Qué hacen aquí esos otros dos chicos? —preguntóle a Shelby muy contrariado—. Tener uno ya era malo. Oh, bien, no importa. Cuidaos de ellos. Yo he venido en busca de Luis. La barca está casi cargada. Strauss se halla a punto de largarse y Rafi lo está ultimando todo.

—Strauss es el tipo que dirige una compañía de mudanzas en Oxnard —le susurró Bob a Jupe, que estaba atado a su lado—. Le vi cargar un camión esta tarde. Se rompió un cajón y dentro había balas.

—¡Municiones! —exclamó Jupe—. Y armas, seguro —miró pensativamente a Shelby Tuckerman—. Yo pensaba que se trataba de drogas. Creí que Ernie y sus amigos utilizaban la *María III* para

una operación de contrabando de drogas.

—¡Sobre mi cuerpo muerto! —gritó Eileen Denicola—. ¡Si crees que Ernie apartó jamás la barca del embarcadero más de diez centímetros sin ir yo a bordo, estás terriblemente equivocado!

Ernie sonrió.

—Ahora sí nos llevaremos la barca, señora Denicola, y usted no estará a bordo.

—A bordo, claro está, habrá un cargamento de armas —dijo Jupe—. Y esto, naturalmente, se ha pagado con el dinero robado al banco. Usted necesitaba el dinero para esas armas. ¡Qué cosa más natural para un puñado de revolucionarios! Ahora las llevarán a Mesa de Oro, donde las utilizarán en matar a gente inocente.

Ernie se irguió en toda su estatura y adoptó una expresión severa.

—¡Las utilizaremos para luchar por la justicia! —declaró.

—Según algunos reportajes —insistió Jupe—, la batalla por la justicia puede incluir disparar contra personas desarmadas.

—Si te refieres a la Guardia Cívica de Mesa de Oro, ellos representan a los que robaron nuestras tierras —replicó Ernie, con las mejillas enrojecidas por la exaltación.

—No le hagas caso, Ernesto —le aconsejó Shelby—. No importa lo que piensen esos muchachos.

—Usted era el mendigo de la cara cortada —apostrofó Jupe a Shelby—. Usaba aquel disfraz para vigilar el banco sin ser reconocido por el señor Bonestell. Usted estaba enterado de lo de la cerradura de seguridad y sabía que el señor Bonestell estaría solo en el banco después de marcharse los de la limpieza. No debía de haber sido tan avaricioso, señor Shelby. Usted halló la cartera del señor Sebastián en el embarcadero Denicola el día antes del robo. Era una cartera magnífica y, en lugar de devolverla o echarla a un buzón, se la metió en el bolsillo y se la guardó. Pero la dejó caer en el lugar del robo y esto nos condujo a nosotros al embarcadero.

—Yo… iba a echarla a un buzón —replicó Shelby con rapidez.

Luis paseó su mirada de Ernie a Shelby y de éste al primero. Musitó algo en español y Ernie le indicó que callara.

—De modo que el ciego recogió la cartera —comentó Ernie. Su expresión era poco grata y acusadora—. ¿Y por una cartera pusiste nuestra causa en peligro? ¿Es esto cierto?

—¡Claro que no! —rugió Shelby—. Ya he dicho que iba a meterla en un buzón. Vamos, no discutamos ahora. El viejo está en la autopista y…

—¿Por qué no me entregaste a mí la cartera? —gritó Ernie—. Yo habría llamado al señor Sebastián y asunto concluido. ¡Y esos mocosos no estarían ahora aquí!

—¡Repito que no importa! —insistió Shelby—. Ya no tardarás en estar lejos de este país. ¡Yo me ocuparé de los chicos!

—¿Usted no se marcha, señor Tuckerman? —preguntó Jupe—. Ya sospecho por qué. Usted se queda aquí para disfrutar de una parte del robo, ¿verdad? No piensa dárselo a los republicanos.

Ernie miró fijamente a Shelby y éste enrojeció; luego, palideció hasta que su cara fue una máscara blanca. Estaba claro que Jupe había dado en el clavo.

—¿Qué significa esto? —tronó Ernie, con una nota de amenaza en su voz.

—¡El dinero ha servido para pagar las armas, ya lo sabes, Ernie! —se defendió Shelby.

—Yo sólo sé lo de los doscientos mil dólares —respondió Ernie con frialdad—. Esta tarde le diste la mitad a Strauss. Y esta noche yo le di la otra mitad. Pero ¿dónde está el resto de la pasta? Dijiste que la habías enviado a Rodríguez, pero tu cara lo desmiente… «No te preocupes por esto», dijiste. Siempre fuiste un buen organizador. Tú te cuidaste de las pelucas y de los disfraces, y del coche de huida y del dinero. Y nosotros confiamos en ti. Tú fuiste nuestro correo durante largo tiempo. Tú tenías el dinero que recogíamos para Rodríguez y dijiste que a ti no te interesaba en absoluto. También dijiste que llevar el dinero encima era como llevar berzas o pedazos de papel. Que para ti no contaba. ¿Se ha pegado parte de ese dinero a tus manos, quizás?

—¿Cómo te atreves? —se sulfuró Shelby—. ¡Yo puedo refutar todas tus acusaciones!

—No, tú no contestarás nada —le atajó Ernie—. Esta noche vendrás con nosotros y hablarás con la gente de Rodríguez en México. Y tal vez tendrás que ir hasta Mesa de Oro y allí…

—¡No seas ridículo! —gritó Shelby—. ¡No puedo irme esta noche! Aquí aún queda mucho trabajo. ¡Mi misión no ha terminado!

—Hay al menos cincuenta mil dólares en casa del señor

Bonestell —intercaló Jupiter.

—¡Mientes! —rugió Shelby—. ¡Y usted, vieja imbécil! —añadió, volviéndose a la anciana señora Denicola—. Usted también soñó esto, ¿verdad? Y se lo contó a los chicos y…

—La señora Denicola no me dijo nada —recusó Jupiter—. Sin embargo, yo puedo decirle al amigo Ernie dónde está el dinero. En el congelador del refrigerador del señor Bonestell, escondido en una caja de helados.

Shelby avanzó dos pasos y golpeó fuertemente el rostro de Jupe.

Ernie movió la cabeza.

—Esto ha sido una tontería, amigo mío —decidió con frialdad—. Y ahora vamos a charlar un poco más sobre este asunto, ¿eh?

Shelby se llevó una mano a la chaqueta. Un segundo después brilló el acero. Tenía la pistola en la mano.

—Conque pretendes eso, ¿verdad? —sonrió Ernie.

Luis lo había contemplado todo en silencio, completamente olvidado por los demás. Se movió de pronto. Lo hizo con tanta rapidez que Shelby no pudo reaccionar. Luis se colocó a sus espaldas y apretó el cuello de Shelby con sus manos. El agredido sólo pudo gritar una vez. Dejó caer la pistola y se derrumbó al suelo.

Ernie avanzó, recogió el arma y apuntó con ella a Shelby.

La víctima se incorporó gimiendo y Luis le ayudó a ponerse en pie. Un momento después, los tres habían desaparecido. Descendían por el acantilado, mientras la lluvia azotaba el tejado del motel y Eileen Denicola luchaba con sus ligaduras.

—Los he entretenido tanto como he podido —explicó Jupe—. Espero que el señor Bonestell actúe a tiempo avisando a la policía, a fin de que puedan atraparlos antes de que lleguen al embarcadero.

—Creo que no será así —terció la anciana señora Denicola—. Aún sucederá algo antes de que llegue la policía… antes de que salgamos de este encierro.

—¿Qué? —quiso saber Eileen.

Al instante contuvo la respiración. Se oía un sonido nuevo… un sonido que no procedía de la tormenta sino de la misma tierra. Era un ruido sordo. Muy cerca, una ventana se cerró de golpe y se rompieron sus cristales.

—¡San Patricio sagrado! —exclamó Eileen Denicola.

—¡Mi sueño! —proclamó la anciana—. ¡El peligro! ¡La habitación que se desploma y ese chico que está conmigo!

Cerró los ojos y empezó a rezar en italiano.

Las tablas del suelo estaban gruñendo y se rompieron más cristales. Pero no era un terremoto, pensó Bob. ¡Centímetro a centímetro, la ladera del acantilado, empapada por la lluvia, se deslizaba por debajo del motel!

CAPÍTULO 20

Un final espantoso

¡La habitación se tambaleó!

Las lámparas cayeron rotas al suelo y hubo rociadas de chispas cuando se rompieron los cables.

—¡Que no se incendie esto! —se asustó Eileen Denicola—. ¡Por favor, que no se incendie!

Volaron más chispas blanquiazules que morían al tocar el suelo. Luego reinaron las tinieblas… unas tinieblas llenas de crujidos de tablas y chirridos de clavos al ser desgajados de las paredes.

Hubo otro movimiento y la anciana señora Denicola chilló.

—¡Socorro! —empezó a gritar Pete—. ¡Socorro! ¡Que alguien nos saque de aquí!

Nadie respondió. Ninguna ayuda acudió.

—¡Toda la ladera se derrumbará rápidamente! —vaticinó Eileen Denicola.

Apenas había hablado, cuando el motel se deslizó unos metros haciendo que las butacas y los sillones fuesen derribados en la oscuridad. Pete chocó contra la cama y la silla de Jupe se volcó.

—Señora Denicola —preguntó—, ¿está usted bien?

—Si te refieres a mí —respondió la anciana—, a veces he estado mejor. Eileen, ¿dónde estás?

—En el suelo.

—¡La policía no tardará! —exclamó Jupe animosamente—. El señor Bonestell ya les debe de haber avisado. Bob, ¿te encuentras bien? ¿Y tú, Pete?

—Yo estoy bien —jadeó Bob.

—Yo también estoy bien —gruñó Pete.

Aguardaron, prestando oído atento. Jupe oyó cómo corría el agua… un ruido más próximo que el de la lluvia que golpeaba el tejado. Jupe estaba tumbado de lado y los brazos le dolían a causa

de sus ataduras. Estaba mojado y olía a barro, y también a un producto químico que no lograba identificar. Pensó en ello un momento y después cerró los ojos aterrado, desesperado.

¡La piscina empezaba a resquebrajarse! Y el agua que la llenaba empezaba a penetrar dentro de la habitación. Si realmente se vaciaba la piscina, toneladas de agua, miles y miles de galones de líquido se abatirían sobre todos ellos.

—¿Eh, de dónde viene el agua? —preguntó Pete en la oscuridad.

Eileen Denicola también había adivinado la verdad y empezó a chillar pidiendo auxilio.

De repente oyeron un grito por encima del ruido atronador del corrimiento del acantilado.

—¡Allí! —gritó la voz—. ¡Están allí!

Alguien intentó abrir la puerta, pero estaba atascada.

Se produjo otro horrible tambaleo. La ventana que se hallaba frente a la puerta se rompió y todos los cristales cayeron al suelo. Entonces vieron una luz. Dos hombres se hallaban en la ladera con linternas. Hubo muchos más gritos y en la habitación entró más agua.

—¡Señora Denicola! —chilló Jupiter—. ¡Cojan a la señora Denicola!

Por la ventana entró un patrullero, seguido de un bombero. Cuando éste vio a los muchachos y a las mujeres atados a las sillas, exclamó:

—¿Qué pasa aquí?

No pudo decir nada más. Los dos hombres sacaron fuera a la señora Denicola, todavía atada a la butaca y rezando en voz alta. Llegaron más hombres y sacaron a Eileen y después a los muchachos. Unos segundos más tarde estaban libres de sus ligaduras y bajaron a tropezones por la ladera, cayendo y levantándose una y otra vez.

En la autopista se había parado el tráfico. La noche zumbaba con el ruido de los motores, en tanto las linternas y los focos registraban el acantilado. Había focos y barreras. Los bomberos y los agentes de patrulla se llevaron a los muchachos y a las señoras Denicola a un lugar seguro.

—¡Yo les dije que estabais allí! —declaró el señor Bonestell. Se había abierto paso por las barreras y casi se puso a bailar cuando

estrechó la mano de Jupe—. ¡Les dije que estabais allí! ¡Y ahora estáis salvados! ¡Gracias a Dios!



—¡La barca! ¡Mi barca! —gritó de pronto la anciana señora Denicola.

Tendió la mano hacia el embarcadero.

Estaba completamente a oscuras, lo mismo que la oficina. No había el menor rastro del camión blanco al final del embarcadero. Pero a unos centenares mar adentro, se veían las luces de posición de la *María III*.

—¡Esos… esos piratas! —chilló Eileen Denicola. Estaba mirando ferozmente la *María III*—. Si piensan que se irán de rositas…

Echó a andar hacia el embarcadero.

—¡Vamos! —gritó Pete.

Cogió a Bob por el brazo y corrió tras la mujer.

—Señor Bonestell, dígales a los policías que alerten al servicio de guardacostas —dijo Jupe—. ¡Los que van en esa barca son contrabandistas de armas!

—¡Se lo diré! —asintió el señor Bonestell.

—Yo, yo se lo contaré todo —anunció la anciana señora Denicola.

Jupe asintió y corrió tras sus amigos.

Eileen penetró en la oficina y cogió una llave que estaba en un cajón del escritorio. Luego le ordenó a Pete que cogiera un par de remos de la alacena que se hallaba al fondo de la oficina.

Se oyó un grito procedente de la autopista y el estruendo de unos motores cuando los bomberos emprendieron la retirada. El corrimiento de tierras había derribado al motel, dejándolo convertido en una ruina que cubría la mitad de la carretera. La piscina estaba totalmente destruida y por la ladera descendía un torrente que amenazaba con inundar la autopista.

Eileen y los muchachos contemplaron unos instantes aquella impresionante visión y después echaron a correr hacia el embarcadero barrido por la lluvia.

—Embarcaremos en la lancha de Sebastián —anunció Eileen—. ¡No tardará en alcanzar a mi barca!

Saltaron al bote que esperaba allí. Pete empezó a remar con fuerza hacia la boya donde se hallaba amarrada la lancha.

—No distingo ya las luces de la *Marta III* —se desconsoló Eileen.

—Están todavía costeando —apuntó Jupe.

—Ernie es muy mal piloto —añadió Eileen—. Se estrellará

contra las rocas.

Alcanzaron la lancha y quitaron la lona del timón. La señora Denicola saltó adentro, seguida por los muchachos. Jupe amarró el bote a la boya. El motor petardeó y gruñó, y al fin crepitó regularmente. Poco después estaban navegando y balanceándose peligrosamente en medio de la lluviosa noche. La proa de la lancha cortaba las olas, con un ruido tan fuerte como un cañonazo. Eileen Denicola llevaba el timón con ambas manos y los muchachos se sujetaban fuertemente a la borda.

Las luces de tierra empezaron a menguar. De pronto, Bob anunció que había unas luces al frente.

—¡Allí están! —proclamó Eileen.

Acto seguido, aceleró todavía más la velocidad.

Un destello luminoso los cegó un instante. Entonces, oyeron un helicóptero en lo alto. Volvieron a cerrarse las tinieblas cuando el faro del helicóptero barrió las negras aguas.

—¡El guardacostas! —gritó la señora Denicola.

Las luces de la *María III* estaban apagadas y la barca de pesca no era más que una masa negra en la noche. Pero la lancha ya estaba cerca, y Eileen y los chicos divisaron la estela que dejaba la embarcación robada.

—¡Se dirigen a alta mar! —gritó Eileen—. ¡Malditos canallas! ¡Intentan huir!

Eileen se aferró al timón. La lancha giró casi sobre sí misma. El motor rugió y la pequeña embarcación se dispuso a seguir la estela de la *María III*. Pronto el casco de la barca de pesca estuvo a tiro de piedra y desde allí alguien disparó contra los ocupantes de la lancha.

—¡Cobardes! —chilló Eileen.

La lancha avanzó más de prisa y se adelantó a la barca, atravesándose en su camino.

La barca de pesca fue perdiendo velocidad.

El faro de la *María III* pareció apuñalar a la lancha. Se oyó otro disparo falto de puntería y el proyectil se hundió humildemente en el agua.

Reapareció el helicóptero y su poderoso faro blanquiazul encontró a la *María III*.

—¡Ya la tenemos! —exclamó Jupe cuando el helicóptero encerró

a la barca en un círculo luminoso.

Jupe miró hacia tierra. Las luces estaban ya mucho más cerca.

—¡Maldición! —exclamó Eileen Denicola—. ¿Dónde está la lancha guardacostas?

La *María III* había vuelto a coger velocidad. Durante unos momentos efectuó varios giros, como si quisiera esquivar las luces del helicóptero. Luego, puso proa al mar abierto y corrió en busca de la libertad.

Eileen Denicola se echó a reír y dirigió la lancha en seguimiento de la barca. Una vez más la lancha cerró el paso a la *María III* y, una vez más, el hombre que estaba al timón reaccionó, evitando la colisión.

Jupe divisó espuma blanca a su izquierda y oyó el ruido atronador de las rompientes.

—¡Cuidado! —avisó Pete.

La señora Denicola giró el timón con fuerza y la lancha se inclinó y casi volcó en las olas. De repente volvieron a hallarse rodeados por la oscuridad, libres y a salvo.

Pero la *María III* chocó contra los escollos con un crujido que indicaba la rotura probable de la quilla.

La barca de pesca se elevó parcialmente en el agua, y luego cabeceó y cayó de costado. Los hombres que iban en ella gritaron e intentaron echarse al agua. Los ocupantes de la lancha distinguieron una llama anaranjada.

—¡Se está incendiando! —anunció Eileen Denicola.

Los gritos y el furor se habían extinguido. La lancha paró, balanceándose sobre la olas y Eileen Denicola lanzó un gemido. Luego, se echó a llorar. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, brillantes a la luz de la barca volcada.

—Debe de haberse roto un tubo del combustible —murmuró.

Un hombre apareció en la cubierta de la *María III* y después otro, y luego dos más.

—Buscad los bicheros de la lancha —ordenó la señora Denicola —. Mantenedlos a punto. Si alguien trata de subir, pegadle fuerte.

—Sí, señora —asintió Pete.

Un individuo llegó nadando y chapoteando en el agua.

—Hay chalecos salvavidas bajo los asientos —indicó la señora Denicola.

Jupe arrojó un chaleco a cada uno de los náufragos a medida que se aproximaban a la lancha. Ernie intentó acercarse más y Pete le amenazó con el bichero. Los cuatro comprendieron la advertencia y conservaron la distancia debida.

Bob encontró un rollo de cuerda que pudieron asir los que estaban en el agua. Todos fueron derivando, balanceándose al compás del agua y contemplando la barca que ardía como una antorcha en la noche. De pronto se produjo una explosión. Voló parte del casco y el resto chocó con unas rocas y se hundió como una piedra.

Cuando llegó la lancha guardacostas, todavía estaba allí la lancha del señor Sebastián. Cuatro hombres jóvenes agarrados a unos salvavidas, flotaban muy cerca.

No quedaba ya nada de la barca de pesca ni de su cargamento mortal, aparte de algunos maderos que se balanceaban en las olas.

CAPÍTULO 21

El señor Sebastián se siente curioso

Una semana después del naufragio de la *María III*, Los Tres Investigadores pedalearon hacia el Norte a través de Malibú, y se apartaron de la autopista por la carretera de Cypress Canyon. Héctor Sebastián les esperaba fuera del antiguo restaurante de Charlie. Dentro, en la vasta estancia que daba al océano, el sonriente vietnamita llamado Don estaba disponiendo un festín sobre una mesa con superficie de cristal.

—¡Los favoritos de América para los campeones americanos! —anunció Don—. Bocadillos de piñones y mantequilla. Salsas picantes con sabor a ayer y carne de inmejorable calidad. Hamburguesas con panecillos dorados y alimentos de primera, como estas jugosas salchichas de Frankfurt.

Don sonrió ampliamente y salió de la estancia con una gran inclinación.

—Opino que si Don se perdiera en un supermercado —suspiró Sebastián—, donde no hubiese marcas conocidas gracias a la televisión, se quedaría completamente paralizado. No sabría qué comprar.

—Todo parece maravilloso, ahora —comentó Bob con cortesía.

El señor Sebastián arrugó la nariz.

—¿Quieres decir que eres capaz de comerte un bocadillo de piñones y mantequilla? —preguntó.

—Bueno… —declaró Bob—, no estoy muy seguro respecto al bocadillo, pero las salchichas de Frankfurt sí me gustan.

—Y las hamburguesas —añadió Pete—. En casa las comemos a menudo.

—Pues servios —les rogó el señor Sebastián.

Las salchichas y las hamburguesas desaparecieron rápidamente, pero el plato de la salsa picante y los bocadillos de piñones con

mantequilla nadie los tocó. Pete los miró de forma dudosa.

—Tal vez debiéramos probar uno —decidió—. Don está tan… tan orgulloso de ellos…

—Tarde o temprano, Don tendrá que enfrentarse a la realidad —replicó el señor Sebastián—. No le hará daño saber que los norteamericanos no se nutren solamente de bocadillos de mantequilla y piñones, bebidas carbónicas y hamburguesas.

—Bueno —continuó, cambiando de tema—, y hablando del hombre de la cara cortada y la cartera… siento una gran curiosidad. He hablado varias veces con la señora Denicola, pero posee un genio que concuerda con su cabello rojo. Cuando se pone a pensar en Ernie Villalobos y sus amigos, parece volverse loca. Lo rompería todo, según creo. Creo que se siente ofendida personalmente.

—¿Por haberle hundido la barca de pesca? —inquirió Pete.

—¡Oh, no! Porque la policía no le dejó apretar el cuello de Ernie, ni un poquito.

—Sí, es una señora de mucho carácter —sonrió Jupe—. No le gusta que la engañen.

—¿Y quién la engaña? —sonrió asimismo el señor Sebastián—. Sin embargo, puesto que muestra esta tendencia a estrangular rabiosamente a la gente, y como está muy ocupada discutiendo con la compañía de seguros la indemnización que pide por la pérdida de la barca, y al mismo tiempo negociando la adquisición de una *María IV*, pensé que vosotros me ayudaríais a comprender bien el caso. Tras haber sido investigador tantos años, creo tener derecho a saber algo más de lo que cuentan los periódicos.

—¿Le gustaría leer las notas que tomé del caso? —ofreció Bob.

Cogió un sobre de papel manila que se hallaba encima de una silla y del mismo extrajo una carpeta.

—El señor Hitchcock acostumbraba revisar nuestros casos —explicó Pete.

—Me siento muy honrado —sonrió el señor Sebastián, inclinándose.

A continuación empezó a leer las notas de Bob sobre el misterioso mendigo y los patriotas de Mesa de Oro.

Durante un rato sólo se oyó en el comedor el rumor del tráfico de la autopista de la Costa. El señor Sebastián se hallaba completamente absorto en la lectura de las notas. Cuando terminó

de leer, levantó la mirada y la dirigió hacia los árboles y al océano que se veían por la vidriera.

—A veces —comentó— deberíamos estar agradecidos a los pequeños vicios de los seres humanos. Si Shelby Tuckerman no hubiese sido tan avaricioso, no se habría guardado mi cartera y vosotros no hubieseis sospechado siquiera ese tráfico de armas. ¿Y cuántas personas hubieran muerto si el cargamento hubiese llegado a su destino? Nunca lo sabremos.

—Las personas como Ernie —intervino Jupe—, probablemente continuarán arrojando bombas y realizando sabotajes en Mesa de Oro, pero al menos conseguimos suspender ese envío de armas.

—Supongo que el señor Bonestell ya no es sospechoso —preguntó el señor Sebastián—. No lo mencionan en la prensa.

—En realidad, nunca fue sospechoso —declaró Jupe—, y Ernie y sus amigos han acabado de librarle de toda sospecha. Sólo están rabiosos contra Shelby y por eso cantaron de plano. Dicen que Shelby los estafó, y que sólo fingía ser un correo y un espía. Había muchos grupos como el de Ernie que contribuían a la causa de los republicanos de Mesa de Oro. Shelby recogía el dinero de los líderes, lo llevaba a casa del señor Bonestell, dentro de los paquetes de alimentos congelados, y lo escondía en el congelador. Luego, una vez al mes, volaba a México y allí entregaba el dinero a los agentes de Rodríguez. Ernie y sus compinches opinan que Shelby metía parte de ese dinero en su cuenta bancaria particular… lo cual es realmente lo más probable.

—Shelby era Alejandro, ¿verdad? —quiso saber el señor Sebastián.

—Sí, Alejandro es su segundo nombre propio —explicó Jupe—. Su madre era de Mesa de Oro. Era una terrorista y huyó del país y se casó con un americano llamado Tuckerman. Shelby lleva el nombre de su padre y Alejandro de segundo, como su abuelo materno.

—Entiendo —asintió el señor Sebastián.

—Aunque Shelby es norteamericano, su madre lo educó de manera que creyese que era aristócrata de Mesa de Oro y que la causa patriota era lo único importante en su vida. La madre de Shelby era muy activa. Pronunciaba discursos en todos los mítines donde se recaudaban fondos y así consiguió montones de dinero

para su país. Murió hace unos años. Shelby intentó imitarla, pero carecía de la magia de su madre. No lograba convencer a la gente, de manera que se convirtió en correo.

—¿Cómo supiste dónde guardaba parte del botín del robo? —se interesó el señor Sebastián.

—No lo sabía, pero fue una suposición razonable. Tenía que decir cualquier cosa para demorar a Ernie y a Shelby, a fin de que el señor Bonestell tuviese tiempo de avisar a la policía. Asimismo, temía lo que haría Shelby si Ernie se marchaba con la barca dejándole aquí. Nosotros y las señoras Denicola podríamos acusarle, pero si Shelby atrapaba al señor Bonestell y nos silenciaba a todos…

Jupe calló, con expresión torva.

—Sí —convino el señor Sebastián—. Tu posición era muy delicada. Probablemente fue una suerte que Ernie se llevara a Shelby a la *María III*.

—Sé que la tuvimos —asintió Bob—. En realidad, fue Shelby quien me llevó al motel. Me descubrió en la Compañía de Mudanzas cuando llegó con el primer adelanto del dinero de la compra de armas. ¡Diantre, estaba como loco! Le oí discutir con Ernie lo que harían conmigo. A Ernie no le daba miedo porque se largaba a su país, pero Shelby estaba nervioso. Trató de convencer a Ernie para que me llevara en la barca y me arrojase al mar por la borda…

El señor Sebastián dejó ver una mueca de desagrado.

—Vosotros podíais ciertamente acusarle, pero ¿existía alguna prueba de que hubiese tomado parte en el robo del banco?

—Sí, en la caja de los helados, como supuso Jupe —repuso Pete, sonriendo—. Shelby tenía que empeñar unas joyas que Ernie había sacado de la cámara acorazada durante el robo. Pero Shelby se quedó con las mejores piezas y la policía las encontró en el congelador. Sus propietarios las identificaron.

—Y la policía —continuó Jupe—, halló el maquillaje y las pelucas en el coche de Shelby. Éste se imaginó que era un plan atrevido y dramático estar de vigilancia delante del banco, disfrazado como el terrorista Altranto.

El señor Sebastián se echó a reír.

—Bueno, me alegro de que éste haya sido vuestro caso y no uno mío —exclamó—. Shelby está tan atareado con su actuación ante los jueces que apenas puedo creer que sea un ser real.

—Pues lo es, seguro —afirmó Jupe—. Lo mismo que Ernie y sus compinches. Todos están ahora representando su papel. Si uno es un terrorista de Mesa de Oro y lo atrapan, suele siempre alardear de los crímenes cometidos. Así se forjan los héroes, y el terrorista deja de ser un desequilibrado al que sólo le gustan los explosivos y las armas de fuego.

—Es preferible ser un revolucionario a ser un mendigo, ¿eh? —comentó el señor Sebastián.

—Parece más noble —adujo Jupe—. Naturalmente, yo debí sospechar inmediatamente de Shelby. Se hallaba en la situación más perfecta para conocer la rutina del banco y además le dijo al señor Bonestell: «Según *vuestro* sistema de justicia, uno es inocente hasta que se demuestre que es culpable». Una persona que se considerase norteamericana habría dicho: «Según *nuestro* sistema de Justicia…»

—Cierto —concedió el señor Sebastián—, pero no te desconsueles demasiado. Lo habéis hecho muy bien.

—Gracias por no decir —sonrió Bob—, lo habéis hecho muy bien a pesar de ser unos críos.

—Lo habéis hecho muy bien, punto —concluyó el señor Sebastián—. Mejor que muchos investigadores que conozco. Me imagino que Shelby estaba ansioso porque el señor Bonestell os contratase a vosotros, creyendo que fracasaríais. Luego, debió pensarlo mejor y trató de camuflar el micrófono en vuestro taller.

—Y puso uno en el azucarero de su cocina —añadió Jupe—. Cuando lo descubrí allí dentro, comprendí que Shelby era el hombre de la cara cortada y el enlace de los ladrones. Pero no supuse que estuviese mezclado con los contrabandistas de armas. La verdad es que pensé más bien en drogas o algo parecido.

—Y hablando del contrabando de armas, ¿qué hay de la compañía de mudanzas de Oxnard? —quiso saber el señor Sebastián.

—Strauss y sus compinches son unos bandidos. El cargamento de armas y la munición lo robaron de un camión en el Este. Los policías recobraron algunas armas y han sido identificadas. Strauss y sus ayudantes han desaparecido. Lo abandonaron todo y huyeron. Y sabemos que los camiones y el equipo que dejaron en Oxnard son de escaso valor. La Compañía de Almacenaje y Mudanzas Pacific States iba a declararse en bancarrota.

—Debe de ser difícil dirigir con eficiencia una compañía de mudanzas estando ocupado en los robos de armas —comentó el señor Sebastián—. Bueno, ¿y qué me decís de la maquilladora, la que pronunció aquella noche su vibrante discurso?

—Gracia Montoya no tomaba parte en el complot —declaró Pete —. Su familia es de Mesa de Oro y fue engañada por la causa de la República, nada más.

—Es una tradición —explicó Jupe—. Algo que pasa de padres a hijos. Supongo que Gracia se lo ha pensado mejor eso de la tradición. No le importa recoger dinero para los exiliados de México, pero para adquirir armas robadas para matar a la gente… eso es otra cosa.

—La policía la interrogó sobre la discusión sostenida con Ernie —intervino Bob—. Ernie quería salir una noche con ella y ella se opuso. No le gustaba… y creo que hizo bien.

—¡Buena chica! —alabó el señor Sebastián.

Le devolvió la carpeta a Bob.

—Son excelentes estas notas.

—Me encanta que le gusten —replicó Bob—, porque si no tiene demasiado trabajo, podría hacerme un favor.

El señor Sebastián miró a los muchachos con mirada inquisitiva.

Fue Jupe quien al fin efectuó la petición.

—El señor Hitchcock solía poner el prólogo a nuestros casos —explicó—. Ya sé que usted está muy ocupado con su libro, pero una introducción es algo muy corto.

El señor Sebastián sonrió.

—Haré lo que pueda. Y cuando haya terminado, tal vez vayamos a dar un paseo en lancha. Naturalmente, yo no soy tan atrevido como Eileen Denicola y probablemente no hundiremos ninguna barca de pesca. Por otra parte, nunca se sabe…

El señor Sebastián hizo una pausa y volvió a sonreír.

—Esto es lo que hace la vida tan interesante, ¿verdad? ¡Que nunca se sepa qué va a pasar!

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como *Mary Poppins* o *Merlín el encantador*, y también por las series de libros *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores*, con los que consiguió un gran éxito internacional. Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.

Notas

[1] La novela transcurre en California, EE. UU., donde la mayoría habla en inglés, aunque también parte de la población habla en español. (N. del T.) < <

[2] En los países de habla inglesa, las personas no tienen nombre y dos apellidos como en España, sino dos nombres propios, el segundo de los cuales casi nunca usan, poniendo solamente la inicial y un apellido, el del padre. (N. del T.) <<